

**BOLETÍN
DE LA
ACADEMIA
COLOMBIANA**

**TOMO LXI
NÚMEROS 247-248
ENERO-JUNIO
2010**

BOGOTÁ

Los artículos publicados en el Boletín son de exclusiva
responsabilidad de sus autores.



Libertad y Orden

Esta publicación se ha financiado mediante la transferencia de recursos
del Gobierno nacional, a la Academia Colombiana de la Lengua.
El Ministerio de Educación Nacional no es responsable
de las opiniones aquí expresadas.

Armada digital e impresión:
Editora Guadalupe S.A.
E-mail: ediguada@yahoo.es
TelS.: 4142884 - 4142845, Bogotá, D.C., Colombia

BOLETÍN DE LA ACADEMIA COLOMBIANA

COMITÉ EDITORIAL

Presidente

Don Jaime Posada, Director de la Academia

Junta Directiva de la Academia

Don Jaime Posada, Don Rodrigo Llorente Martínez,
Don Diego Uribe Vargas, Don José Joaquín Montes

Director

Don Guillermo Ruiz Lara

ACADEMIA COLOMBIANA

Carrera 3a. N° 17-34 • Apartado Aéreo 13922

Teléfonos directos:

Dirección	2-82 35 62
Secretario Ejecutivo	3-34 88 93
Secretaría	3-34 11 90
Biblioteca y Boletín	3-41 46 75
Tesorería	3-41 47 62
Oficina de Divulgación	3-42 62 96
Comisión de Lingüística	2-81 52 65
Conmutador	3-34 31 52
FAX	2-83 96 77

Bogotá, D.C. – Colombia

El Director del BOLETÍN DE LA ACADEMIA COLOMBIANA
ruega el favor de acusar recibo de nuestra publicación al correo electrónico:
biblacademialengua@gmail.com

Como se han presentado algunas deficiencias en el servicio postal,
es indispensable la acusación de recibo; sin él tendremos
que suspender el envío.

ISSN 0001-3773

Permiso de Tarifa Postal reducida número 2009-422. 4-72 La Red Postal de
Colombia, vence el 31 de diciembre de 2009.

CENTENARIO DE EDUARDO
CABALLERO CALDERÓN 1910-2010



EXORDIO

Cuando Eduardo Caballero Calderón dobló la cumbre del medio siglo –hace cincuenta años– por una conjunción de afortunadas iniciativas surgió el propósito de editar en conjunto la colección de su producción literaria; es decir, la que hasta ese momento era conocida, como conmemoración harto simbólica del medio siglo de vida cumplido por el autor, quien para entonces ya se había consagrado con su haber literario como uno de los grandes escritores de todos los tiempos en la literatura colombiana y, desde luego, ya honraba a esta Academia desde hacía más de tres lustros como uno de sus más ilustres individuos de número y en tal virtud correspondiente americano de la Real Academia Española de la Lengua. La Editorial Bedout recogió y seleccionó la mayor parte de esa producción literaria, con miras a ofrecerle a la cultura la proyectada edición de esa *Ópera Omnia* para ilustración y deleite de los lectores del mundo hispánico. En efecto, en 1963 imprimió en sus talleres gráficos de Medellín los tres tomos de *Obras de Eduardo Caballero Calderón* con excelente prólogo de Juan Lozano y Lozano.

Como periodista irreversible, porque ese fue su menester original, desde cuando siendo estudiante de secundaria en el Gimnasio Moderno imprimía **El Aguilucho**, hasta el final de sus días en sus habituales columnas en *El Tiempo* y *El Espectador*, Caballero Calderón educó experimentalmente su sorprendente fecundidad y la perspicaz agudeza de su observación atenta, para que en el uso del idioma escrito pudiera expresar con originalidad, sencillez, claridad y precisión su personal punto de vista. Esas cualidades y la sobria limpidez de su estilo fueron los dones excepcionales que hicieron de este bogotano castizo, pero aquerenciado en el solar campesino de sus mayores, uno de los valores más sustantivos y autónomos de nuestra cultura y un nuevo clásico de las letras nacionales. Así pues, en el periodismo, o mejor dicho, por fuerza de la actividad intelectual del periodismo y su trajín cotidiano, se incubó el prodigioso ensayista, el de *Ancha es Castilla* y *Breviario del Quijote*; el de *Cartas Colombianas*, *Latinoamérica, un mundo por hacer* y *Los campesinos*; y luego el narrador, el de *Tipacoque*, *Siervo sin tierra*, *El Cristo de espaldas*, *Diario de Tipacoque* y también *El arte de vivir sin soñar*, hasta la reincidencia en el ensayo con *Hablamientos y pensadurías*, la última de sus producciones, cuya segunda edición Villegas Editores lanzó en abril de 2003 a la vista de sus innumerables lectores.

Probablemente, con el excelente opúsculo de sabor ‘proustiano’, intitulado *Caminos subterráneos*, se inició la parábola ascendente de Caballero Calderón como escritor eximio y de alta nota tanto en España como en Hispanoamérica. Según Juan Lozano, ese pequeño libro compuesto y publicado en plena juventud y que hoy tal vez nadie recuerda, es un lúcido intento de indagación e interpretación de soterradas imágenes y sensaciones. Los investigadores que elaboran una nueva y extensa Historia de la Literatura Colombiana tendrán, de seguro, en cuenta este folleto como la primigenia obra del autor de *Tipacoque*.

En el ya citado prólogo a las *Obras* de Caballero Calderón, Juan Lozano pondera el estilo, a juicio suyo, “preciso, directo y conclusivo” y original que singulariza a este escritor entre los muchos literatos de esta época. Advierte Lozano que no teniendo en sus venas una sola gota de sangre indígena, como en verdad no la tuvo don Eduardo, “ha rivalizado con nuestros más agudos escritores terrígenos en comprensión, amor y fe en las veladas fuerzas espirituales de nuestro hombre pobre, que es el más cercano al aborigen”. El dictamen de Lozano es concluyente, como lo es el párrafo que transcribimos:

Armando Solano, Tomás Rueda Vargas y Juan C. Hernández escribieron páginas inolvidables sobre nuestro ‘indio’, su ambiente, ideas y costumbres; y tan descriptivo como ellos y con más donaire, pero con criterio sociológico mejor formado, se ha acercado Caballero Calderón a la entraña viva de nuestro pueblo. Cuando, por otra parte, se leen las páginas que el autor ha consagrado a los campos y gentes de España, se siente allí una vibración honda y auténtica de españolismo y más que todo de castellanía. En la prosa de Caballero Calderón confluyen, con análogas comprensión y emotividad, los dos estratos de la raza americana; y es él por ello, entre los escritores americanistas que yo conozco, aquel que ha llegado a una síntesis más precisa y alentadora sobre el destino de nuestro continente.

En los albores del decenio de los años cuarenta del siglo pasado, esta Academia acogió al joven literato, incorporándolo al elenco de sus individuos correspondientes –y esta vez sin hipérbole ni concesión graciosa– en reconocimiento de su prestigio de escritor y de su culto permanente a la Lengua Castellana. El 23 de abril de 1944, esto es, el día del idioma, la corporación lo recibió como nuevo individuo de número asignándole la silla ‘N’, la de José María Samper, Lorenzo Marroquín, Víctor E. Londoño y Tomás Rueda Vargas, como sucesor en ella de éste último, su personaje inolvidable y antiguo y admirado profesor de historia. En la ceremonia de recepción, don Eduardo leyó el discurso protocolario en el que hizo el elogio de don Tomás y disertó sobre la labor literaria que se cumple o puede cumplirse en el periodismo.

Bueno es recordar que en aquella década de los cuarenta fue creado el Instituto Caro y Cuervo en homenaje de la Nación a los dos clásicos mayores de nuestras letras, con motivo de la celebración del primer centenario de su nacimiento; y que en ese taller de alta cultura como en esta Academia se intensificó el estudio de las obras del señor Caro y del sabio filólogo Rufino José Cuervo, como las de quien siguió de cerca sus huellas, don Marco Fidel Suárez. Por esas mismas calendas la Librería Voluntad –sobre la cual ejercía poderoso influjo el padre Félix Restrepo, director de la Academia– estaba publicando por entregas los tomos de *Los Sueños de Luciano Pulgar*. El recuerdo es pertinente porque precisamente el trabajo de Caballero Calderón sobre uno de los *Sueños* fue, de cierto, el argumento en que se apoyó la directiva de la Academia para proponer el ascenso de don Eduardo a individuo de número. Bien es cierto que don Marco como ser humano no suscitó simpatía en la sensibilidad de Caballero Calderón: ni la modestia, ni la aparente humildad ni las demás virtudes ostensibles del autor de la *Oración a Jesucristo* lo conmovieron con sentimiento de admiración; ni tampoco

pasó por alto sus defectos, la parquedad y encogimiento aldeanos y el bilioso surtidor de soterrados rencores. Pero en cambio, fue decidido admirador del prosador insuperable. Del aludido trabajo sobre uno de los *Sueños*, nos complacemos en reproducir el breve párrafo siguiente:

La prosa del señor Suárez tiene el ritmo cadencioso de algunos clásicos y por sus frases circula el aire libremente, sin que el lector se asfixie, como en ciertas prosas que de puro apretadas no dan respiro, o que son tan desmayadas que se les acaba el aliento. (...) Menos sabio que Caro y menos ilustre que Cuervo, era sin embargo más escritor que esos dos magníficos campeones del castellano en América. Hay páginas suyas, entre las cuales descuella el discurso a Jesucristo, que yo pongo sin vacilar al lado de las más bellas que haya leído en mi vida; páginas donde parece oírse el eco de los místicos, cuya voz mantenía en suspenso al señor Suárez cuando las leía en voz alta, según me han dicho, para regodearse en su lectura.

Con ocasión de este primer centenario, la corporación celebró en dos juntas –8 de marzo y 21 de junio– el debido homenaje a la memoria de quien fuera uno de sus más eximios numerarios. En tales juntas disertaron sobre la obra literaria de Caballero Calderón los académicos de número Juan Gustavo Cobo Borda y Javier Ocampo López, cuyos trabajos insertamos a continuación con viva complacencia como prenda segura del homenaje institucional a la memoria del egregio colega.

EDUARDO CABALLERO CALDERÓN, UN HOMBRE DE LETRAS

Por

Juan Gustavo Cobo Borda

Periodista, novelista, ensayista, traductor, diplomático, editor. Son muchas las facetas de Eduardo Caballero Calderón nacido el 6 de marzo de 1910. En definitiva, un hombre de letras. Un escritor profesional del cual se cumplen ahora 100 años de su nacimiento.

También, si se quiere, historiador, como lo atestigua con claridad y solvencia su repaso de la *Conspiración Septembrina* aparecida en 1936, en la Biblioteca Aldeana de Samper Ortega y su encantadora serie la Historia en cuentos, de Isabel de Castilla y Colón a Simón Bolívar. Sólo cuando se sabe mucho (y se olvida) es posible escribir para niños. Fue diputado a la Asamblea de Boyacá, representante a la Cámara y, lo mejor, alcalde de Tipacoque: “soñar un pueblo para después gobernarlo”. Conocedor de *El Quijote* y Santa Teresa y de la obra de Marco Fidel Suárez, participó en todas las empresas culturales de su generación, como la emisora HJCK.

El haber fundado la editorial *Guadarrama* en Madrid, donde editaría la amplia antología de la poesía francesa de Andrés Holguín; y el dirigir, años más tarde, en la Revista de Occidente en la misma ciudad, la colección *Cimas de América* donde publicó a los autores latinoamericanos de su generación como Uslar Pietri y Mariano Picón Salas de Venezuela; Leopoldo Zea de México; Eduardo Mallea, Ezequiel Martínez Estrada y Enrique Anderson Imbert de Argentina; Ernesto Mejía Sánchez de Nicaragua y las novelas de Augusto Roa Bastos de Paraguay; así mismo, *Junta cadáveres* e *Hijo de hombre*, de Juan Carlos Onetti de Uruguay, demuestran en ficción y ensayo su visión generosa del continente como un todo.

Amó a España, sus gentes y ciudades; y volvió a recorrer los pueblos de Azorín para darnos su muy honda visión de Castilla. Pero también se sumergió en Proust, de quien tomó su seudónimo: *Swann* en su legendaria columna de *El Tiempo*, muy consciente de su condición de novelista sudamericano nutrido de las historias campesinas de su feudo, Tipacoque, en Boyacá. Un hidalgo, si se quiere, que en sus novelas claves *El Cristo de espaldas* (1952), *Siervo sin tierra* (1954) y *Manuel Pacho* (1964) vio crecer los odios, venganzas y crueldades de la violencia partidista y la postergación, –un año más, un muerto más–, de la convivencia nacional. De la ruptura trágica del viejo orden señorial. Los personajes principales de estas tres novelas: el cura, Siervo Joya, Manuel Pacho al cargar este último durante tres días el cadáver putrefacto de su padre para enterrarlo religiosamente en Orocué, son la voz de tanto analfabeta, mudo de terror. El grito literario en contra de la asonada y

el incendio del rancho. Un testimonio pero, ante todo, una creación. Tallados con la adustez de los vencidos, hay algo salvaje y primitivo en estos héroes de bondad original. Capaces de doblegar la naturaleza, y a sí mismos, pero no así el sectarismo de los caciques, el rigor jerárquico de la Iglesia y la sempiterna avidez de tierras en proceso de mecanización agrícola. Un mundo, en definitiva, que se hunde sin remedio con sus refranes clásicos y sus solidaridades ancestrales.

Con la proverbial claridad de su prosa siempre al servicio del relato, intrigada y abierta a cuanto los personajes le dictan, que a veces, en *El arte de vivir sin soñar*, se remonta a la Arabia de Sherezada, con sus emires, visires y bazares; en *El buen salvaje* (1966) recurre a los cuadernos, cada vez más incoherentes y alcohólicos, del abúlico joven que se cree escritor latinoamericano en París y por la cual ganaría el premio Nadal; y en *Azote de sapo* (1975) utiliza al científico europeo, nada menos que el profesor Frobenius, con todas las connotaciones del nombre, perdido una temporada en las selvas donde se esconden los motilones, para expresar sus ideas. Las de un liberal arisco impregnado de valores conservadores que mamó en su casa, de boca y escritos del general Lucas Caballero, su padre, todos los desmanes de las guerras civiles y vio en sus hijos, el pintor Luis Caballero y el periodista Antonio Caballero, resurgir su opción libertaria, radical y sin partidos.

Germán Arciniegas, quien lo conocía bien, lo llamó “tozudo y orgulloso” y capaz de hacer lo que le diera la gana, hasta el final, donando sus cenizas a Tipacoque. Pero esa terquedad le permitió también escribir 30 libros por lo menos que siguen reeditándose y traducándose; y ser elegido por el Ministerio de Cultura como el escritor que justifica durante todo el 2010 el homenaje a sus cien años de nacimiento.

Vivió un año en Chile, dos en el Perú, uno en la Argentina, cuatro en España y cuatro en París pensando siempre en Colombia, siempre hostigado por esa insatisfacción de escritor de raza que le llevó a confesar al final de su carrera, en *Hablamientos y pensadurías* (1979): “En el fondo mis ataques de tristeza y desaliento tienen la misma fuente original de entonces: no haber escrito lo que hubiera querido ni como lo hubiera querido” (p. 258). Se hartó de escribir, pero ahora, a través de las hermosas memorias de su hija Beatriz (*Papá y yo*, Bogotá, Taurus, 2008) podemos comprender mejor a la persona e introducirnos en su mundo, que bien pudiera comenzar a leerse con sus muy logradas *Memorias infantiles* (1964). Una tarea, por supuesto, de más de un año, con todas sus lecciones, contradicciones y satisfacciones, en torno a un escritor que hecho curioso en Colombia, sí escribió y escribió bien.

Recuerdo de un novelista sudamericano

Lo conocí en el Hotel Suescún de Sogamoso. Envuelto en su ruana y el whisky en la mano. El corro de amigos no departía tanto con el escritor como con el alcalde de Tipacoque, alerta a los entresijos locales.

Años más tarde Álvaro Mutis me habló de la maldad de los cojos, pero este primer recuerdo se conserva grato e intacto. De vacaciones con mis padres, era

quizá el primer escritor que conocía de cerca. Con quien a lo mejor intercambié algunas palabras.

Lo primero que leí de él no fueron sus novelas, sobre ese ya mítico feudo de Tipacoque y sus campesinos leales, con nombres como Siervo Joya, sino volúmenes, también cercanos a su alma, que aún hoy se sostienen sin desfallecimientos: *Ancha es Castilla* y las *Memorias infantiles*. Se trataba de libros gratos, en buena prosa, con mendigos que eran hidalgos o tribus de primos correteando por los patios de viejas casonas bogotanas.

Amaba a España y la había recorrido de cabo a rabo estudiándola, compenetrándose con sus clásicos y con la humanidad escueta y brutal de sus personajes, de reyes a pícaros, de putas a frailes. Algo de taciturno y gruñón se le había contagiado, pero sus devociones eran límpidas y conscientes, y arrancaban de un Quijote que conocía mejor que nadie. Helena Araújo razonó luego, en un ensayo aparecido en *Eco*, que su patria no era Tipacoque sino Castilla, aislado en su soledad de señor feudal, pero esos dos reinos, en la fusión del idioma, daban buenos frutos. El relativo fracaso de una novela parisina como *El buen salvaje* corrobora lo anterior.

Era un liberal colombiano, unido de modo inexorable a la más rancia oligarquía bogotana que, como novelista, buscaba liberarse de esa polvorienta carga, yéndose a respirar los aires de Boyacá; sólo que allí lo aguardaba la violencia partidista y la intolerancia religiosa además de una pobreza afrentosa.

Por ello, en tantas ocasiones se retraía y miraba al pasado, fascinado con esos hombres de hierro que nos conquistaron, pero también siendo fiel a la intuición fulgurante con que Simón Bolívar nos había abierto los ojos, sin remilgos ni suaves modales. El fracaso de Bolívar aún contaminaba sus sueños y por ello no vaciló en adherir a movimientos de derecha, patrocinados por Eduardo Carranza, o proclamarse, sin más, anarquista, traidor a cualquier causa.

Era un escritor; no hay duda; pero fue también un periodista, por años, condenado a repetirse en tópicos insulsos, en la suciedad insidiosa de la omnipresente política. Si su hermano, Klim, recurría a los latigazos del humor urticante con apodos y gracejos de colegial, él se amargó en un escepticismo desencantado, sin embargo, él era generoso y creía en el arte y en la creatividad de sus colegas como lo atestiguan tantas notas justas sobre figuras como Germán Arciniegas, Ignacio Gómez Jaramillo o Sofía Urrutia. La fundación en Madrid de la Editorial Guadarrama y sus cuentos para niños donde Santa Teresa de Ávila, Isabel la Católica y el corneta llanero, se hacen próximos y cálidos y demuestran lo polifacético de sus intereses.

No obstante, sus ficciones parecen permanecer aisladas en ese nicho de un mundo campesino que agoniza por siglos, dentro del infinito conservatismo de la vida colombiana y al cual ya sólo iluminan el relampagueo de los machetes, el fogueo de la emboscada, el incendio de las chozas de bahareque y paja. La violencia, en definitiva, motivo de tesis sociológica, y en donde el joven cura enfrenta no sólo los dilemas del cacique y el policía en pueblos desahuciados, sino también los terrores de su propia alma.

Sólo que la carga de compromiso y denuncia que animaba a toda esta narrativa, de Rómulo Gallegos a Jorge Icaza, perdió toda su capacidad estética y revulsiva cuando aparecieron, al comenzar la década de los cincuenta, dos muy delgados libros: *El llano en llamas* y *Pedro Páramo* de Juan Rulfo.

Todos estaban muertos, todos eran fantasmas. El paisaje: un escenario apenas para que sombras y aparecidos se deslizaran como rencores vivos. Algo, por cierto, que ya en 1944, Caballero Calderón había previsto en su libro *Sudamérica, tierra del hombre*.

Detrás del alma del suramericano, de sus ciudades y pueblos, está siempre el paisaje. No se trata de una mera ficción literaria, aun cuando la literatura tan pobre e insignificante de este continente demuestra hasta que punto el espíritu del sudamericano está impregnado por la geografía. En novelas y poemas como *La Vorágine*, *María*, *Doña Bárbara*, *El infierno verde*, *La planicie amazónica*, *Jubiabá*, *Don Segundo Sombra*, *Martín Fierro*, etc., el ámbito asfixia al personaje del mismo modo que las selvas enmarañadas, las pampas inmensas y las cordilleras de metal aplastan la pequeñez del hombre, (pág. 185). Juan Rulfo no pudo escribir nada más: había dicho todo. Eduardo Caballero Calderón, después de *El Cristo de espaldas* (1952) y *Siervo sin tierra* (1954) intentó el viraje dentro de la senda abierta por Rulfo. Ese *Manuel Pacho* (1962) que como dice José Luis Díaz Granados, es una bestia moral, fruto del incesto de padre e hija, tarado e inarticulado, quien durante tres noches y dos días lleva a cuestras el cadáver putrefacto del progenitor hasta su sepultura en Orocué. Ese cadáver de la vieja narrativa de la tierra pesaba demasiado sobre sus hombros agobiados ya por tantas páginas. Incluso las reflexiones de *Sudamérica, tierra del hombre*, donde el narrador preocupado por los conflictos rurales se ha convertido en viajero lúcido e informado por las ciudades latinoamericanas. Allí, de Manaos a Cuzco, de Lima a Cartagena de Indias, de Santiago a Buenos Aires, de Río de Janeiro a Sao Paulo, estaba el horizonte virgen que su ficción nunca trataría de cerca. Ni siquiera esa Bogotá que le era tan próxima y que pinta cauta y desconfiada, "llena todavía de timideces aldeanas" que cultiva su espíritu y lee los clásicos y que es "profunda y honradamente democrática" (pág. 116). Una caracterización desacertada, que corresponde más bien al ideal retórico de la Atenas Sudamericana pero muy lejana, por cierto, de esa utopía, como se lo recordaría, con saqueos y llamas, el 9 de abril de 1948. Los suramericanos realmente no valemos mucho, pero Suramérica es el más bello y sugestivo de los continentes y el más cargado de porvenir, (pág. 10). La trampa de la esperanza, de los futuros que nos abren los brazos. Todos ellos estaban, por cierto, muy lejanos. No era una tierra de promisión sino una tierra yerma donde se pudrían todos los ideales.

Gabriel García Márquez, en cambio, sí encontró en *Pedro Páramo* (1955) lo que buscaba: en el comienzo del amanecer, el día va dándose vuelta a pausas; casi se oyen los goznes de la tierra que giran enmohecidos, la vibración de esta tierra vieja que vuelca su oscuridad. —¿Verdad que la noche está llena de pecados, Justina?—

La tierra era vieja y se desgastaba, sin remedio. Rechinaba, incluso, mientras el pecado subsistía mucho más allá de la muerte. También allí, en *Pedro Páramo*, García Márquez hallaría el tono necesario para poner a andar Cien años de soledad: el padre Rentería se acordaría muchos años después de la noche en que la

dureza de su cama lo tuvo despierto y después lo obligó a salir. Fue la noche en que murió Miguel Páramo.

Muerte y más muerte. Por ello quizá el silencio narrativo de Caballero Calderón después de *Manuel Pacho* y la insignificancia de sus últimos textos es digno y honrado. Su mundo, no hay duda, había desaparecido devorado por lo que en la ficción representaba *Pedro Páramo* y *Cien años de soledad*. No la ciudad o el campo sino apenas el alma de un ser que no era ni indio, ni blanco, ni negro, ni criollo o mulato, sino apenas una figura imaginaria. Un ente de ficción. Una construcción de palabras. ¿Se lo tragó la tierra? No. Apenas su propio mundo, endeble y esquemático. Ese Bogotá vacuo y letal del cual nunca pudo desprenderse del todo, asesinandolo en una ficción implacable. Como lo ha intentado, por cierto, su hijo Antonio Caballero con *Sin remedio*: ese horror que intenta volverse poema, también en vano.

Boyacá en la obra de Eduardo Caballero Calderón

Melancólico y sentimental como el páramo triste, la llovizna pertinaz y los fríos valles de Boyacá: así se definía Eduardo Caballero (1910-1993). Un escritor marcado por una tierra que habitó su familia desde 1560 y que vio reducido su latifundio de 10.000 hectáreas a una casa señorial y unos terrenos secos y en proceso de deforestación: Tipacoque. Todo aquello –paisajes, gente, sucesos– que volvió memorables en 30 libros y miles de columnas de periódico desde el 18 de mayo de 1938 en *El Tiempo* hasta 1977, con su proustiano seudónimo de Swann. Treinta y nueve años de vinculación de donde se retira en solidaridad con su hermano Klim, quién al satirizar al gobierno de López Michelsen, éste como presidente pide su retiro pues sus columnas más que urticantes desestabilizan el gobierno. Ante la solicitud de los directivos del periódico de suspender sus ataques, la considera Klim una censura de opinión y regresa con su hermano Eduardo a *El Espectador*. Pero esto no era raro en el caso de los hermanos Caballero y en concreto de Eduardo, quien ya había apuntado su prosa contra Laureano Gómez, contra Rojas Pinilla y se había confesado amigo y admirador de Jorge Eliécer Gaitán.

También había renegado de toda la clase política y su marrullería burocrática en un manifiesto que había firmado junto con el poeta Eduardo Carranza en 1944 y que decía: “No nos interesan las grotescas reformas constitucionales que el gobierno propone para distraer la atención del pueblo y para ocultar su incapacidad administrativa. Consideramos inactual, inadecuado, corrupto el sistema constitucional y legal que nos rige, y para lograr un cambio radical necesitamos la revolución”.

Si bien tuvo una descreída mirada sobre la política, en las diversas representaciones públicas que tuvo (Asamblea, Cámara, diplomacia, alcaldía) no dejó de trabajar por el país y sus gentes. En sus cuentos, novelas y ensayos, claro está, pero en varias empresas de cultura ya desde adolescente.

En el Gimnasio Moderno funda *El Aguilucho* (1927), la revista literaria del colegio donde su profesor de historia de Colombia, Tomás Rueda Vargas, le enseñará

que esta debe ser una cosa viva poblada de seres reales y le regalará un *Quijote* en cinco tomos.

Por ello cuando en 1983 –diez años antes de morir– redacta *Bolívar una historia que parece cuento* (Norma), su legado a los jóvenes, vuelve a proclamar la grandeza del hombre y la ruina de su sueño al comprender los polémicos frutos de sus ideas tal como quizás lo aprendió de joven. “Conviene recordar que en Bolívar tuvieron nacimiento los dos partidos históricos, el liberal y el conservador. El liberal que insurgió contra el propio Bolívar en la convención de Ocaña y en la nefanda noche septembrina, había nacido en la constitución de Angostura cuando el Libertador, sobre la base de la independencia conquistada, soñaba con edificar una gran república democrática. Y el partido conservador nació también de Bolívar varios años después, cuando él asumió un gobierno duro, dictatorial, para aquella coyuntura en que “si los tiempos son peligrosos el gobierno tiene que saber inspirar terror y miedo”.

Cuando Eduardo Caballero Calderón regresa a su casa natal, El Espectador, en 1976, sus columnas son un inventario de vida, un repaso de fraternidades que aún se mantiene, sobre el fondo inalterable de las carreteras que llevan a Boyacá. La penuria de sus campesinos y el aroma de los trapiches en época de molienda. Hablan de Germán Arciniegas y Juan Lozano, del general Ospina, quien iba una vez por semana a su casa cuando él era niño a darse un baño “americano” que había importado su padre. Hablará de Luis Vidales y Gilberto Alzate Avendaño. De Quevedo y Balzac. De Proust y Gide. De Borges y Asturias. Y obviamente de Bolívar y de Tomás Rueda Vargas, cerrando el círculo. Ahí estará el horizonte de España con el *Quijote* y José Ortega y Gasset, el de Francia con Napoleón y Stendhal. Y Colombia, donde el tiempo sigue detenido: un Metro para Bogotá, una reforma agraria y la defensa, una vez más, de la libertad de prensa.

Pero aquí viene el quid del asunto: la columna de prensa de la mañana dura lo que el tinto al desayuno, pero fue a partir de dichas columnas como Caballero Calderón empezó su carrera de escritor de libros. El primero lo tituló *Tipacoque. Estampas de provincia* (1940), donde los retratados no pueden leerlo por ser analfabetas. Donde hay matronas y curas, artesanos y pueblos, (Soatá, Capitanejo y Chiquinquirá) bandidos y diputados y, en definitiva, un sistema feudal. Regido en el caso de la justicia por los dueños de hacienda y los regidores al arbitrio de su criterio. En cuyo trasfondo subsiste el viejo drama del uso del agua tan escasa y los pleitos que de ahí surgen a raíz de las servidumbres impuestas “por los amos desde que yo nací”.

Entrelazadas estas viñetas compone un tapiz campesino de lenguaje popular y clásico que proviene de los manantiales del idioma, del Romancero y el Mío Cid. De costumbres milenarias y caracteres secos imborrables. Por ello, su recopilación de muchos de esos textos de periódico, veinte años después, se llamará simplemente *Los Campesinos* (1962). Los miró desde la altura pero con indudable empatía y comprensión. Durante tantos años los valores de su clase habían impregnado el vivir de estos siervos, que fue justo ver cómo la literatura terminaba por explicar las razones de una época de simultáneo horror y encanto a punto de desaparecer. De paternalismo y sumisión rota por los rayos de la violencia social y política.

Por ello, cuando en 1950 vuelve sobre el pueblo con *El diario de Tipacoque* una frase muestra el gran viraje: "La política le prendió candela a todo eso". Y el género colonial campesino dio así sus últimos frutos.

La Bogotá de Eduardo Caballero Calderón

Durante muchos años fui un niño inmortal.

Recordar la infancia es recordar un sueño.

A partir de estas dos frases Eduardo Caballero Calderón (1910-1993) escribe una de sus mejores y más entrañables obras: *Memorias infantiles* (1964). Ocho años en la Bogotá de 1920, de ciento veinte mil habitantes recreados muy proustianamente por un niño que revive el prisma de los colores y el mosaico de los sabores, a partir de una casa de la calle 12.

Un variopinto conjunto de personajes, sea de su familia, del innumerable servicio doméstico de entonces, del aún más amplio círculo de gentes que oscilaban entre la dignidad averiada y la pobreza sin atenuantes. Una ciudad regida por las campanas de las múltiples iglesias y los fenómenos naturales, incluida la guerra. La Candelaria, la Catedral, San Agustín y Santa Bárbara. Barrios que no eran menos importantes que la biblioteca del escritor Antonio Gómez Restrepo, el laboratorio del sabio Lleras, el Colegio del Rosario y en medio de todo ello, "como ave de presa o papa del Renacimiento", su abuela, llevada en silla de manos, rigiendo ese mundo desde su cuarto de vidrios de colores.

Pero también se daban allí, igualmente definidos, los bocadillos de cidra, las brevas cubiertas de almíbar, los buñuelos de Nochebuena, el masato espolvoreado de canela, las obleas rellenas de arequipe y ya, desde entonces, las empanadas con guiso de "Las Margaritas".

Una ciudad, "chata y homogénea", donde el abuelo había sido nombrado Secretario de Gobierno en la administración del señor Núñez y su papá Ministro del Tesoro del general Reyes. Un papá del Olimpo Radical que a los catorce años estrenó su primera levita; a los dieciocho se graduó de doctor en Derecho y Ciencias Políticas; hizo la guerra civil y fue general antes de los treinta; y se arruinó cuando no había cumplido cincuenta, con una fábrica de tejidos en San José de Suaita, abierta con socios belgas.

Todos estos avatares marcarían la infancia de un niño cuyo padre recorrería la totalidad del país, de Casanare a La Guajira y del Magdalena a los manglares de Panamá, en pie de guerra, y en cuya sangre se cruzarían Boyacá y Santander por sus raíces familiares. Pero más importantes aún serían los temblores, la gripe española, la venida de la virgen de Chiquinquirá y la primera guerra mundial, con los bandos infantiles en pugna, en pro de germanófilos y aliadófilos. Este nativo de Piscis registraría todo ello con mirada exacta, haciéndose preguntas, viendo cómo su afán de traducir sensaciones en palabras dejaría de lado, por falta de talento, su fallida vocación de músico, para convertirse poco a poco en escritor. Escritor tímido, afectado

por su fealdad, que en los lonches infantiles anhelaba volverse transparente. O que quizás, por el arte de la magia de la lectura y la imaginación compensatoria, podría llegar a convertirse en una figura heroica. Torero como el Litri, guerrero como Bolívar, boxeador como Carpentier o niño inmortal como Mozart.

Tal la fuerza de la mente en unos barrios precarios, poblados de mujeres con coto o parientes como el tío Alejandro que llevaban una sorpresiva doble vida. Acudía muy formal a todos los velorios, a tomar café y pescar alguna comida suplementaria. Pero al ponerse el sol se disfrazaba de artesano con ruana, jipa, medias de lana roja y alpargatas de fique y se emborrachaba como un cerdo en las tiendas y cafetines de mala muerte del barrio San Victorino, frecuentado por rateros, mendigos, maleantes y prostitutas. ¿Cuál era el verdadero? ¿Cuál ciudad era la real: la señorial de su familia o la de los márgenes y extramuros? La única realidad redonda, compacta, indiscutible es la literaria en la cual las personas tienen principio y fin, y aparecen siempre de frente y en primer plano.

La historia atravesará así este recuento. De Marco Fidel Suárez, un viejo fanático, quisquilloso, orgulloso dentro de una aparente humildad al general Ospina. Del Gimnasio Moderno, fundado en 1916 por su primo Agustín Nieto Caballero recién llegado de Suiza y su inolvidable profesor de historia patria, Tomás Rueda Vargas, hasta su abuela, decayendo y temperando en Cachipay, La Esperanza, Apulo, Tocaima y Girardot; este libro se conserva fresco y digno de leerse o releerse en el centenario del nacimiento del autor. Es parte nuestra en la claridad de su prosa y en la contenida emoción que lo sustenta.

España, el Quijote y Azorín viajan con Caballero Calderón

“La vida urbana no es sino artificio” dice Eduardo Caballero Calderón al iniciar su *Diario de Tipacoque (cuadros de costumbres)* (1950) y aclara antes: “En la ciudad el hombre se pierde y se desnaturaliza”.

Aquí reside la primera paradoja, de las muchas que marcan y a la vez animan su tarea de escritor pues, ¿no es acaso la novela un producto propio de la urbe, de la polis, desde el Satiricón de Petronio hasta La Habana para un infante difunto como nos lo recordó precisamente Guillermo Cabrera Infante? ¿Y Caballero Calderón no se define, por cierto, como novelista, aun cuando haya sido también cuentista, ensayista, memorialista y autor de libros de viajes?

“He visto que toda gran literatura es un retorno al campo, que es la soledad interior”, recalca Caballero, pero la soledad interior apunta más hacia la introspección de la poesía que al coloquio de voces y la puesta en escena que la novela propone. El interactuar de personajes en un acotado espacio verbal, llámese pueblo o conciencia.

La columna periodística, gracias a las cuales compuso *Tipacoque. Estampas de provincia* (1940) y *Diario de Tipacoque (cuadros de costumbres)* (1950) puede esbozar una figura, hacer un retrato, diseñar una situación, pero se agota y cierra en esa limitada cuadrícula de la página editorial o el suplemento literario. En ellas recal-

ca una y otra vez la discordancia, la incoherencia melódica de las ciudades y la conversión del campo en algo cómodo y urbanizado: eso era lo que buscaba el ciudadano cuando iba a veranear algunos días a la tierra de sus ancestros.

Caballero se sentía, en verdad un hombre de campo, con los problemas de quien tiene hacienda; responsable con sus trabajadores sintiendo la compensación, en las noches con luz de vela, de reposar en la hamaca, contar estrellas y rememorar algún poema. E incluso repetir una y otra vez que en el campo quiere morir, abonando con sus huesos el lugar que por siglos fue de su estirpe.

Pero en realidad, Caballero Calderón fue un producto típico de la industrialización de las ciudades, con su afán informativo en el radioperiódico y en la prensa, quienes lo dieron a conocer y le permitieron vivir. Añora, sin embargo, un ámbito donde aún se da “la sinfonía campestre”, con sus acordes y armonías y en contra de la ciudad, con esa “música sincopada y estridente que sólo se alimenta del ritmo. El ritmo sin soporte melódico es puro ruido, es lo mecánico frente a la música que es libre y espiritual”.

¿En dónde ha nutrido Caballero Calderón esta filosofía? En Tomás Rueda Vargas, su maestro de niño que, como rector del Gimnasio Moderno “Se apeaba de su yegua al pie de la escalinata que conducía a la sala de la rectoría”. Y a esa imagen de “tardes luminosas e interminables que parecían agonizar en la polvareda del camino real”, les añadía, en el recuerdo, “las recuas de burras cargadas de adobe o ladrillo recién cocido que cruzaban por los campos de juego”; tal como lo recordó en 1943 al hablar de este enamorado de la Sabana de Bogotá y de los avatares de la Independencia, con Bolívar a la cabeza. Porque Tomás Rueda Vargas lo que había plasmado y modelado en el espíritu de Caballero Calderón era su “paisaje interior”. Lo había hecho con “tono ligero”. Con “escepticismo fecundo” y “patriotismo fervoroso”. Y con inolvidables excursiones al campo, “colgados de la cola de una yegua subíamos la pavorosa cuesta por el camino de Yomasa a Cruz Verde”. Niebla del páramo. Helechos que chorreaban agua. Apego a la tierra. (Don Tomás Rueda Vargas en *Revista de las Indias*, Bogotá, 2a época, tomo XVIII, julio-septiembre 1943, p. 8-17).

Redondeo esta exaltación del campo en otro antecedente ilustre. Un artículo suyo en el suplemento literario de *El Tiempo* (domingo 23 de febrero de 1953) se titulaba: *Un español de siempre. La vejez de Azorín*. En pleno auge de la novela existencialista y el teatro del absurdo, él apela a pedagogos en mula y caminantes por las rutas de una Castilla reseca y atemporal: la Castilla del Quijote. Habla de ese prosista periodista que a los 80 años ha decidido no volver a escribir y recuerda su frágil silueta por las librerías de viejo de Madrid, en busca de infolios perdidos, de ediciones agotadas, de palabras ya en desuso. Pero también rememora –y son sus palabras–:

“el pintor maravilloso, el detallista cuyas páginas nos recuerdan los lienzos de los grandes maestros holandeses que se complacían en la copia y el retrato de interiores”.

Las pequeñas cosas.

Lo atrae el toque humilde y revelador que pasa inadvertido para el resto de los caminantes. El tiempo sobre las cosas.

Azorín recorre a pie los pueblos de la llanura castellana, sus murallas vencidas, sus plazas desiertas, sus casinos donde aún conspiran cura y hacendado, notario y alcalde, los pasos del Quijote, siglos después, y nos ofrece así un mundo inmóvil. Sencillez, claridad, minuciosidad y la "perla inesperada de un vocablo viejo y sabroso que brilla entre las palabras comunes y corrientes".

Concluye:

La prosa de Azorín tiene, como la capa de polvo que se adhiere a las cosas, el poder de levantarse de pronto e irisarse al sol de la poesía, creando una ilusión admirable que raras veces podemos encontrar tan lograda en otros estilistas de España.

Azorín fue el punto de referencia. Era la mirada aguda y la prosa seca para reedificar un mundo que se había venido abajo. La épica del Cid, Don Quijote a caballo y Sancho en burro, los místicos y el teatro barroco, la pérdida del imperio y la España invertebrada. Ella sólo subsistía, sin un propósito común, entre inmensas dehesas improductivas para el disfrute de la caza entre los aristócratas. Hambre y la iglesia imponiendo resignación. Una y otra vez podemos encontrar tales ideas, reiteradas en su centenar de libros, compuestos de pulcras páginas aparecidas en los periódicos.

¿Servía todo ello para mirar a Colombia? Así lo creía Caballero Calderón. Así lo proponía Alberto Lleras Camargo, periodista extraviado en la política, como lo definió Gabriel García Márquez cuando en junio de 1973 recordó a Azorín en estos términos. Habla de su estilo "sobrio, sencillez, humilde, presuntuosamente humilde". "Azorín para pueblos que se habían educado oyendo sermones y homilías apasionadas y amenazantes y discursos parlamentarios inocuos y sonoros, era la novedad que él mismo no debió sospechar nunca. Pero cómo ha evitado de daños y deslizamientos posteriores".

Lección de contención y limpieza, en donde asomaba una España que los propios españoles habían destruido sistemáticamente. "Cortados sus árboles, cegadas sus fuentes, y tornada amarilla y cruel, de verde y amena". No era más la España de las huertas árabes y los arcaduces rumorosos sino la España de hierro y polvo. De honor y cruzada en pos de la reconquista. De subirse a los barcos, tras el Nuevo Mundo y sus Dorados, pues con sembrar en Castilla a duras penas se podía fingir un magro condumio al día. Había que dar voces y alquilar la espada al mejor postor, tornándose soldado de fortuna en los tercios de Flandes o el saco de Roma. Con la invocación a Dios o al apóstol Santiago en la boca, entre blasfemias y plegarias.

José Ortega y Gasset, al comentar en 1912 un nuevo libro de Azorín, dijo:

El arte de Azorín consiste en suspender el movimiento de las cosas haciendo que la postura en que las sorprende se perpetúe indefinidamente como

en un perenne eco sentimental. De este modo, lo pasado no pasa totalmente. De este modo, se desvirtúa el poder corruptor del tiempo. (*Obras completas*. Tomo 1, 1902-1915, Taurus, 2004, p. 536).

La España inmóvil, preservada en las viñetas atemporales de Azorín, la cual Caballero Calderón pretendía afín a su Boyacá sin agua y amodorrado entre una historia épica, que se degrada en la comercialización del turismo o se olvida en la rutina de la pedagogía, sí tenía un presente: aquel donde los jóvenes, si no consiguen puesto público (“una corbata”, “un enchufe”, “una chanfaina”) sólo aspiran a manejar camión o bus para irse hasta Venezuela.

Los mocetones de la generación del automóvil, que ya trocaron la manta de Samacá por el dril de Fabricato, el jipa pastuso por la corroasca mexicana y las quimbas de Santander por las botas de la Corona.

Por lo menos, la vestimenta había cambiado, mientras la radio atronaba con corridos mexicanos.

La lección de sobriedad de Azorín encierra otro mensaje para Caballero. Él, como el maestro, era también “un insatisfecho, un decepcionado, tal vez hasta un revolucionario larvado”, que veía cómo hambre y orgullo no se llevan bien, hasta estallar en la sangrienta revuelta. (Guerra Civil Española). (Violencia partidista colombiana). Bajo un cielo inmóvil esos pueblos aparentemente atemporales que habían levantado las prosas de Azorín y Caballero Calderón se cuarteaban, deshacían y erosionaban bajo la nivelación homogenizadora de los nuevos tiempos, trátase de la violencia desplazando a los moradores, trátase de los emprendimientos industriales al alterar el medio ambiente, trátase de la soñada carretera con su cambio de rutinas y hábitos.

Cuando el 15 de enero de 1996 Mario Vargas Llosa entró a la Real Academia Española, su discurso de orden versó sobre *Las discretas ficciones de Azorín*. Allí donde observación y fantasía, diario de viaje y reportaje periodístico, cubren, en redescubrimiento crítico, rutas milenarias y pueblos que censó Cervantes en el Quijote. Puerto Lapice, Campos de Montiel, Sierra Morena, la cueva de Montesinos y la ínsula Barataria, donde ya realidad y ficción se funden y confunden. Donde la prosa de Azorín, al suspender el tiempo y evitar la muerte, congela la vida: la torna literatura. Conserva y mantiene, releendo siempre los clásicos. Los clásicos redivivos. El oasis de los clásicos, como indican dos de sus títulos o Lope en silueta, como señala otro. Tal la escuela de Eduardo Caballero Calderón, nutriéndose de esta tradición de clásicos y modernos, sean españoles o colombianos. Cervantes, Santa Teresa o Marco Fidel Suárez, quienes vuelven a decirnos lo de siempre, el ciclo que se renueva y también la pasmosa sorpresa de encontrar en lo vetusto la clave imprevista del día de hoy. El ritmo inalterable

el cual, como todo en el campo, llega con la Virgen del Carmen y se va con la Asunción de la Virgen. Los deshielos del nevado en el mes de enero, las elecciones de marzo, los lirios de mayo, las molindas de julio, el viento de agosto, las fiestas religiosas de diciembre, todo muere y renace

alternativamente, dirá en su capítulo-artículo llamado, por cierto, "Nota sobre los ritmos naturales", de su *Diario de Tipacoque*.

Un mundo de tierra y campo, de adobe y barro, de la tapia pisada, el chusque y el bahareque. Un mundo de ruana de lana cruda de oveja y alpargatas santandereanas. De agua para luchar contra la erosión, donde se siembra trigo, tabaco y caña, con derecho a molienda en el trapiche de los comuneros, para fabricar así la panela. Un mundo aislado, y en cierto modo autosuficiente, donde la cría de la vaca, el sebo de los marranos, los huevos de la gallina, la coca para los dolores y los plátanos del solar pueden integrar una dieta que asegura la subsistencia, pues "aquí se vive tan a compás del cielo, de la tierra y el árbol, que debe ser una dicha morir". Por ello la conclusión sería escueta: "La patria son cuatro cosas: la religión, la lengua, la tierra y la libertad".

Pero su verdadera patria serían en realidad los libros. Su bien nutrida biblioteca, que le permitirá escribir en 1947 con motivo del IV Centenario del nacimiento de Cervantes su *Breviario del Quijote*, "el libro dedicado a España, engendrado en Colombia y que vio la primera luz en Castilla". Un breviario sobre un libro que anda y un libro que conversa. Un libro de viaje, en el camino, de seres transitorios en diálogo inacabable. Libro de humor, donde el personaje no anula a la persona y la incongruencia entre sus anhelos y sus pedestres realidades termina revirtiéndose sobre el autor, Cervantes. Ese mal poeta, soldado que pierde un brazo y termina preso, funcionario que acaba en la cárcel por malos manejos o peor suerte y que abruma al Rey, la Corte y los Tribunales de Indias con memoriales y peticiones, pidiendo plaza en Cartagena de Indias como contador de galeras o simple escribano en ese pobre y rústico "pueblecillo" llamado Santa Fe, en el Valle de los Alcázares del Nuevo Reino de Granada.

El Quijote, exaltado como la Biblia del hombre español, se torna autobiográfico en Caballero Calderón al explicar éste, por contraste, sus preocupaciones de entonces como novelista suramericano. Una de ellas es la referida al paisaje, a cómo en *El Quijote* no llueve nunca y el viejo sol hierde todas las cosas, sin atenuarse en ningún momento.

La Mancha es una estepa caliza, un espejo asoleado, un yermo bruñido por el verano. Los hombres son allí secos y retorcidos como raíces. Y concluye: "Todo se marchita y agosta bajo el sol" (p. 79).

En cambio, en el Nuevo Mundo, las cosas son a otro precio.

La hipertrofia del paisaje que se observa en la literatura hispanoamericana la sufre, en realidad, el hombre de este continente a quien, por otra parte, la humedad y el calor le han descompuesto el hígado.

La lectura del *Quijote* y el análisis en 300 páginas que hace de su estilo y características, de sus mujeres y la idiosincrasia de su autor, del anarquismo español y el ideal caballeresco, torna a enfocarse sobre Boyacá y a mostrar el curioso mecanismo por el cual el ansia de los conquistadores por salir de su terruño español y

precipitarse hacia nuevos horizontes, con sed inextinguible, sólo se detiene cuando empiezan a recordar lo que dejaron atrás. Esa España no tenía reposo alguno, representada en un libro de aventuras cuyos ideales eran el honor y la justicia. En un caballero andante, tras su soñada dama, Dulcinea del Toboso, que desfaze entuertos y busca la gloria póstuma.

Por ello, Caballero Calderón viaja con *El Quijote* en mente para encontrar su Boyacá. La literatura, al vencer el tiempo, se hace dura, terca y cambiante realidad para cada lector que la hace suya, a su arbitrio, y encuentra en ella las letras que son alfabeto personal. Su manera de descifrar el mundo y encontrarse con su rostro en tal espejo.

Porque como en el consejo que da Don Quijote a Sancho Panza: “Has de poner los ojos en quien eres, procurando conocerte a ti mismo, que es el más difícil conocimiento que pueda imaginarse”.

A ello contribuirá ese sedimento de las edades, donde el haber sido condiciona al seguir siendo, y que tanta angustia produce en los pueblos nuevos, “sin tradiciones y recuerdos”, que por no haber sido, no saben como habrán de ser.

“Las cosas se humanizan porque envejecen” dirá en *Ancha es Castilla* (1950). Heridas y cicatrices de la historia española serán su forma de crearse un pasado para entender su Boyacá y la obra y carácter de Bolívar.

**EDUARDO CABALLERO CALDERÓN
(1910-1993)
Y LA MENTALIDAD DEL PUEBLO BOYACENSE**

Por

Javier Ocampo López*

La Academia Colombiana de la Lengua conmemora el centenario del nacimiento del académico y fecundo escritor Eduardo Caballero Calderón, cuyo pensamiento y cuya obra literaria interpretaron la mentalidad colectiva del pueblo colombiano – y en especial del pueblo boyacense – en la segunda mitad del siglo XX. Desde su hacienda Tipacoque señaló los aspectos más significativos de la identidad y la autenticidad de ese pueblo, y sus problemas en los años de la Violencia.

La mentalidad colectiva determina las ideas, sentimientos, opiniones, creencias y demás expresiones culturales de un pueblo; señala la concepción del mundo y de la vida; que anima y penetra la masa global de la sociedad; que determina las creencias, las actitudes y las decisiones; que arraiga los prejuicios e influye en un sentido o en otro en los movimientos de una sociedad: Para llegar a su conocimiento es preciso penetrar en lo más profundo de la psicología colectiva y apreciar el conjunto de los valores fundamentales y estructuras psicológicas que distinguen a las sociedades. Lo logró Caballero Calderón y por eso es reflejo fiel de esa mentalidad colectiva en su obra literaria, es uno de los aportes más significativos de este literato ilustre, considerado como uno de los más grandes escritores de Colombia en el siglo XX, tanto como periodista, como narrador y ensayista.

Eduardo Caballero Calderón nació en Bogotá el 6 de marzo de 1910 en el hogar del General Lucas Caballero y doña María del Carmen Calderón (de raíces boyacenses), los dueños de la Hacienda Tipacoque que el fecundo escritor mitificó en su obra, porque en ella, en *El Mundo de Tipacoque* estuvo en el centro de sus querencias afectivas. Fueron sus hermanos: Julio, Eloísa, Ana Lucas. Cursó el bachillerato en el Gimnasio Moderno, la institución educativa creada y orientada por su pariente Agustín Nieto Caballero, en donde se aplicó en Colombia el modelo de la 'Educación Nueva y Activa'; y en donde Eduardo recibió el influjo y estímulo del maestro Tomás Rueda Vargas. Allí inició su actividad literaria con algunos compañeros de la revista estudiantil *El Aguilucho*, en la que hizo sus primeros ensayos de crítica de las políticas educativas de la época. Es importante recordar que en el periodismo estudiantil se formaron escritores y políticos,

como fue el caso del guatecano Enrique Olaya Herrera con su periódico *El Patriota* y quien por su propio esfuerzo llegó a la Presidencia de la República.

Posteriormente Caballero Calderón inició sus estudios de Derecho y Ciencias Sociales en la Universidad Externado de Colombia. Solamente hizo tres años ya que no culminó su carrera por dedicarse al periodismo, a la política, a la diplomacia y a las letras.

En la política se destacó como diputado de la Asamblea de Boyacá en 1933 y en 1943 y diputado en la Asamblea de Cundinamarca. En 1958 fue elegido Representante a la Cámara en el Congreso Nacional, por el departamento de Boyacá. En 1969 fundó el Municipio de Tipacoque, alrededor de su hacienda y fue nombrado su primer Alcalde. Sobre este hecho hizo su obra *Yo el Alcalde*. Y en general en sus obras, creó un mundo imaginario universal que llamó "Tipacoque". En 1973 fue invitado a visitar varias Universidades de los Estados Unidos en donde se hicieron tesis sobre su obra literaria. Este insigne escritor murió en Bogotá el 3 de abril 1993, a los 83 años de edad. Sus restos reposan en Tipacoque. (Boyacá). En 1934 fue Jefe del Departamento de información, prensa y propaganda del Ministerio de Relaciones Exteriores iniciando sus contactos con el mundo diplomático.

Desde el año 1936 hasta 1937, se vinculó al periodismo colombiano.

Había iniciado su actividad como corresponsal del diario *El Espectador* en Suramérica. En 1938 escribió para el Diario *El Tiempo*, con el seudónimo de "Swann". Su primer artículo fue *La muerte de la Victoria*. Fue Director encargado de este mismo diario, editorialista y director del *Suplemento Literario* junto con el poeta Eduardo Carranza. Desde su experiencia periodística alcanzó la fama nacional e internacional como escritor. En 1939 se casó con Doña Isabel Holguín Dávila, de cuyo matrimonio quedaron cuatro hijos: María del Carmen, Luis, Antonio y Beatriz.

Eduardo Caballero Calderón fue diplomático primero en España como Encargado de negocios. Allí nacen sus obras *Ancha es Castilla* y *Breviario del Quijote*. En Madrid fundó la Editorial Guadarrama; Participó en la Asamblea Cervantina en Sevilla con su ponencia *Cervantes en Colombia*. Siempre manifestó su interés por España, la "Madre Patria" y, en especial, por la cultura española del siglo XVI, del Renacimiento y del Barroco del siglo de los Austrias Mayores, que fue el de mayor esplendor. En Lima fue Secretario de la Embajada de Colombia en el Perú, viajó por Suramérica hasta Argentina y Chile. Fue miembro de Número de la Academia Colombiana de la Lengua y con esta calidad, miembro correspondiente de la Real Academia Española. En 1963 fue Embajador de Colombia ante la UNESCO; y también desempeñó cargos diplomáticos en Buenos Aires y en París.

Como literato perteneció a la Generación de los Nuevos, que corresponde a los nacidos entre 1900 y 1919 y más específicamente a los nacidos en el lustro comprendido entre 1910 y 1915, entre quienes sobresalieron Alfonso López Michelsen, Indalecio Liévano Aguirre, Gilberto Alzate Avendaño, Lucio Pabón Núñez, Abelardo Forero Benavides, Antonio García, Abel Naranjo Villegas, Luis Eduardo Nieto Arteta, Eduardo Lemaitre, Horacio Rodríguez Plata, Jaime Jaramillo Uribe,

Eliécer Silva Célis, Luis Duque Gómez, Andrés Pardo Tovar, Guillermo Abadía Morales y al grupo literario de los piedracelistas, que formaron señalando entre ellos a Jorge Rojas, Eduardo Carranza, Carlos Martín, Arturo Camacho Ramírez, Gerardo Valencia y otros. La obra profunda y significativa de este grupo generacional tiende hacia la afirmación de un nacionalismo cultural reflejado en su anhelo de buscar la esencia de la identidad nacional colombiana, delimitar los pilares de su personalidad histórica, desentrañar sus orígenes culturales, indígenas, hispánicos y africanos, precisar sus vigencias y supervivencias folclóricas, analizar sus problemas y dejar un interrogante sobre el por qué de la crisis de sus valores e instituciones y, en síntesis, fijar las tendencias de la autenticidad para relieves las esencias más significativas de la cultura colombiana. Fue la generación colombiana que más reflexionó sobre nuestra ontología cultural o razón de ser en los diversos planos local, provincial, nacional, latinoamericano y mundial.

La obra de Caballero Calderón

Entre la diversa y variada producción literaria de Caballero Calderón, la crítica ha destacado las siguientes obras: los ensayos *Ancha es Castilla*, *Suramérica tierra del hombre*, *Americanos y europeos*, *Latinoamérica un mundo por hacer*; y entre las novelas, *El Cristo de espaldas* y *El buen Salvaje*, distinguida en 1969 con el premio 'Eugenmia Nadall' por la Editorial Destino.

El Cristo de espaldas tuvo un éxito sin precedentes en la literatura colombiana. En 1952 cuando la violencia de la lucha política entre liberales y conservadores había motivado una preocupación universal en todo el mundo, Caballero Calderón la dio a la vista pública en una edición de 7000 ejemplares que en dos meses se vendieron. Fue la novela de la violencia en Colombia; la más leída y comentada, tanto en nuestro medio como en el exterior, y adaptada como telenovela como también fue llevada a la televisión el relato *Historia de dos hermanos* y al cine *Caín*, otra de sus narraciones. La crítica literaria Carmenza Kline –autora de *La violencia en Macondo* sostiene que la obra de Caballero Calderón es la que más refleja el problema de la violencia en Colombia a mediados del siglo XX

Con su hermano Lucas el ingenioso Klim y Jaime Soto, fundó Eduardo el noticiero Contrapunto, con Álvaro Castaño Castillo La emisora cultural HJCK; y con José Umaña Bernal el programa radial "Hombres de Letras".

Reflexiones sobre su obra

La vida y la obra del escritor Eduardo Caballero Calderón nos dan la idea de un ensayista que se mueve en varios planos. Es el ensayista latinoamericanista y universal que plasma sus ideas en las obras *El buen salvaje* (1966); *Americanos y Europeos* (1957); *Ancha es Castilla* (1950); *Latinoamérica, un mundo por hacer* (1944); *Suramérica, tierra del hombre*; *Breviario del Quijote*, *El nuevo príncipe*: ensayo sobre las malas pasiones, *Los campesinos*, *Cartas colombianas* y otras, en las cuales se manifiesta el humanista latinoamericano en sus relaciones con el mundo. La Editorial Bedout publicó en los años 1963 y 1964 sus *Obras Completas* en tres volúmenes.

Es el escritor que trasciende de lo simple cotidiano, eleva así mismo, sus reflexiones a la dimensión universal. Los latinoamericanos estamos incrustados en la civilización occidental cristiana, con lazos profundos en la cultura hispánica y en las civilizaciones griega y romana. Nuestro espíritu en la conciencia colectiva es el humanismo latinoamericano en una tierra, crisol de razas, en donde se ha formado un pueblo nuevo producto de la fusión de varias culturas. Un pueblo que en su esencia es fruto y decantación de la cultura universal y la promesa hacia el futuro de promisión.

Cuando reflexionamos sobre Colombia en su *Historia privada de los colombianos*, aparece el hombre-nación. El ensayista que busca los procesos sociales en la historia de Colombia, para plantear un *Revisionismo histórico*, reflejado en sus ensayos *El mecanismo social de la Independencia, El pueblo, los caciques, el llanero, y una generación estéril* (sobre la Generación del Centenario).

En el campo de la narrativa destacamos: *Caminos subterráneos* (1925), *El arte de vivir sin soñar* (1943), *El Cristo de Espaldas* (1952), *Siervo sin tierra* (1954), *La penúltima hora* (1955), *Manuel Pacho, El buen salvaje* (1966), *Caín* (1968), *El Azote del Sapo* (1975), *La Historia en Cuentos* (1953), en tres volúmenes. *El cuento que no se puede contar* (1981). Relatos como: *Tipacoque: Estampas de provincia*, (1940), *Diario de Tipacoque* (1950); y entre sus Memorias tenemos: *Memorias infantiles* (1968) y *Hablamiento y pensadurías* (1971).

Otro plano en su obra literaria es el regional boyacense en las provincias del norte y Gutiérrez, alrededor de su vivienda personal en la Hacienda de Tipacoque. En las tierras del norte de Boyacá, en sus gentes y en sus paisajes, se manifiesta el escritor del realismo literario a través de sus obras antes mencionadas: *Siervo sin Tierra* (1954), *Tipacoque* (1941), *Diario de Tipacoque*, *El Cristo de Espaldas* (1951), *Manuel Pacho* (1969), *Caín* (1971), *Yo el Alcalde* (soñar un pueblo para después gobernarlo) (1971), *Historia de Dos Hermanos* y otras.

Su obra literaria presenta una teoría cíclica de estrecha relación, en donde el conjunto en proceso diacrónico está ligado profundamente a las partes. Esta teoría cíclica, literaria, geohistórica y social de profunda relación, lleva a la unidad entre los pueblos, las regiones y el país. Por ello encontramos varias dimensiones en Eduardo Caballero Calderón: *El hombre-tierra*, intérprete de la mentalidad boyacense; *El hombre-nación*, ligado a la búsqueda de las líneas históricas de la esencia colombiana; *El hombre-continental*, (ligado a su espacio latinoamericano, la "Tierra de Promisión"; y el *hombre-universal*), que se libera de los artificios geográficos y regionales que lo ata entre parroquiales linderos, para transitar a una dimensión universal: *El nuevo Príncipe, Pensamientos y habladurías, El buen salvaje, El arte de vivir sin soñar* etc.

Eduardo Caballero Calderón y la mentalidad del pueblo boyacense

Desde su hacienda en Tipacoque, escribió sus novelas de realismo literario. Relató los problemas de un pueblo enfermo, anegado en la violencia, precisamente en las provincias del norte y Gutiérrez en Boyacá, que la sufrieron tanto en el

primer lustro de la década de los treinta y el promedio del siglo XX, años del mayor sectarismo político partidista en Colombia y de la crisis nacional, años de la revolución frustrada, del colapso o derrumbe parcial del estado democrático, años en los cuales aparecieron las tensiones largamente reprimidas por los campesinos colombianos y cuando revivieron las fuerzas recurrentes o negativas de la democracia: el caudillismo político y terrateniente, el gamonalismo, el regionalismo, el anarquismo y todas las secuelas políticas que dejó la guerra de Independencia en el siglo XIX y que se manifestaron en el siglo XX. Fueron los años de la desintegración de las normas institucionales que se instauraron en Colombia en los dos siglos de la consolidación nacional.

Caballero Calderón es el crítico de la realidad que vivió el pueblo boyacense y en su dinámica espacial, la realidad que vivió y aún vive el pueblo colombiano en una época de crisis de los valores y de las instituciones. Asimismo, la realidad del pueblo hispanoamericano, un pueblo enfermo, lacerado en los factores recurrentes y negativos del caudillismo, el gamonalismo, la guerra civil, declarada o no declarada, y los problemas de la miseria y el analfabetismo.

En el realismo literario, Caballero Calderón presenta a través de sus obras una visión real y crítica del campo boyacense. No lo exalta ni lo idealiza, tampoco lo sublima como los románticos o costumbristas, más bien se manifiesta un neocostumbrismo realista. Las sociedades son espacios y la creación espiritual y material están en la respuesta que dan los pueblos a su entorno físico. El norte de Boyacá está ubicado en un espacio montañoso y fluvial, alrededor de la Cordillera de los Andes Orientales, el Nevado del Cocuy o Güicán y el Río Chicamocha. El ambiente del Chicamocha y las laderas montañosas influyen en el hombre, son tierras ariscas con muchas dificultades para ejercer las labores agrícolas. Su eje es "el rancho"; -nos dice Caballero Calderón, que es la síntesis del espacio humano en esta región- El rancho con cultivos, trapiches, ríos y montañas; allí vive el hombre norteño, cuya pasión es la tierra; un hombre que como Siervo, trabaja la tierra ajena de la cual, jamás podrá ser dueño, aunque ello sea su sueño y su obsesión.

En la mentalidad boyacense tener tierra es el ideal de todos los campesinos; se lucha por obtenerla y asimismo, se pelea por los linderos de las propiedades, aunque se encuentre con problemas como la negación del derecho al agua por parte de los vecinos. Siervo fue víctima de ellos.

En Boyacá, tierra y patria son sinónimos de una sola realidad. Para el campesino boyacense, la patria es el pedazo de tierra en donde vive, tiene su casa para la familia y la siembra sus cultivos. La Madre Tierra es el mito que está incrustado en la mentalidad colectiva. Por ello, el mayor deseo de cada boyacense y, para nuestro caso el Tipacoque de Caballero Calderón, es poseer un retacito de tierra que pueda llamarlo suyo, de su propiedad. Así expresa en *El Diario de Tipacoque*:

La tierra es el sedimento y el monto espiritual de Angelita Duarte, por ella daría la vida, por sus hijos cuanto más la suya propia; no le importa el oro, si no porque puede convertirse en tierra.

Este elemento es muy importante en el ideario de este escritor, para quien desentrañar los valores terrígenos de los boyacenses fue una obsesión. -La patria es la tierra en donde se vive- Esta idea la expresó en una de sus intervenciones en la Academia Colombiana de la Lengua, cuando hizo una evocación de la “patria” en relación con las gentes y la tierra del norte de Boyacá, alrededor del río Chicamocha. Así expresó:

“La patria son estas montañas que ahora miramos, el ruido que rueda allá abajo en el cañón bañando las vegas donde Siervo Joya siembra unos colinos de tabaco y vigila su arisca tropa de cabras. La patria es el pedazo de tierra que Juan de la Cruz tiene en el Palmar, sembrado de maíz, y la casita de piedra que Antonio Avila hizo a la orilla de la carretera. La patria son los compadres que ustedes conocen desde niños, como esos viejos Pimientos del páramo, que son fuertes como los robles a cuya sombra viven, y tienen la conciencia recta y limpia como la hoja de un cuchillo de monte. La patria son estos terrones amarillos del cementerio, donde crece un obo nutrido por la savia de muchas generaciones de tipacoques que allí reposan. La patria son las tumbas de tantos viejos amigos que han muerto y que ustedes conocieron: misiá Remigia, Marcelino, el viejito Pío Fuentes, María su mujer, toda esa población de antiguos tipacoques que hoy forman la constelación de espíritus que nos miran desde el otro mundo. Nosotros no podemos faltar al mandamiento de esos muertos que fueron boyacenses y colombianos como nosotros; ni a la sugestión de este paisaje formidable, ni al encanto de esta tierra que el Libertador nos entregó para que fuera nuestra y de los hijos de nuestros hijos”.

La patria colombiana después de la revolución de Independencia está alrededor del pensamiento democrático y republicano de nuestros próceres y libertadores que lucharon por la libertad y la independencia y, en especial, con el pensamiento y la acción del Libertador Simón Bolívar. En la Hacienda de Tipacoque, el escritor Caballero Calderón instaló una placa conmemorativa del paso del Libertador y su alojamiento en esta casa. Así expresó:

“Congregados ante esta piedra que lleva esculpido su nombre, soñemos un momento en que Bolívar está aquí entre nosotros. Que se levanta nervioso de su silla, con la fusta en la mano, y comienza a pasear por este corredor que ha retumbado tantas veces con las pisadas de patriotas que sobre todas las cosas en el mundo han amado a Colombia. Me parece verlo con el brazo extendido, señalando las montañas que aparecen al través de las ruinas del Trapiche Viejo. Los abuelos de ustedes rodearían al hombre, para escucharlo. En la pesebrera dos o tres tipacoques le pasarían la almohaza al Palomo, y le echarían un pienso. La voz de Bolívar era metálica y restallaba como un látigo. Él contaría, por la centésima vez, la formidable epopeya. Contaría la sed abrasadora de los llanos de Arauca y Casanare; el frío mortal del camino de Pisba; la miseria y la muerte en el castillo de Puerto Cabello; las cien derrotas que le asaltaron en su trabajoso camino hacia la gloria y hacia Boyacá.... Cuando alguien trate de engañarlos a ustedes, piensen en el Libertador. Cuando alguien que los gobiernos falle en el camino, piensen en él. Bolívar es el ejemplo y el padre. Nadie puede ser bueno ni grande en Colombia si no lleva el Libertador en el pecho. El Libertador no está ausente, tipacoques, pues no morirá en esta tierra mientras vivan quienes lo recuerden. Su memoria es como esta piedra, que durará más que nosotros. El Libertador es la patria, tipacoques ¡Viva el Libertador!.

Los tipacoques, que me habían escuchado con la cabeza descubierta, la irguieron entonces para responder a voz en cuello ¡Viva!, mientras una salva de voladores y requintos atronaba el patio y retumbaba largamente en la cuchilla que se levanta a pico por detrás de la casa. Y entonces empezó la fiesta.

Otro factor componente del ambiente campesino es el agua. Quitarle a un Tipacoque el agua, es matarle todos sus sueños, sus ideales y hasta su vida misma, que en esta región la obtienen solamente de la lluvia y del río Chicamocha. Un campo sin agua es un desierto y la preocupación de todo campesino boyacense, del Altiplano y de los Andes Orientales. El agua en Tipacoque trae fiesta y alegría, porque la lluvia es la nodriza del terruño pedregoso y escarpado. Así expresa Caballero Calderón en el *Diario de Tipacoque*.

El agua es la gracia santificante de la tierra, la levadura de la cual la masa del pan no crece ni se esponja.

Otro elemento del paisaje de Tipacoque son las nubes, que son el ritmo de la vida en el campo, pues de ellas dependen la siembra, la recolección de los frutos y hasta el mercado. El campesino aprende a leer las nubes, sabe cuando va a llegar el invierno y cuando se acerca el verano, la siembra y la recolección de frutos.

Otro aspecto que nos señala Caballero Calderón en los campos boyacenses, es el silencio, con el cual nuestro campesino se encuentra a sí mismo y descubre dentro de sí, lo que jamás hubiera imaginado. Así expresa el fecundo escritor:

La intuición de lo eterno considerado como una permanencia más que como una sucesión indefinida, se ha plasmado y petrificado en este silencio.

En la psicología colectiva del pueblo boyacense, el escritor Caballero Calderón, destaca los rasgos más sobresalientes: El ritmo lento de la vida, no de sobresaltos y cambios bruscos, sigue el ritmo vital de la naturaleza y se acomoda a las variantes del tiempo y de las cosas. Sin embargo, es un alma supremamente sensible, compenetrada con el agro y observación de los acontecimientos.

El hombre boyacense es sencillo en todos los sucesos de su vida. Tiene convencimiento de que la sencillez es un don que lleva a la grandeza de las cosas pequeñas. Es paternalista y machista, pues siempre tiene a la mujer sujeta al varón, a sus caprichos y gustos. El hombre usa a la mujer para su provecho, no le importa la belleza exterior, sino la experiencia de vida. El Tipacoque es liberal en esencia, por ello las riñas políticas hacen parte de la vida cotidiana. Dice Caballero Calderón que en el norte de Boyacá no se puede concebir un alma campesina que no tenga partido político, liberal o conservador; y que descubra a la legua de qué color tiene el alma el visitante.

El boyacense es religioso por tradición. En sus sentimientos religiosos se manifiesta una mezcla de ignorancia, fe sencilla y hasta superstición. Para el campesino de Tipacoque: Dios es "Nuestro Amo"; la Virgen de Chiquinquirá es quien concede una buena muerte y Santa Rita, la protectora de las cosechas y la encargada de traer la lluvia en el momento preciso. Para el norteño es importante la

romería a Chiquinquirá. Es el momento colectivo de unión familiar, reunión con los compadres, los amigos y los vecinos.

Algunos factores recurrentes entran a la vida cotidiana del pueblo boyacense: el caudillismo y gamonalismo que se manifiestan como liderazgo dominante en un pueblo sencillo, abnegado y silencioso. El regionalismo con las luchas internas y externas entre los pueblos liberales y conservadores. -Tipacoque, pueblo liberal, se encuentra frecuentemente con los Chulavitas y gentes vecinas de los pueblos conservadores-. El burocratismo una enfermedad político – administrativa de Boyacá, como lo refleja su novela *Yo al Alcalde*; “soñar un pueblo para después gobernarlo” es la fuerza titánica que empujó a nuestro personaje que luchó con denuedo para fundar el municipio de Tipacoque él enseñó a este pueblo, que acogió sus cenizas con veneración, a hacer parte de la vida municipal; él sufrió los rigores del papeleo, la burocratización y la lentitud de las oficinas departamentales y nacionales cuando iba a conseguir la ayuda para su municipio. Según Caballero Calderón todo fue un problema; sus viajes a Tunja; sus pasos, oficina por oficina y como conclusión, la lentitud para solucionar los problemas que se convirtieron para el escritor, en verdaderos escollos para el progreso de los pueblos.

La tipología social de los boyacenses, la encontramos en sus obras *Siervo sin Tierra*, *El Cristo de Espaldas* y *Diario de Tipacoque* :el caudillo o gamonal que manda a todos y en todos los rincones del pueblo, el alcalde que sigue los lineamientos del gamonal, el juez con sus normas para aplicar la justicia, el notario, prototipo del hombre doble, el cura viejo defensor de una Iglesia católica de tradición y el cura joven con los lineamientos de la Iglesia del amor, la justicia social y amiga y compañera de los pobres, los terratenientes, los mayordomos y los innumerables siervos sin tierra, que conforman las masas del proletariado campesino.

En el choque de fuerzas de los representantes del gobierno (burócratas), la Iglesia y la aristocracia terrateniente, se encuentra la dinámica de los grupos sociales y la violencia en una época de crisis. Caballero Calderón critica ese mundo de atraso e ignorancia en donde los terratenientes explotan a los labriegos: (*Siervo sin tierra*) y en donde los políticos de oficio y los burócratas permiten los enfrentamientos de esquizofrenia y locura política, liberal y conservadora de un pueblo enfermo, como se manifiesta en *El Cristo de espaldas* y *Manuel Pacho*.

La mentalidad boyacense como la analizó desde Tipacoque, mezcla los ideales religiosos con los políticos y económicos de la tierra y la producción, es la proyección de la estructura mental colonial de ideales caballerescos, mercantilistas y religiosos, que encausaron en forma lineal el caudillismo y el mesianismo, unidos a la mentalidad cíclica del mundo indígena en donde las permanencias hacen del presente la esencia de la vida cotidiana, la reflexión en la soledad, la lentitud en la actuación y el pesimismo ante la realidad. Entre el cambio permanente que transmitió la mentalidad hispánica, y la permanencia y el tiempo cíclico del mundo indígena, encontramos la hibridación del mestizaje que fue violento en los años de la crisis nacional.

Todo lo anterior señala algunos aspectos significativos del pensamiento y la acción del escritor, ensayista, novelista, periodista y gran narrador. Destacamos la profundidad de sus ideas sobre la mentalidad del pueblo boyacense a través de sus escritos. Sus ensayos sobre Colombia, Latinoamérica y el mundo, el profundo hispanismo en sus ensayos sobre España y sus regiones y la visión de un mundo violento de las guerras mundiales, la violencia partidista que anegó de sangre los campos colombianos, y que el escritor de Tipacoque reflejó en sus obras sobre los pueblos del norte de Boyacá, se manifestó como un profundo narrador de los hechos y de la vida cotidiana de su mundo circundante. Ahora cuando lo recordamos en el centenario de su nacimiento, recalamos su visión del mundo y de la vida, que es fundamental para el conocimiento de Tipacoque, Boyacá, Colombia e Hispanoamérica en el mundo, de las guerras mundiales y la violencia en el siglo XX como lo reflejan sus escritos. En la Literatura colombiana del siglo XX, es uno de los escritores más representativos y de gran significación para el conocimiento de la identidad del pueblo colombiano y de sus problemas profundos que se reflejan en el acontecer histórico nacional.

Bibliografía

1. Academia Boyacense de Historia y Gobernación de Boyacá, (2010): *El escritor Eduardo Caballero Calderón*. Estudios de Enrique Medina Flórez, Javier Ocampo López y Miryam Báez Osorio. Tunja, Búhos Editores.
2. Ávila, Benigno, (1964): *La novela sociológica y el Cristo de espaldas*. Bogotá, Instituto Caro y Cuervo.
3. Ayala Poveda, Fernando, (1984): *Manual de literatura colombiana*. Bogotá, Educar Editores.
4. Bedoya, M, Luis Iván, (1984): *Eduardo Caballero Calderón*. Medellín Universidad de Antioquia.
5. Birnbaums C., Anita, (1967): *El Costumbrismo y Eduardo Caballero Calderón*. Bogotá, Instituto Caro y Cuervo.
6. Camacho Guizado, Eduardo, "Novela colombiana. Panorama contemporáneo". En: *Letras Nacionales* (Bogotá), N°9 (Julio-Agosto)
7. Carrillo Sarmiento, Germán, (1969): *La novelística de Eduardo Caballero Calderón (1936-1965)*. Doctoral Disertatin. The University of Illinois.
8. Cortés Ahumada, Ernesto, (1968): *Las Generaciones Colombianas*. Tunja Imprenta Departamental. Galería de Autores Boyacenses.
9. Curcio Altamar, Antonio, (1957): *Evolución de la Novela en Colombia*. Bogotá, Instituto Caro y Cuervo.
10. Herrera, Luis Carlos, Mejía William, Nieto Bernardo, Barrera, Guillermo y Gómez O., Álvaro: "Trayectoria de un novelista: Eduardo Caballero Calderón". En: *Boletín Cultural y Bibliográfico* (Bogotá). Vol. 12, N° 2 (1969)
11. Landínez Castro, Vicente (2003): *Síntesis panorámica de la literatura boyacense*. Tunja, Academia Boyacense de Historia.

12. Ocampo López, Javier (1989): *Los hombres y las ideas en Boyacá*. Tunja, Academia Boyacense de Historia, Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia.
13. Ocampo López, Javier, *El imaginario en Boyacá. La identidad del pueblo boyacense y su proyección en la simbología regional*. Bogotá, Universidad Distrital "Francisco José de Caldas".
14. Porras Collantes, Ernesto, (1977): *Construcción del carácter en la narrativa de Eduardo Caballero Calderón*. Bogotá, Instituto Caro y Cuervo.
15. Uribe Ferrer, René. "La obra de Caballero Calderón". En Revista *Universidad de Antioquia* (Medellín), N° 108, (Julio-Agosto 1952)
16. Vargas Delgado, Luis Saúl: *La personalidad literaria en la obra de Eduardo Caballero Calderón*. Bucaramanga, El Impresor. (1996).

HOMENAJE A LOS ESCRITORES JAIME BARRERA PARRA Y TOMÁS VARGAS OSORIO

LA MANO ABIERTA

Por

Belisario Betancur Cuartas

*...todas las fuerzas mentales de Santander
pueden conjugarse para la creación de una
nueva mística.*

Jaime Barrera Parra

*...una patria de hierro pero que tenga la
dulzura de una naranja al mediodía...*

Tomás Vargas Osorio

1. Las voces innumerables

Leeré enseguida una página excelsa que me habría gustado escribir y que hice mía con placer y con orgullo, como preámbulo para ingresar a la docta y prestigiosa Academia de Historia de Santander, en Bucaramanga, cuya *Laudatio generoso* pronunció el académico Antonio Cacia Prada, con palabras hermosas que quiero agradecerle de nuevo.

La página es ésta:

Señores:

En vuestra presencia yo percibo emocionado la sonrisa de una gran tierra, la mano abierta de una gran raza. Esa raza y esa tierra han sido como una música para mi corazón de hombre, han dado fisonomía a mi pequeño universo literario, mucha más fragancia a las cosas y a los hombres de Santander, que a las emanaciones de librerías y bibliotecas.

Así pensaba y escribía en los años treinta del siglo XX, mi personaje inolvidable, Jaime Barrera Parra, en una de las evocaciones más certeras que se recuerden sobre el sentir físico y metafísico de Santander y de su gente; uno de los lienzos pintados con colores más exactos, pincel tenue, brocha abierta y espátula escueta,

* Homenaje a los escritores santandereanos Jaime Barrera Parra y Tomás Vargas Osorio. El profesor Jaime Posada, Director de nuestra Academia, me ha pedido que lea ante los Honorables Académicos e invitados, el discurso con el cual ingresé a la Academia de Historia de Santander el 29 de junio de 2009. Lo hago con gusto y con honor, en un texto ajustado y complementado sobre el texto original.

que hubieran envidiado Oscar Rodríguez Naranjo para sus gráciles ninfas del Club del Comercio en Bucaramanga, o Saturnino Ramírez para sus billaristas de París, Socorro o Barichara.

2. El puente

Nacido en San Gil en 1890, en el hogar paradigmático del doctor Antonio Barrera Forero y doña María Parra Lizarralde, (ella de pensamiento liberal, él de pensamiento y acción conservadores, lo que determinó un ambiente doméstico de intensos debates tolerantes), el mayor de doce hermanos –entre ellos el magistrado embajador y ministro conservador Manuel–, el liberal Jaime Barrera Parra fue antes que nada un escritor de Metáforas –*el sol tiraba monedas de oro sobre los campos; el sol ha sido el protagonista central de la vida santandereana...*– al estilo de los simbolistas como Mallarmé, o al aire de los parnasianos como Heredia, o a la manera de los primeros surrealistas como Bretón, Lautreamont o Lenormand; o, en fin, como los modernistas de la generación española del 98, que recibió los destellos del nicaragüense Rubén Darío, porque de todos ellos Jaime bebió conocimiento, metáforas e imágenes, hasta convertirse –lo dice Alejandro Galvis Galvis en el libro sobre su vida, *Un carácter*– en uno de los más grandes cronistas de su tiempo.

Además, Barrera Parra fue a modo de puente entre la *Generación del Centenario* (Eduardo Santos, Laureano Gómez, Alfonso López Pumarejo y Luis López de Mesa, entre otros) y la generación de *Los Nuevos*, (los Zalamea, de Greiff, Rafael Maya, Armando Solano, Luis Tejada, Germán Arciniegas, Luis Vidales; *los Leopardos*, Silvio Villegas, Ramírez Moreno, Eliseo Arango, Camacho Carreño y Joaquín Fidalgo Hermida), con versación y con estilo aprendidos en el manantial que no cesa, de los clásicos. No en vano, después de los primeros estudios en el Colegio de San Pedro Claver en Bucaramanga, en donde ya escribe poemas llevado de la mano por su profesor de literatura, el sabio e inagotable Padre Puentes, viaja a estudiar por cuatro años a Europa. Y en Barcelona, Londres y París, se deslumbra con los impresionistas desde Turner hasta Van Gogh; y se sumerge extasiado con las vanguardias filosóficas, plásticas, literarias, Barrera Parra es una esponja que absorbe todos los insumos insurgentes, desde luego el surrealismo incipiente; los resplandores de los poetas malditos: el Charles Baudelaire, de *Las flores del mal*; el Verlaine de la ternura y de los escándalos en *La closerie des lilas*; en Montparnasse, con el precoz Arthur Rimbaud de *Las Iluminaciones* y *Una temporada en el infierno*.

3. El peregrino del ideal

La mente suramericana ávida y los ojos colombianos perspicaces de Jaime, asimilaban movimientos y corrientes que se proyectarían a su regreso en 1912, en la revista *Vivencias* que fundaría y dirigiría con Luis Ardila Gómez, mientras ayudaba a su madre en la hermosa casa de acogedores en Bucaramanga; y a su padre en su oficina de comercio exterior.

Se casaría seis años después, en 1918, con doña María Luisa Mutis, con quien tendría tres hijos: Luis, Carmenza y Carlos.

Más adelante fundaría la revista *Motivos*, con el docto Ardila Gómez, quien haría la mejor descripción del espíritu elevado, de la elegancia de pensamiento y de la donosura de acción de Jaime, así:

...No fue solamente un escritor. Fue, por encima de todo, un hombre bueno, en el sentido noble y anacrónico de esta palabra. El asistió a la vida como quien concurre a un banquete: dentro de la aristocracia de frac y con una displicencia risueña que dejaba florecer de la galantería... Se dio el lujo supremo de tener un gran corazón que nunca lo puso en ridículo. Más que un gran hombre, Barrera Parra hubiera querido ser un arroyo caudaloso de aguas claras en el cual pudieran abreviar su sed de infinito todos los peregrinos del ideal.

4. Dos descubrimientos

Aquel “peregrino del ideal”, descubre entonces el periodismo y la política, como un deslumbramiento. Para el primero, está equipado con la decantación de los clásicos y con las vivencias europeas de vanguardia: y trabajará en periódicos de Bucaramanga, Barranquilla y en *El Tiempo* de Bogotá. Para la política, tiene bagaje de prudencia e inteligencia que lo llevará a no hablar ni una sola vez sino a escuchar, en su paso por la Cámara de Representantes, a la cual fue elegido por el Partido Liberal. Por exceso de rigor consigo mismo, él, de una densa erudición que fascinaba en la tertulia por la abundancia de las remembranzas, escogió el silencio en el ágora y la prodigalidad entre amigos, un buen vino o un buen aguardiente o un buen whisky, como telón de fondo. Rendía, así, homenaje al viejo amigo Aristóteles, “el estagirita” quien sostenía que es la amistad el don máspreciado del ser humano, aún superior al amor, el cual establece de alguna manera la reciprocidad; en tanto que la amistad es *dación*, sentimiento que se otorga porque sí, con la persuasión de la sola voluntariedad.

5. Los precursores

Sí, Barrera Parra descubrió la política, pero no la política electoral sino la suprapolítica que había aprendido en *La Ilustración* de Hobbes, Hume y Stuart Mill o Jeremías Bentham en Inglaterra; bebido en Kant y Hegel, en Alemania; sorbido en Francia con los enciclopedistas D’Alambert, Diderot, Voltaire y Rousseau; e incorporado en España con los ilustrados Feijoó y Jovellanos, maestros de don José Celestino Mutis, inspirador, creador y director de la Real Expedición Botánica, semillero de las ideas ilustradas que exaltaban la primacía de la razón sobre el sentimiento; y constituirían primero la generación de *los Comuneros*, ocho años antes de la revolución francesa de 1789; y más tarde formarían la generación de la independencia.

La Expedición Botánica y Mutis fueron precursores de los precursores, pues influyeron en los Comuneros que marcharon desde Socorro, San Gil y pueblos aledaños, hasta el Puente del Común en Chía y Zipaquirá, donde depusieron las armas y firmaron Las Capitulaciones, –primera Constitución de Colombia–, hasta ser traicionados por el Arzobispo-Virrey Caballero y Góngora. Recuérdese que en

Girón vivieron los hermanos José Celestino y Manuel Mutis, en busca de quina; que el sacerdote y botánico bumangués Eloy Valenzuela fue Subdirector de la Expedición, asesinado más tarde en Bogotá. Y que, en fin, Manuel, hermano menor de José Celestino, casó en Bucaramanga con la dama Ignacia Consuegra, hogar del cual descienden los ilustres Mutis santandereanos.

6. La alondra azul

Alto, desgarbado, locuaz y elocuente, brillante sin atractivos físicos singulares pero con duende, tal era Jaime Barrera Parra. Eso sí, ¡qué elegancia la suya!, ¡qué flema la suya!, ¡qué sutil ironía!. Al tiempo qué generosidad y cuánta ternura en el actuar, en el escribir y en el discurrir.

En las reflexiones capitosas de sus “Notas del week-end” (*Lecturas Dominicales*, que dirigiría en 1928 en *El Tiempo* de Bogotá) –donde moriría entonces su esposa María Luisa–, esplendía a raudales su conocimiento profundo de la cultura europea de los cafés, las catedrales y los caminos, (todo ello, enaltecido por George Steiner en *La idea de Europa*). Lo cual se filtraba como torrente caudaloso y bullicioso de metáforas, cual si en su mente tórrida irrumpieran al unísono las luces de bengala de surrealistas, dadaístas, creacionistas, al estilo de los congéneres que vendrían después, tales André Bretón, Apollinaire, Huidobro, Borges y Neruda. O como si se estableciera una competencia en el corcel mecánico, parsimonioso y bohemio de *La Alondra*, sorprendente automóvil azul que Alberto Lleras conducía con timones precoces por las gélidas madrugadas ebrias de Bogotá, con el combo exultante de los colegas. Barrera Parra entre ellos.

7. El laberinto de espejos

Barrera Parra era entonces, con creces, una celebridad entre celebridades, con Alberto y Felipe Lleras, los Zalameas, Jorge y Eduardo; los Umaña Bernal, Francisco, José; y Enrique Santos Montejó (Calibán). En las páginas del suplemento acogía, además, a los jóvenes, y daba los primeros impulsos a Rafael Ortíz González, a Juancé, Adel López Gómez, Darío Samper, Carlos Vesga Duarte. Quien, por cierto, escribió que *como en las ficciones de Borges, los fieles lectores de las prosas de Barrera Parra se identifican con sus adjetivos y sus metáforas hasta creer que son de ellos*. Agregaba que *“en el laberinto de espejos que es la literatura contemporánea, Barrera Parra se confundió con sus lectores y sus relatos pasaron a través de mil y una noches de amistad, al inglés o al italiano de otros escritores....”*

8. El domador de potros

Delataban a Barrera Parra aquella adicción por el periodismo y aquella prosa fascinante cuajada de imágenes inesperadas como raudas libélulas; ¡o detenidas en su brillantez para describir la quietud subversiva del Mogotes comunero de sus mayores! Sabía que no escribía para la élite, sino para el lector común. Con todo, del *leopardo* Augusto Ramírez Moreno anotaba que *tiene un suave olor de pergamino y huele a Enciclopedia Británica*. Después del suicidio de Ricardo Rendón, escribía

que su obra está viva y móvil: muere como una aldaba. Y del trópico: Esta zona tórrida que cantara Bello en estrofas exhuberantes, es un inmenso aspaviento musical....

Hablé atrás de su adicción al periodismo en el que fue columnista crítico y, escéptico denunciante; pero que amaba, sobre todo a la hora de la media noche, cuando el chiste picante –según decía– abejorrea sobre la tertulia y se ha olvidado ya la última sesión de la cámara y se ha perdido la noción del cosmos político... En ese momento y espacio privilegiado, los hombres aparecen en su dimensión exacta. Dejan de ser ministros, dejan de ser su excelencia, el general pierde su aspecto Lidendorff, el cacique abandona su gesto de domador de potros. Todos son entonces carne de las butacas de cuero, relatan historias, se desabotonan el chaleco. Si un micrófono recogiese en estas horas de intimidad las confesiones de todo ese estado mayor, el país volaría como un barril de dinamita.

9. La transmutación

Esa prosa es una muestra breve y leve de la escritura sobresaliente de Barrera Parra, que deslumbró desde los balbuceos incipientes del Colegio San Pedro Claver de la mano del Padre Puentes, hasta las primeras publicaciones en *Vanguardia*, semillero de excelencias; en las revistas inaugurales con Ardila Gómez, y en las vivencias y experiencias del Caribe, pero sobre todo en las desenfadas *Notas del week-end*, en buena hora publicadas por la Academia de Historia de Santander, las cuales eran leídas, desde luego, por mentes ansiosas de toda Colombia, especialmente de Antioquia. Y allí, por jóvenes pertenecientes a las vanguardias liberales. No se olvide que Barrera Parra, con Baldomero Sanín Cano y Zalamea, entre otros, fungían como importadores, traductores de los últimos estallidos intelectuales de Europa. Eran los tiempos de *Los 13 Panidas*, capitaneados en Medellín por León de Greiff; y de los *Centenaristas* y *Los Nuevos* en Bogotá, representados por los Santos, los Lleras, los Gómez, los Zalameas y los Canos, entre otros. El puente estaba tendido.

Los jóvenes antioqueños, a su vez, “importaron” a Barrera Parra, para que saturara su mente y su pluma, –le decían–, del vigor y el esplendor de la idiosincrasia de la Montaña, sin perder ni un ápice de la impregnación santandereana de su espíritu, que se advierte de manera fundamental en sus cartas aún no puestas íntegramente en libro. Pues bien, Jaime se hizo “paisa de ruana y carriel”. Se le llamó el redescubridor de Antioquia. La mejor demostración está en sus escritos recogidos en *Panorama Antioqueño*, su denso libro de reciente publicación por la Universidad de Antioquia, obra en la cual resplandece el deslumbramiento paisa del escritor sangileño, y al tiempo las constantes evocaciones del paisaje y del alma de Santander. Un crítico ha escrito que aquellas páginas son *la aproximación socio-cultural al alma de un pueblo: el santandereano y el antioqueño*.

Con las anteriores palabras estoy pagando, en parte exigua, la deuda que Antioquia contrajo con Jaime Barrera Parra; quien, –como se dijera en el número 10 de las *Páginas de la cultura santandereana* editadas por la Universidad Industrial de Santander bajo la rectoría de Jorge Gómez Duarte–, fue el último experimento de química: la transmutación de las ‘*Notas del week-end*’ en ‘*Panorama Antioqueño*’.

10. Las escalerillas

Y en ese panorama antioqueño, como escapada de un lienzo de Modigliani en el Barrio Latino en París, la figura de la reina de los estudiantes, Inesita Greiffestein Uribe, quien sucumbió en un santiamén a las metáforas tiernas e insólitas de Jaime. En las cartas a su *Inesita querida, la hermanita mía, la más hermanita de mis hermanas*, escritas en su suite del “Hotel Europa” en Medellín, más que en las cartas exuberantes a sus amigos, allí aparece el auténtico maestro del género epistolar. Oigamos una cadencia:

Te dije: dentro de mí habitaba un hombre salvaje. Ese hombre salvaje es la prolongación de mis fornidos tatarabuelos de Mogotes, que supieron darle a la manufactura de la guayaba una intención artística. Don Eusebio Barrera amansó cien potros y cazó cien osos en las sierras de San Ignacio... Yo que soy el más completo tipo de esa dinastía rural y metropolitana, siento que dentro de mí se alborota un tiple, que mis hombros están hechos para la ruana. Prólogo demasiado largo para decirte: soy un hombre en bruto. Y en tal virtud, cuando la vida me apalea y siento la necesidad de pasarle una cuenta de cobro, reacciono ante su ultraje, armado de malas palabras, porque se me sale el arriero que llevo dentro... En la vida del hombre concluyen mis escalerillas invisibles. Por ellas descenden el amor, la tragedia y la muerte. Por una de esas escaleras, tendida sobre mí, yo siento los pasos de una mujer, que ha de ser la obra maestra de mi pasión y el combustible decoroso de mis cuarenta años.

Los pasos de esa hermosa mujer se juntaron en una sola huella con los pasos de Jaime Barrera Parra. Se casaron en diciembre de 1934, en una boda que fue el gran acontecimiento social del Medellín elitista, cuya industrialización comenzaba por la llegada de pujantes empresarios a los cuales pertenecía la familia de Inesita. El 28 de enero de 1935 llevaban algo más de un mes de casados: asistían con Carmenza, hija de su primer matrimonio, a una película en el Teatro Alcázar en el sector oriental de Medellín. El techo del teatro se vino al suelo: Jaime, Inesita y Carmenza salieron ilesos a la calle. *Cuando se devolvió a recoger el sombrero olvidado en una butaca, escribió Vesga Duarte, debía estar recordando alguna ocurrencia que había ya escrito en alguno de sus ‘textos cautivos’, una viga cayó del techo destruido, y lo mató.* En ese entonces estaba nombrado Cónsul en Génova.

11. La otra orilla

Dije antes que Sanín Cano, Zalamea, Hernando Téllez, Barrera Parra, Solano, entre otros, presentaban el pensamiento nuevo en periódicos, revistas y emisoras colombianas, y se proyectaban a través de España. Pero las vanguardias francesas, alemanas, inglesas e italianas, tardaban en llegar aún a la península. Sin embargo, llegaban. *África empieza en los Pirineos*, decían vanidosamente los surrealistas en París. *De Roma hacia el sur todo es África*, proclamaban idealistas y expresionistas en Berlín. Pero la generación española del 98 –Unamuno y Ortega, Benavente y Baroja, y los que siguieron hasta la generación del 27 de García Lorca, Dámaso, Salinas, Aleixandre, Alberti, Cernuda, Picasso y Dalí–, introdujeron las vanguardias en la península Ibérica. Y África empezaba ya en el estrecho de Gibraltar.

El salto a la otra orilla, al continente americano, sería un poco más tarde. Llegaría con *Los Nuevos*, Sanín Cano, Maya, Valencia, De Greiff, los Zalamea, Ángel Montoya y otros más. Superaría a los *Centenaristas*, a los bohemios y repentistas de *La Gruta Simbólica*. Encontrarían el puente colgante de Jaime Barrera Parra en *Lecturas Dominicales*, en la *Revista Universidad* de Germán Arciniegas; en la *Revista de las Indias*. Y estarían allí en solitario, Aurelio Arturo y el grupo de *Piedra y Cielo*, capitaneado por el boyacense Jorge Rojas, impulsado por el llanero Eduardo Carranza, y con el entusiasmo del tolimense Darío Samper, el caucano Gerardo Valencia, el bogotano Arturo Camacho Ramírez, el vallecaucano Antonio Llanos. Y el pensativo santandereano, Tomás Vargas Osorio. De él vamos a hablar.

12. Saeta de la muerte

Nacido en Oiba el 23 de octubre de 1908, murió en Bucaramanga el 21 de diciembre de 1941: fue una vida de apenas 33 años, que “solo tuvo juventud”, pero dejó huella en prosa y en verso, corta como su vida, empero *rigurosa, profunda*. Más de una vez le oí repetir a Eduardo Carranza, de memoria, el soneto *Corazón*:

*Siempre perdido, siempre rescatado
retorna a mí de cada lejanía,
herido, alegre, niño, traspasado.
Saeta de la muerte lo seguía.*

*Fiel como el agua al cauce bien hallado,
vuelve tras de la lucha y la porfía,
pez, por los mares pescador, y alado
trayéndose el coral de su agonía.*

*Eres mío, si herido más profundo.
Fin y principio, sombra y luz del mundo
en ti, pero tú solo en mi costado.*

*Oh corazón sin fin, ala y latido,
rescatado una vez y otra perdido,
pez, por los mares pescador, y alado.*

¿De dónde este raudal de metáforas, en alguien que pasó por la escuela y el colegio hasta ser solo bachiller y nunca por la universidad? ¿Además, cómo y por qué la adivinación de formas esotéricas que en Mallarmé eran casi indescifrables, que en el Rimbaud de las *Iluminaciones* resultaban invitaciones a la introspección, a mirar hacia el mundo de las cogitaciones e imprecaciones; que en Cernuda desafiaba la racionalidad de toda ortodoxia de comportamiento sensible? ¿De dónde esa impensable melancolía que irrigaba todos sus sentimientos, su difícil escritura y su críptica poesía?

Fue su pasión por la lectura el elemento catalizador de su angustia, el motor de su búsqueda incesante. Y su existencia de ratriamiento y aislamiento adolescentes,

el espacio que le llenaron el Balzac de *La Comedia Humana* con la algarabía y las contradicciones de sus personajes; el Dostoiewski de *Los hermanos Karamazov* envueltos en las pesadumbres y la devastación; el Tolstoi de *La guerra y la paz*: el Dickens de la *Historia en dos ciudades*; y, en fin, el Miguel de Unamuno, las soledades y angustias de *El sentimiento trágico de la vida*.

Jaime Ardila Casamitjana, en el prólogo exhaustivo a los dos tomos de obras completas de Vargas Osorio (*La familia de la angustia, Vida de Eugenio Morantes, Bitácora, Poesías, Cuentos Santandereanos*, entre otras), trae una visión comprensiva del poeta que es la mayor aproximación a su perfil singular.

Desde los primeros años, dice el autor de "Babel", la vocación literaria se adueñó de cuanto en él había latente. Nadie, sin embargo, influyó en la orientación de su destino de escritor; nadie puso en sus manos un autor, un libro, la ruta de una escuela literaria o filosófica. La búsqueda de lo que se necesitaba se 'produjo por el mejor camino: el del instinto'. De las primeras experiencias nada sabemos, pero de las que luego maduraron en él y lo enriquecieron, lo sabemos todo.

13. Regreso de la muerte

De silueta elegante, hablar sobrio y parsimonioso, con delicada cojera que estilizaba como Lord Byron, emitía juicios llenos de circunloquios a la manera de Marcel Proust, que conoció en los propios textos en francés. No obstante esa temperancia, bien pronto fue advertido por la gente de pro del Socorro, primero, donde hizo el bachillerato en el Colegio Universitario fundado por el General Santander en 1826 en premio a la heroica ciudad; y en donde, apenas transpuestos los veinte años, dirigió *El Liberal*; y de Bucaramanga, en donde dirigió *Vanguardia Liberal*. Lo cual era la antesala de la Asamblea y de la Cámara de Representantes. Y de los *Cuadernos de Piedra y Cielo*, en los que su poema *Regreso de la muerte*, publicado en 1939, fue consagratorio, y ejerció influencia notable, incluidas sus evocaciones nerudianas, incitando a *dejar de escribir relatos desmayados y descoloridos, y lanzarse resueltamente en la vena ancha y turbulenta de la vida americana para escribir nuestra novela bárbara, como La vida de Eugenio Morantes. Oigamos Regreso de la muerte:*

I

*No era sombra goteando sobre el párpado.
No era silencio alzándose del labio.
Era luz y sonido golpeando
oído y corazón. Sangre clamando
a la luz meridiana, como árbol,
como árbol de raíces desterradas
con sus hojas y nidos sepultados.
(El rostro de Dios se iba acercando).*

*No era la noche de doradas cumbres.
Sí el día azul y fértil que produce*

*la leve arquitectura de la rosa,
el pan y el dulce trino de la alondra.
El día azul y fértil, era el día
–alto y firme lo mismo que la espiga–.*

*Has de cerrar los ojos, tierra estéril,
y abrirlos a otra luz que te conviene.
No más, ya nunca más verás la rosa,
ni escucharás el trino de la alondra.
Y otoño, invierno, estío y primavera,
volverán y no tendrás tú venas
con qué sentir ni que un deseo pulse.
No anhelarás partir como la nube
cuando el día disuelve su diamante
en la noche. Decía así la sangre
batida como un mar por brisas suaves.*

*Las oscuras arterias, anegadas
fueron de Dios por la marea clara
de sus ojos –zafiro diluido–;
más azules que el alma del estío.
Dónde ahora la sangre turbulenta
que amó y odió, ya dulce y ora fiera,
que edificó ciudades para el sueño,
efímeras ciudades de deseo?
Se derrumbaron éstas, arrasadas;
no quedó ni el lugar de una palabra.
Pétreas, albas ciudades de silencio
se alzaron. Como un cuervo huyó el deseo
y sólo quedó sitio para el alma.*

II

*De qué trémula linde
retornó, el corazón maravillado?
Qué boscajes ilímites me dieron
la fresca miel de sus rumores blandos?
Qué pájaros quebraron en mi oído
sus divinos cristales encantados?
Viajero, de dónde vienes
que así sonrías callado?
Qué canción escucharon tus oídos,
qué fruto gustaron tus labios?*

*¡Ah, que no era el reinado de la larva
oscuro, yerto y hórrido! que no era
el negro paraíso del gusano,
sino una deleitosa primavera!*

*Libre de ceño adusto y descarnada
sonrisa horrible, era la muerte
bella como la esposa deseada
que a una pasión más pura nos convida.
No ceñía sus sienes un anillo
de serpientes, ni tenían sus manos
un color de marfiles amarillos.
¡Róseos eran los cuencos de sus manos!*

*Ceñíala guirnalda de raíces
verdes, pues de ella nacen las florestas
y alimenta los frágiles países
de las hojas, da son a su orquestas.
Equilibrio justo, clara potencia,
su próspera entraña todo lo resume:
del fruto nuevo la sabrosa ciencia
y el espíritu vago del perfume.
¡Ah, que no era el reinado de la larva
oscuro, yerto y hórrido! ¡Que no era
el negro paraíso del gusano,
sino una deleitosa primavera!*

*Viajero de dónde vienes,
que así sonrías callado?
Qué canción escucharon tus oídos,
qué fruto gustaron tus labios?
Vengo de la comarca de la muerte
donde el rostro de Dios iluminado
se reflejó en mi corazón suspenso,
por yelo y fuego suyos rescatado.*

14. Cita en Quito

El arduo asedio de infortunios no le daba tregua. Sus únicas salvaguardias eran las intuiciones anticipatorias, y desde luego las inminencias de Proust, Dostoievski, Unamuno y Kafka, que le servían de puente a efímeras felicidades amorosas. En una de las cuales, exiguas, viajó al Ecuador, el dulce amor fugaz al hombro, concretamente al gélido Quito, en donde Benjamín Carrión, el maestro de las letras ecuatorianas, descubre su anonimato, con todo y el dulce amor; y lo hace destinatario de homenajes. El misterio estaba descifrado.

Más bien las cosas eran símbolo para él, todo versión de la patria dura y seca como *La tierra baldía* de T.S. Eliot, que empieza *abril es el mes más cruel del año....* Así, también en Vargas Osorio *Una tierra seca, sin nombre, /acogerá nuestros huesos. /Una tierra estéril, hosca, una tierra/ de ceniza, sin pájaros, sin flores y sin fuentes, / una tierra sin blandos rumores, silenciosa, / con altas y frías peñas....*

No es así Oiba, su pueblo nutricio, verde sobre verde, entonces y todavía con bosques naturales por entre los que revientan cámbulos insólitos. *Yo recuerdo una*

patria bella/ y aún llevo en la sangre su comarca.../ Una dulce patria/. Este rostro mío que ahora es duro, tosco y amargo/ como las piedras solitarias de los caminos/ también tuvo su infancia/. Alguna vez fue bello. Sepultas primaveras. /-¡Oh los pinos, la casa de pinos!-. / Pero qué lejano está todo aquello....

Y el arduo asedio de infortunios que no le dio tregua. Murió el 21 de diciembre de 1941, en Bucaramanga, de apenas 33 años. *Has de cerrar los ojos, tierra estéril, / y abrirlos a otra luz que te conviene. /No más, de la alondra....*

15. Los dos ríos

La enfermedad le destruía los huesos pero templaba la osatura de su espíritu. Y daba ímpetus a su enigmática poesía. Sus compañeros piedracielistas – Rojas, Carranza, Camacho Ramírez, por evocar unos cuantos–, exaltaban la lividez de su angustia y la oquedad de su lirismo, en prosa para penetrar en el alma del paisaje, en el alma del hombre en el paisaje; y en verso, para instalar categorías metafísicas. En el fondo, eran una sola y misma cosa los elementos y los sentimientos. Sus contemporáneos en la metáfora, él en la ontología sin mengua del treno. Oigamos esta descripción luminosa del alma líquida de dos de nuestros ríos:

El río, ancho y el turbio, este pobre y proletario río Magdalena está creando en el país un sentido vagabundo de la vida. Qué diferente es de los otros ríos. Mientras el tren descendía a Puerto Wilches, yo observaba la evolución del río Lebrija. Primero era impetuoso y ágil, precedido siempre por una blanca cola de espuma; luego empezaba a formar curvas graciosas como si estuviera jugando con la selva, y no obstante lo desolado del paisaje, conserva en su desembocadura cierto aspecto alegre, vigoroso y vivaz.– El Cauca es un río ocioso, rico, dulce y donjuanesco. Pasa la vida cortejando ciudades y aldeas, tejiendo guirnaldas de agua y de cielo, corriendo por calles, idílicas, como un muchacho de quince años, pero este pobre proletario río Magdalena inspira lástima. Es laborioso, oscuro y humilde. Río esclavo y fatigado como un buey viejo, me hace recordar una frase de Ludwig: ‘Solo una vez un río me ha parecido tener un destino humano’.

16. El pequeño dios

Aquella simbiosis de luces y de sombras, venía de muy lejos, de las interioridades de su temprana versación, de su personal yuxtaposición intelectual. A partir del pensamiento de Remy de Gourmont de que *¿acaso la poesía fue hecha para ser comprendida?*, en un ensayo sobre la *Naturaleza y dirección de la poesía moderna*, Vargas Osorio penetró en la esencialidad filosófica de las vanguardias literarias, lo cual resulta válido también para la propia filosofía y, desde luego, también para la plástica. A Picasso le preguntaron en una exposición por el significado de un cuadro suyo, y respondió que él ignoraba ese significado, pues él (el autor) tan solo lo había pintado. Años antes, Stephane Mallarmé había dado una respuesta similar a una pregunta sobre la explicación que podía haber en un poema suyo: yo apenas lo escribí.

Vargas Osorio dio las respuestas que solo habían expresado críticamente los creacionistas Vicente Huidobro, Pierre Reverdy y Jorge Luis Borges; y de modo balbuciente, los militantes del grupo colombiano de *Piedra y Cielo*, nombre salido del título de un libro del español Juan Ramón Jiménez. *No la toques ya más, así es la rosa*, decían. Huidobro afirmaba como imperativo categórico, que el poeta es un pequeño dios. Vargas Osorio pensaba igual y escribía igual. Decía:

...La poesía es, primordialmente, un oficio divino. Los antiguos dieron al poeta el rango de los profetas y los sacerdotes. Era el encargado de establecer el contacto con lo desconocido y los seres misteriosos que lo habitaban: en su palabra como en un globo de cristal, los pueblos descifraban sus destinos... Ante la imposibilidad de utilizar un idioma propio, un idioma exclusivo de los poetas, estos han apelado a la imagen... ¿Puede culparse al poeta de pretender ser oscuro e inteligente? El ingeniero se expresa profesionalmente por medio de cifras algebraicas o de figuras geométricas; el filósofo se construye todo un sistema lingüístico para exponer su pensamiento. El poeta moderno... ha tenido que recurrir a hacer su idioma más complejo, menos accesible, por medio del proceso de evolución y de aquilatamiento de la imagen que caracteriza y define la poesía contemporánea. Mallarmé llegó a poseer una verdadera y complicada técnica para producir misterios y encantos poéticos. Instalaba por dentro de las cosas un mecanismo de iluminación que no permitía ver, ni advertía siquiera la superficie o el contorno de su presencia material. En la poesía mallarmeliana una mujer es solo el recuerdo de una mujer, una rosa es solo el espacio que una rosa puede colmar. ¿No advertís en este procedimiento el arte de la cábala?

17. Una patria de hierro

Un ejemplo elocuente de esta cábala es el poema *El poeta sueña a su patria*:

*Yo te sueño señora de tus mares y de tus ríos,
dueña de mil barcos de quillas rápidas y seguras.*

*Yo te sueño más alta que tus montañas
donde conviven el jaguar y la orquídea.*

*Yo te sueño de hierro trepidante, presta la zarpa ruda
Mar también inclinada a la ternura
por no olvidar la abeja de tus bosques.*

*Te sueño en la alta mar atlántica a donde llegan
tus negros ríos de petróleo,
en la alta mar del sur, de fabulosas islas...*

*Te sueño sobre la ola amazónica
—que lleva las más preciosas maderas del mundo—
perfumada por el café y la canela.*

*Todo está en tí: el hierro y la miel,
el plomo y el oro. Tienes carbón para mover un universo
mecánico y para encender el vientre de mil ciudades.*

*Llegará un día en que la música inocente
de tus ríos y tus florestas
calle bajo el himno matinal de las hélices
y la dura sinfonía de los telares.*

*Llegará un día en que la marea blanca de tus rebaños
ascienda alegremente cubriendo tus colinas.*

*Una patria de hierro
pero que tenga la suavidad de la lana;
una patria de hierro
pero que no entristezca los ojos de los niños;
una patria de hierro
pero que tenga la dulzura de una naranja al medio día;
una patria, en fin, donde se sienta el orgullo y la
alegría de ser hombre y de vivir!*

18. Pasos de mujeres cansadas

La crítica analítica se estremeció en elogios certeros ante las imágenes inesperadas, ante el simbolismo insólito de metáforas enigmáticas que salieron de la entraña de las breñas de Santander, de los valles verdecidos de Oiba, de sus todavía bosquecillos naturales que dan envidia. El cuaderno de *Piedra y Cielo* publicado por Jorge Rojas, consistió en solamente 500 ejemplares, que fueron a dar a destinatarios multiplicadores en América y en España. Creció la curiosidad ante tal revelación. Creció tanto que hasta el siempre urticante Flaminio Barrera, escribió elogios increíbles sobre novelas, cuentos y poesías de Vargas Osorio, en un paralelo con Barrera Parra, *con quien tiene tantos puntos de semejanza como ser, hasta ahora, los dos escritores más importantes que ha dado Santander, pero sus palabras depuradas y cadenciosas como leves pasos de mujeres cansadas en la noche, dan una especie de lirismo otoñal y celeste claridad. Y son la genuina expresión de esa alma delicada y laureada prematuramente por el cáncer.*

19. Una tierra seca

Dije antes que pocos meses antes de morir, visitó a Quito a escondidas. Ya en aquellas tierras se sabía del misterioso, del esotérico y precoz creador. Sobre quien Otto Morales Benítez escribió el más completo análisis crítico, la más profunda visión metafísica que existe sobre aquel joven maestro que apareció como una fulguración literaria, como un relámpago anticipatorio en el duermevela de las letras nacionales. Morales Benítez presenta los rasgos esenciales de la discreta existencia de Vargas Osorio y de su insurgencia visionaria y anticipatoria.

Es, todavía, tiempo de retomar la vida y la obra de Tomás Vargas Osorio, para situarlos en la alta cima que les corresponde. Así lo están haciendo la Universidad Industrial y la Autónoma. Y así lo hacen otras instituciones culturales de Bucaramanga, San Gil y Oiba, cuya Casa de la Cultura lleva su nombre. Para terminar, oigamos el poema VOZ:

VOZ

“... es esta tierra
una tierra sin lluvia”.

NIETZSCHE

*Una tierra seca, sin nombre,
acogerá nuestros huesos.
Una tierra estéril, hosca, una tierra
de ceniza, sin pájaros, sin flores y sin fuentes,
una tierra sin blandos rumores, silenciosa,
con altas y frías peñas,
con gargantas de piedra donde habiten
las sombras, serpientes que se anudarán a nuestros
cuerpos. Una tierra sin aire que la bese,
sin horizontes, sin trinos.
Una tierra seca, sin nombre.
Más piadosa que ésta
que ciñen claros ríos,
que habitan bellas aves, con albas de ámbar dulce,
con follajes, con fuertes, con rumores y sin aire
tibio que la bese y aldeas y mujeres
cantando en los crepúsculos junto a los claros ríos,
a las verdes colinas, a los valles azules,
junto a las horas tiernas.
Una tierra seca, sin nombre.*

20. Epílogo. Una nueva mística

La transmutación que significó para Jaime Barrera Parra el descubrimiento de Antioquia, se cumple también en mí con Santander. En donde mi primera esposa Rosa Elena Álvarez; mis hijos, Beatriz, Diego y María Clara; mis nietos Paula, Daniel, Cristina, Natalia y Juan Camilo; y mi bisnieta Eloísa; mi esposa Dalita y yo, encontramos la alegría, la luz, la bondad, la laboriosidad, la amistad, la plenitud, sin mengua de las ataduras a Antioquia y al Zulia, que amamos.

La lectura anterior es parte del pago de esa deuda impagable.

Señor Director de la Academia, Señores Académicos; señoras y señores invitados:

Según pensara Barrera Parra, en buena hora todas las fuerzas de Santander se conjugan para la creación de una nueva mística, que enaltezca aquella patria con la dulzura de una naranja al mediodía, cantada por Vargas Osorio.

EL DICCIONARIO DE GALICISMOS DE RAFAEL MARÍA BARALT

Por

Edilberto Cruz Espejo

1. Introducción

Hace doscientos años, cuando se iniciaron las guerras y los gritos de independencia de los territorios americanos, también nació en Maracaibo, Venezuela, Rafael María Baralt. Y si a la guerra dedicamos ofrendas y homenajes con mayor razón debemos hacerlo con un personaje que representó la cultura y el arte de su momento histórico.

El nombre de Baralt, para la mayoría de las gentes que se preocupan por su lengua, está ligado íntimamente a la memoria de su famoso *Diccionario de galicismos*, que se sigue reeditando, porque junto a conceptos un poco ya fatigados por el tiempo, contiene una lección viva y vital de un buen decir castellano. Se me antoja memorar que el nombre de María Moliner también se recordaba por estar estampado en el lomo de uno de los mejores diccionarios del español del siglo XX.

Desde nuestro rincón de lexicógrafo queremos hacer este homenaje a la memoria de Baralt señalando que si bien se ocupó de variados asuntos en su relativa corta vida, una de sus preocupaciones fue la lexicografía. Queremos rescatar el intento de hacer un grandioso diccionario, del que solo publicó su Prospecto, se pretendía llamar *Diccionario matriz de la lengua castellana*. Como lo indica el título, haremos una rápida mirada al *Diccionario de galicismos*.

2. Una página de Marco Fidel Suárez

Escuchamos en alguna ocasión, de fuente fidedigna, que don Marco Fidel Suárez destacaba a don Rafael María Baralt como un digno ejemplo de imitar para quienes quisieran escribir en buen castellano y que no ahorra elogios para describir su estilo. Nos dimos a la tarea de buscar el testimonio y lo encontramos en el "Sueño de Monseñor Brioschi", de allí leemos: "Si hay un libro bien escrito entre los de la literatura americana, es la *Historia antigua y moderna de Venezuela* por Rafael María Baralt. El que quiera sentir deseos de escribir bien y experimentar pena por sus desaciertos, lea esa historia. ¡Qué sencillez, qué idioma tan casto, qué elegancia, qué claridad, qué primor!" (Suárez, 1942, 194-195).

A renglón seguido encontramos dos párrafos más que no podemos dejar de transcribir, por la interesante comparación que hace de Baralt con Juan Montalvo y

la alusión al tema de la presente disertación: el *Diccionario de galicismos*, en donde, además, menciona a Bello y a Cuervo, personajes sobre los cuales volveremos más adelante: “Es cierto que Juan Montalvo es un cofre donde brillan tantas gemas y tan bellas y tan talladas que uno no comprende cómo pudieron acudir en arroyo seguido a la mente y a la pluma de un escritor todos esos pensamientos, todos esos ornatos, toda esa erudición clásica, todas esas formas castizas que brotan de pluma tan singular como la del escritor ecuatoriano. / Pero a mí me agrada más Baralt por su sencillez y reposo correctísimo, que el otro por su opulencia y esplendor magnífico. A lo que se agrega que el venezolano, junto con ser modelo historial, dejó un libro notable en la literatura de nuestra lengua, cual es el *Diccionario de galicismos*, obra imperecedera por la copia de su doctrina, por el mediano acierto de su crítica, y por ser obra fundamental entre sus congéneres, dado el momento en que vio la luz, precediendo a todas las demás. En su género Baralt está a la altura de Bello en el suyo; sin meter en cuenta a Cuervo (respecto de crítica gramatical), porque él vino en época ilustrada en mayor grado por los adelantos de la ciencia del lenguaje” (Suárez, 1942, 195).

A pesar de continuar hablando sobre Baralt y citar algunos párrafos de la *Historia de Venezuela*, que debe recobrar el interés por la Historia en estos tiempos de la celebración del bicentenario de la independencia de los países americanos, queremos dar un salto para evocar la permanencia de Baralt en Bogotá y un par de anécdotas sobre la vida de don Rafael María en estas tierras bogotanas, motivo adicional para que en este país se celebre el bicentenario de su natalicio: “Marcelo: –¿Será verdad que el Señor Baralt estudió en Bogotá? / Luciano: – Por los años de 1826 estudiaba en el colegio de San Bartolomé, plantel donde en esa época dictaba el curso de literatura, matemáticas y ciencias naturales, el doctor José Félix de Restrepo, y que, si no estamos equivocados, era regido por el doctor José María Estévez, eclesiástico distinguido a quien, ya obispo, le tocó prestar los últimos auxilios al Libertador. / Allí cursaba jurisprudencia el señor Baralt, oyendo las lecciones de los profesores Pablo Francisco Plata, Vicente Azuero y Francisco Soto —. / Pormenor curioso en los estudios de Baralt y del doctor Mariano Ospina es el que cuenta el distinguido biógrafo del segundo personaje, y es que no siendo el profesor de derecho romano un águila en esa disciplina, don Mariano asistía a la clase solo cuando se le ocurría alguna duda u objeción, que ya es de suponer cómo sería ella. Entonces el profesor en lugar de apecharse él mismo a la dificultad, la denunciaba el señor Baralt, diciéndole: –Contesta, hombre Rafaelito. El delegado contestaba confirmando la objeción en cierto modo y entonces Heinecio decía muy ufano: – Para que veas, Ospina; si es que tú no estudias la lección. / O en el libro del doctor Ortiz o de boca de algún amigo muy viejo, obtuvimos la noticia de que en los años de sus estudios en Bogotá, el futuro historiador y literato insigne era asiduo concurrente al mercado, por deleitarse sobre modo con las frutas en que abunda aquella feria. De esta suerte alternaban con sus aficiones literarias las que le llevaban a buscar el dulce balsámico del zapotillo; el manjar blanco de las anonas, de la granadilla el néctar; la ambrosía de la piña, deleitóse a pesar de haberla desdeñado el emperador Carlos V; la fruta del persea, no en balde llamada gratísima, y la suculencia, rebosante en azúcar y en salud, del rival vencedor de los melones. Justa era pues la afición del futuro sabio a las lonjas del mercado bogotano” (Suárez, 1942, 197-198).

3. Cuervo y Baralt

Dediqué buena parte de mi vida al estudio y a la continuación de la obra de don Rufino José Cuervo. A la manera de Plutarco¹, me he interesado por encontrar paralelismos, coincidencias y correspondencias entre la vida de personajes famosos y don Rufino; de esta manera nos hemos adentrado en otros autores que enriquecen siempre nuestra mirada sobre el ilustre maestro bogotano. En esta feliz ocasión queremos relacionar las vidas de Cuervo y Baralt, que coinciden por los menos en los siguientes aspectos:

1. Ambos fueron lexicógrafos. Don Rufino en su primera juventud publicó con don Venancio González Manrique la *Muestra de un diccionario de la lengua castellana* y más tarde su emblemático *Diccionario de construcción y régimen*. Don Rafael, por su parte, inicia su actividad lexicográfica con el Prospecto del *Diccionario matriz de la lengua castellana* y luego con su ponderado *Diccionario de galicismos*.

2. Ambos fueron historiadores. Don Rufino y su hermano Ángel relataron buena parte de la historia de Colombia de la primera mitad del siglo XIX al escribir la *Vida del doctor Rufino Cuervo Barreto* (1800-1853). Baralt escribe el *Resumen de la Historia de Venezuela*, que don Marco Fidel Suárez elogiaba en el numeral anterior.

3. Ambos fueron poetas. Monseñor Mario Germán Romero nos dio a conocer esta faceta de Cuervo, quien tímida y esporádicamente se entregó a la versificación. Por su parte, don Rafael María Baralt fue un reconocido artífice de la palabra. Su poema *Adiós a la Patria* es uno de los más recordados y empieza con esta estrofa:

Tierra del sol amada
donde, inundado de su luz fecunda,
en hora malhadada,
y con la faz airada
me vio el lago nacer que la circunda.

4. Ambos fueron académicos. Don Rufino formó parte de los miembros fundadores de la Academia Colombiana de la Lengua, la primera del Nuevo Mundo. Don Rafael María Baralt fue honrosamente el primer hispanoamericano que logró ser Individuo de Número de la Real Academia Española.

5. Ambos salieron de sus respectivas patrias para no regresar jamás. Cuervo se instaló en París y Baralt en Madrid. Las cenizas de Cuervo reposan en el cementerio de Père Lachaise. Las de Baralt en Caracas. La ausencia de la patria no significó

1 Plutarco. Historiador griego. A los veinte años se desplazó a Atenas para estudiar matemáticas y filosofía. Aunque viajó por casi todo el Imperio, la mayor parte de su vida residió en Queronea, donde desempeñó numerosos cargos públicos. Estuvo vinculado a la Academia platónica de Atenas y fue sacerdote de Apolo en Delfos. Debe su fama a *Vidas paralelas*, una serie de biografías de ilustres personajes griegos y romanos, agrupados en parejas a fin de establecer una comparación entre figuras de una y de otra cultura.

el desarraigo, antes al contrario siempre estuvieron pendientes del desarrollo de las actividades patrias y de sus respectivas familias. Es muy reconocida la carta de Baralt a su progenitor en la que dice: "Todo se ama en la patria cuando uno está distante de ella: los hombres y las cosas y los amigos, y los enemigos, y el aire, y la tierra, y las piedras! ¿Quién me diera ver, aunque fuera por un instante, esa playa querida; ver a usted, abrazarle y morir? Salude usted en mi nombre todo lo que contienen esos sitios santos para mi corazón, y dirija al Cielo una ferviente súplica porque me conceda la dicha de verle una vez más antes de dejar el mundo" (Baralt, en Grases, 1980, 119).

6. Ambos dejaron importantes obras inconclusas. Cuervo su *Diccionario de construcción y régimen*, del que publicó los dos primeros tomos. Baralt sólo logró imprimir el Prospecto de su *Diccionario matriz*, al que le dedicaremos el próximo apartado.

7. Ambos se empeñaron en edificar una conciencia lingüística en los hispanohablantes. Cuervo con su *Apuntaciones críticas sobre el lenguaje bogotano*, Baralt con su *Diccionario de galicismos*.

Celebramos jubilosos el segundo centenario del natalicio del lexicógrafo venezolano don Rafael María Baralt ocurrido del 3 de julio de 1810 y al mismo tiempo nos preparamos para conmemorar, el próximo año, el primer centenario de la muerte de don Rufino José Cuervo, ocurrida el 17 de julio de 1911.

4. El Diccionario matriz

A finales de 1850, don Rafael María Baralt dio a conocer el prospecto de su *Diccionario matriz de la lengua castellana*. Folleto de 22 páginas. No dudamos al señalar que si bien son pocas las páginas del prospecto, la preparación y la reflexión sobre la obra le han debido ocupar muchos años antes de decidirse a enviar este avance de investigación a la imprenta. Ya lo afirmaba en su solicitud a la Real Academia Española: "Tarde o nunca hubiera osado tocar a las puertas de la Academia con demanda que yo mismo repudio por inmodesta y atrevida, si no me obligara a poner a su sombra, y en cierta manera bajo su amparo, un trabajo importante sobre los orígenes de nuestra lengua, en el cual llevo empleados algunos de los mejores años de mi vida y los escasísimos recursos de que he podido hasta ahora disponer" (Baralt, en Díaz-Plaja, 1967, L).

El propósito del Diccionario era averiguar la etimología de cada una de las voces que conforman el gran caudal de nuestra lengua, clasificándolas por grupos o familias con arreglo a sus respectivas procedencias; o sea, con sujeción estrecha a las varias raíces que les sirven de base, reuniendo a su alrededor "la numerosa prole de sus derivados y compuestos". Propósito que de alguna manera concuerda con el *Nuevo diccionario histórico de la academia*, que nos advierte: "Hemos tratado con ello de llegar a una mejor comprensión de la historia del léxico de nuestra lengua evitando el estudio aislado de las unidades léxicas, con la intención, en cambio, de explicarlas dentro de la red de relaciones en que estas se hallan" (Pascual y García, 2007, 11-12).

Tan solo las “matrices” o formas originarias aparecerían en orden alfabético y bajo cada una de ellas seguirían por el orden lógico que se observa en la natural derivación y composición de las palabras.

El plan de la obra puede resumirse en la siguiente cita: “Deberá, pues, decimos, contener la paleografía y la ortografía antigua y moderna; escribir las matrices con los caracteres alfabéticos de las lenguas de que proceden; seguir paso a paso la filiación y transformaciones sucesivas de esas raíces en las lenguas que las adopten, hasta llegar a la que directa e inmediatamente nos ha comunicado mayor o menor número de ellas por medio de la conquista, el comercio, las comunicaciones científicas y artísticas o cualquier otro, colocar los derivados y compuestos de toda raíz en grupos o familias separadas, sin perjuicio de un índice general que contenga todas las dicciones de la lengua castellana registradas por el orden común alfabético; descomponer analíticamente todos los vocablos, dando la etimología y la definición de cada una de sus partes integrantes; ordenar las definiciones de las voces a un plan histórico, empezando invariablemente por las acepciones primitivas; comprobar los orígenes por medio del examen comparativo de las más antiguas formas en los vocablos derivados; registrar escrupulosamente todos los que pertenecen a nuestro idioma desde la época de su formación; indicar, cuando más sea, las raíces que han dado nacimiento a nombres propios y a nombres geográficos; examinar cuidadosa y detenidamente los vocablos a la luz de la etimología, para definirlos según ésta y de conformidad con sus formas gramaticales, donde quiera que el uso, a las veces caprichoso y siempre tirano, no ha producido un cambio completo y esencial en el valor de sus conceptos primitivos; y, en resolución, seguir par a par, y en cuanto lo permitan los materiales que poseemos, la historia de las voces, indicando la época de su introducción, la manera como ésta se ha hecho, la extensión y duración de su uso y el estado actual de sus acepciones y estructuras” (Baralt, en Diaz-Plaja, 1967, 158-160).

De esta extensa cita queremos subrayar los siguientes apartados: “ordenar las definiciones de las voces a un plan histórico, empezando invariablemente por las acepciones primitivas” y “examinar cuidadosa y detenidamente los vocablos a la luz de la etimología, para definirlos según ésta y de conformidad con sus formas gramaticales”, que nos hacen pensar de inmediato en el *Diccionario de construcción y régimen*, que es esencialmente un diccionario sintáctico pero también es un diccionario etimológico, pues la ordenación de las acepciones dentro del artículo lexicográfico depende del desarrollo del significado primigenio de cada palabra; por eso ha sido famosa la frase de Cuervo definiendo que la etimología no es un mero adorno en la labor lexicográfica, sino una paciente labor, por lo demás muy compleja, base para acertar y determinar la significación primitiva de cada vocablo. También el *Diccionario* de Cuervo es de carácter histórico.

Arduo era el empeño, y quizá temerario, en opinión de Menéndez y Pelayo. No se le ocultaban a Baralt las dificultades de diversa índole inherentes al trabajo que llevaba entre manos, pero se lisonjeaba de contar con la protección y los auxilios de personas valiosas y con la cooperación científica de otras «cuyos nombres célebres ya en nuestra república literaria, verá oportunamente el público autorizando el muy humilde nuestro, y mirará y tendrá con razón como promesa y prenda segura de esmerado y primoroso desempeño» (Baralt, en Millares, 1969, 150-151).

5. El Diccionario de galicismos

En el año de 1855, don Rafael María Baralt sacó en letra de molde en los talleres de la Imprenta Nacional de España, confiados por la Reina a la dirección de don Rafael María, el *Diccionario de galicismos, o sea de las voces, locuciones y frases de la lengua francesa que se han introducido en el habla castellana moderna, con el juicio crítico de las que deben adoptarse y la equivalencia castiza de las que no se hallan en este caso*.

Debemos detenernos un momento en el largo título, para recordar un aparte del discurso de don José Manuel Blecua sobre el *Diccionario de autoridades*, cuyo verdadero título, también bastante extenso, es: *Diccionario de la lengua castellana en el que se explica el verdadero sentido de las voces, su naturaleza y calidad, con las frases o modos de hablar, los proverbios o refranes y otras cosas convenientes al uso de la lengua*. En efecto, dice don José Manuel:

“El curioso lector que examina la hermosa portada bicolor de la edición de Madrid de 1726, aprobada en S. Idefonso en 1724, se encuentra con una distinción que es fundamental en el análisis de las unidades lingüísticas en la época clásica y que se basa en la diferencia fundamental entre *verba singula* y *verba coniuncta* (*verba plura*). Las primeras líneas tratan de los problemas de *verba singula*: las palabras aisladas pueden ser analizadas y calificadas de acuerdo con su *naturaleza*, su *sentido* y su *calidad*, en el sentido técnico de categoría. Las palabras, como unidades léxicas, pueden formar parte de unidades superiores, *verba plura* o *coniuncta*, en virtud de lo que podríamos denominar sintaxis idiomática (Lausberg, #457), basadas en combinaciones estables: *modos de hablar* o *frases, proverbios y refranes*” (Blecua, 2006, 37-38).

Esta división entre palabras y locuciones que también se advierte en el título de Baralt era muy claramente diferenciada por Juan Luis Vives, quien para caracterizarlas escribe: “Las palabras son o simples, o compuestas, o unidas. En las simples son de ver en su exterior la edad, la dignidad, la grandeza, el sonido; en el interior, es decir en el sentido de cada una de ellas, la fuerza y la naturaleza de la significación. La edad de las palabras varía en cada lengua” (Vives, en Blecua, 2006, 42). Hacemos esta breve reflexión para señalar que el Diccionario de Galicismos de Baralt no sólo estudia las palabras aisladas (lexemas), sino que incursiona de manera sistemática en locuciones y frases (lexías) que conforman el fabuloso mundo de la fraseología llamado también del discurso repetido.

Aparece al inicio de este libro un notable prólogo en el que don Juan Eugenio Hartzenbuch, tras de traer a colación preciosos ejemplos del “dialecto especial de temerarios traductores”, usado especialmente en los comienzos del siglo XVIII como consecuencia de circunstancias políticas bien notorias, reconoce que Baralt trata en su Diccionario de guiar a los escritores españoles por un camino medio, atinado y seguro. “No proscribire todo lo nuevo; escoge, sí, de las novedades, las que tiene por útiles; no patrocina ciegamente lo antiguo, antes rebusca los que le parecen defectos hasta en los autores más venerables. Demasiadamente severo se muestra diversas veces; acaso lo hará porque contando con la poca docilidad que suele haber para acomodarse a la doctrina de un catecismo literario reciente, pide mucho para conseguir una cosa arreglada. Adusto aquí, afable allá, mal enojado en

un artículo, jovial y desenfadado en otro, el libro, con ser de consulta y para leerse salteado, puede no obstante ser leído agradablemente hoja por hoja. Preceptos, consejos, modelos de imitación, ejemplos que deben huirse, enseñanza y aún recreo encontrarán los lectores de este reducido volumen, útil a cuantos leen y hablan el castellano, a muchos de los que lo escriben componiendo de propio caudal y los traductores del francés sobre todo" (Hartzenbuch, en Baralt, 1855, XXII).

El *Diccionario de galicismos* de Baralt es el primero en su género, y dado el empeño en corregir tanta influencia extranjera, se convierte en un diccionario de incorrecciones idiomáticas que en general se inspiran en un purismo excesivo.

Al hablar del *Diccionario* de Baralt no podemos omitir la alusión al purismo y a los puristas. Los puristas extremos proscriben con severidad la aparición de todo elemento nuevo en la lengua, si bien tienen un intento de sana orientación en el perfeccionamiento del uso lingüístico, creemos con el prologuista que si bien se muestra adusto aquí, enojado allá, a la manera de los puristas, también es un antecedente de los promotores de la doctrina lúdica que se impone en nuestros días en la educación en general y en lo idiomático en particular, para mostrarse afable, jovial y desenfadado de tal manera que sus preceptos y consejos se convierten en enseñanza y recreo para los lectores.

Al inicio, en la página de Marco Fidel Suárez, señalábamos que las figuras de Bello y de Cuervo aparecerían en nuestro texto y este es el momento de su aparición.

Don Andrés Bello conoció y estudió detalladamente esta obra a la cual dedicó un ensayo que no logró terminar, pero que ocupa más de treinta páginas e inicia de la siguiente manera:

"Este es un libro que hacía falta en los países castellanos de uno y otro hemisferio, y que celebramos que haya tenido aceptación en Santiago, que no era donde menos se necesitaba. Predicadores, abogados, catedráticos, historiadores, poetas, periodistas: este libro es un examen de conciencia, que, si la vuestra no está de todo punto estragada, os hará más mirados en el uso del habla, y más cautos contra el contagio de los malos ejemplos. De mí puedo asegurar que, leyéndolo, me ha sucedido más de una vez decirme a mí mismo: *Pecavi*" (Bello, 1981, 187).

Esta cita nos hace pensar en el usuario del diccionario, tema que la teoría lexicográfica define como presupuesto básico al elaborar una obra, pero sobre todo el reconocimiento, del mismo Bello, de caer en algunas incorrecciones idiomáticas. También queremos transcribir el segundo párrafo, donde empieza a valorar la obra de una forma justa:

"Tiene el *Diccionario de galicismos*, entre otras recomendaciones, la de leerse con gusto y hacerse perdonar, por la tersa y luminosa doctrina que contiene, la severidad con que nos hecha en cara nuestros deslices y fragilidades; si bien hallo de cuando en cuando excesiva la severidad, no enteramente segura la doctrina, y algo arbitrarios los fallos. Excepciones hay que, en igualdad de circunstancias, se admiten y se rechazan, y principios también, ya expresos, ya implícitos, que no me parecen fundados en razón" (Bello, 1981, 187).

A falta de tiempo y espacio, invitamos a la lectura de todo el ensayo de Bello, pero por el momento queremos detenernos en el breve tercer párrafo que nos muestra un maestro abierto y comprensivo con la admisión de extranjerismos:

“Prohibir absolutamente la introducción de voces y frases, vocablos y modos de decir *cinctutis non exaudita Cethegis*, sería lo mismo que estereotipar las lenguas, sería sofocar su natural desenvolvimiento” (Bello, 1981, 187).

Así como Bello estudió pacientemente el Diccionario de Baralt de una manera crítica bienintencionada, presentamos ahora a don Rufino José Cuervo, quien también tuvo esta maravillosa obra sobre su mesa de trabajo y cita con cierta frecuencia a Baralt en el *Diccionario de construcción y régimen*. Si bien en algunas ocasiones critica a Baralt, la mayoría de las veces aplica su trabajo como autoridad en cuestiones del uso de la lengua. Veamos unos pocos ejemplos:

Acusar: 2.b. — En francés se ha extendido este uso metafórico hasta comunicar al verbo la acepción de Servir de prueba o indicio, descubrir. Baralt la rechaza en castellano y tiene razón. Compárese este pasaje con los usos castizos, y se notará su porte extranjero: “tuvo la resolución de desechar diferentes composiciones que acusaban demasiado los pocos años y la inexperiencia del autor” Quintana, *Introducción a la poesía castellana del siglo XVIII*, 5 (R. 19. 154).

Afrontar: e) Es galicismo inaceptable el uso de afrontar por Hacer cara, arros-trar, desafiar, combatir, etc., como en estos pasajes: “Hace de su vida el generoso / Sacrificio, los riesgos afrontando / Con que natura su igualdad defiende” Arriaza, Cant. Lir. 8 (R. 67. 108). — Véase Baralt, *Diccionario de galicismos*.

Alarmar: b) Met. Sobrecoger, asustar, inquietar, azorar — La causa del sobresalto se expresa con de, con, por, “Se alarmó de, con, por mi llegada” Baralt, *Diccionario de Galicismos*. — *Nota*. Este verbo introducido a mediados del siglo pasado no tenía la aprobación de la Academia sino en el sentido propio; ya la tiene en el metafórico si bien sabe aún a francés.

Aludir: a) Hacer referencia a una persona o cosa sin mencionarla directamente. — Baralt censura con razón el uso de este verbo como transitivo, v. g. El me aludió: solo es de notarse que, siendo común que verbos intransitivos admitan la construcción pasiva (*usted será servido, obedecido, la sentencia apelada*), sería demasiado rigor rechazar en absoluto el participio: *la persona aludida*.

Aparte: 3. En ciertos casos se emplea para expresar el concepto de omitir, des-ear, excluir. — Modernamente se usa en un sentido análogo la locución *aparte de*, que Baralt tilda de afrancesada. “Le han agasajado con vino y magras; por señas que nada de ello ha probado, como si fuera moro o judío. Aparte de esto es muy lindo muchacho” Hartzzenbuch, *Los amantes de Teruel*, 2.8 (11).

6. Comentarios finales

Para dar término a nuestra exposición queremos, en primera instancia, transcri-bir el juicio de don Marcelino Menéndez y Pelayo, quien nos señala: “Apenas hay

ejemplo de otro trabajo filológico que, emprendido y llevado a término por un escritor particular, haya conseguido tan fácilmente ser recibido y acatado por la opinión general. En este sentido, el libro de Baralt, que era antídoto necesario contra la nube de barbarismos con que una turba inepta deshonra y envilece la más rica y sonora de las lenguas neolatinas, ha hecho mucho bien y ha hecho también algún daño, al caer en manos de pedantes que le toman por una especie de Alcorán, y aplican a tontas y a locas sus sentencias, cerrando los ojos ante galicismos que son evidentes por más que Baralt no les registrase, y tildando con fea nota palabras y giros, que no lo son aunque él los pusiese, o deben tolerarse como necesarios. La obra de Baralt es un ensayo docto, ingenioso y ameno, con razón muchas veces, con chiste casi siempre. Hasta cuando no acierta enseña, y más veces flaquea cuando propone el remedio que cuando denuncia la falta. Las equivalencias que propone suelen ser largos rodeos, y a veces no quieren decir ni por asomo lo que dice el galicismo censurado. Otro inconveniente grave de la obra, y lo que le da el carácter casuístico y arbitrario que amengua en parte su valor, es la ausencia de una clasificación general de los galicismos, según sean de palabra, de giro o de concepto, además de otra clasificación histórica que permitiese distinguir los verdaderos galicismos de aquellas otras palabras que pertenecieron en un tiempo a todas las lenguas romances o a varias de ellas y que cualquiera de las hijas del latín puede reivindicar con pleno derecho. Baralt parece extraño a todo estudio de gramática comparada, y preocupado sólo con levantar un muro entre el castellano y el francés, suele dar en decisiones caprichosas que parecen hijas del mal humor más que de un sistema racional y consecuente. Pero con todos sus defectos, y a condición de no tomarle por oráculo, el *Diccionario de galicismos* es libro que no puede faltar de la mesa de ningún escritor que estime en algo la pureza de dicción" (Menéndez y Pelayo, en Millares, 1969, 182-184).

Y ya que mencionamos nuevamente a don Agustín Millares Carlo, cuyo estudio sobre Baralt nos parece excelente, queremos cerrar este breve trabajo con sus mismas palabras: "El *Diccionario de galicismos*, —, más que de un filólogo, es la obra de un literato, de un hombre de ingenio y de refinado gusto artístico, de un gran conocedor de los clásicos españoles, de un hábil estilista. Es indudable que en él existen errores y omisiones; que muchos de los defectos que se le han señalado son verdaderos, que a veces fue su autor demasiado lejos, y otras se quedó corto. No hay, empero, que pedirle al Diccionario más de lo que Baralt se propuso entregarnos en él, ni desconocer que de haberlo realizado con sujeción a un plan más severamente científico y más en consonancia con los métodos rigurosos de la disciplina lingüística, no habría acaso disfrutado del buen éxito que lo acompañó desde su aparición y que corroboran las varias ediciones que de él han visto la luz" (Millares, 1969, 185-186).

Bien mirados, los diccionarios de Rafael María Baralt, tanto el Matriz como el de Galicismos nos dan raíces para profundizar en los estudios lexicográficos, nos dan brotes o renuevos para crecer y producir abundante cosecha, nos dan alas para volar y desde las alturas ver mejor el panorama y encontrar la mejor manera de remontar obstáculos y sortear dificultades.

La vitalidad y energía de don Rafael María, aunque se hayan agotado hace 150 años (también conmemoramos el sesquicentenario de su fallecimiento), las debemos

resucitar para inflamar nuestro ánimo y llenarnos de optimismo para continuar nuestra diaria labor.

Que la celebración del bicentenario de Baralt, tanto en Colombia como en Venezuela, permita que la paz y la concordia de los pueblos hermanos se mantenga y se enriquezca por siempre.

Referencias

- AMADOR DE LOS RÍOS, José. "Reseña crítica del Prospecto del Diccionario matriz de la lengua castellana" en Millares Carlo, Agustín, *Rafael María Baralt (1810-1860)*, Caracas, Universidad Central de Venezuela, 1969, Apéndice 42.
- BARALT, Rafael María. "Presentación del Diccionario matriz de la lengua castellana" en Diaz-Plaja, Guillermo, ed. *Obras literarias publicadas e inéditas de Rafael María Baralt*, Madrid, Biblioteca de Autores Españoles, 1967, págs. 155-161.
- BARALT, Rafael María. *Diccionario de Galicismos, o sea de las voces, locuciones y frases de la lengua francesa que se han introducido en el habla castellana moderna, con el juicio crítico de las que deben adoptarse y la equivalencia castiza de las que no se hallan en este caso*, Prólogo de don Juan Eugenio Hartzenbusch, Madrid, Imprenta Nacional, 1855.
- BELLO, Andrés. "Diccionario de galicismos por don Rafael María Baralt" en *Obras completas de Andrés Bello*, Caracas, Ministerio de Educación, 1981, Tomo V, Estudios Gramaticales, págs. 185-219.
- BLECUA, José Manuel. *Principios del Diccionario de Autoridades, discurso leído el día 25 de junio de 2006 en su recepción pública*, Madrid, Real Academia Española, 2006.
- CÁNOVAS DEL CASTILLO, Antonio. "Crítica literaria: Diccionario matriz de la lengua castellana" en Millares Carlo, Agustín, *Rafael María Baralt (1810-1860)*, Caracas, Universidad Central de Venezuela, 1969, Apéndice 43.
- DIAZ-PLAJA, Guillermo. "Estudio crítico, Personalidad y escritos de Rafael María Baralt" en *Obras literarias publicadas e inéditas de Rafael María Baralt*, Madrid, Biblioteca de Autores Españoles, 1967.
- GRASES, Pedro. *Del por qué no se escribió el "Diccionario matriz de la lengua castellana" de Rafael María Baralt*, Caracas, Escuela Técnica Industrial, 1943. También en *La tradición humanística*, Caracas, Barcelona, México, Seix Barral, t. 5, 1980, págs. 582-604.
- GRASES, Pedro. "Rafael María Baralt (1810-1860), Biografía para escolares" en *La tradición humanística*, Caracas, Barcelona, México, Seix Barral, t. 5, 1980, págs. 501-525.
- MILLARES CARLO, Agustín. *Rafael María Baralt (1810-1860)*, Caracas, Universidad Central de Venezuela, 1969.
- PASCUAL RODRÍGUEZ, José Antonio y GARCÍA PÉREZ, Rafael. *Límites y horizontes en un diccionario histórico*, Salamanca, Diputación de Salamanca, 2007.
- SUÁREZ, Marco Fidel. "Sueño de monseñor Brioschi" en *Sueños de Luciano Pulgar*, Bogotá, Librería Voluntad, t. VI, 1942, págs. 191-219.

POESÍA Y ECOLOGÍA

Por

Michel Deguy*

1. Si tomamos las palabras en su etimología, podemos decir en una primera aproximación de conjunto (en una sinopsis) de gran generalidad, que: *ecología y poesía* no solamente se pertenecen mutuamente sino que dicen y apuntan a “lo mismo”. La ecología es un discurso *logie*, un pensamiento del *oikos*, es decir de la morada terrestre y mundana de los humanos –de su “ecúmene”–. En cuanto a la *poesía*, ella fue (¿lo es tal vez todavía?) si nos confiamos en Hölderlin, una manera de habitar los hombres “*Dichterisch aber wohnet des Mensch*”. Los poetas, los artistas (*Dichter*) “recogen la belleza de la tierra” (*Andenken*).

Una expresión arcaica atribuida a Heráclito –¡cuántas veces se lo ha citado a través de los siglos!– expresa: *Êthos anthropô daimon*: para el hombre su genio es su morada. *Êthos* nombraba en griego el terruño, la guarida. No hay animalidad sin nicho; de donde se desprende la significación actual de “la etología”; ciencia de los comportamientos de las especies animales. El hombre también, este viviente, tiene entonces un “terruño”, un “territorio”. Pero este terruño es su genialidad, su alma, su “ser”. En otras palabras, no es el instinto el que lo fija en la constricción monótona de un solo tipo de “terruño”. Su bastimento (Bauen), su edificio es su pensar (*Denken*). Es tanto el sedentario esencial como el nómada esencial; la tierra y los mundos de la tierra constituyen su morada. Él es de aquí, pero también puede ser de otra parte. El genio humano, genio de la muerte y de la inmortalidad, inventa y transforma a la vez las diversas modalidades, indefinidamente transformadas, de su habitar.

La insistencia nueva, actual, sobre la relación entre *ecología* tomada en la acepción reciente del término, cuyo sinónimo frecuente es <medioambiental>, y la *poesía* citada según sus definiciones atravesadas por la diseminación, y la metástasis vertiginosa de su sentido, ¿qué requiere de nosotros? Es preciso entender la medida de la amenaza “global” que obsesiona los contextos variados de la ecología, y la capacidad de la *poesía* de tomar su responsabilidad en esta dimensión: para discernirla, para evaluarla, para hacer de ella su propio fin, o para hacerle resistencia y mandarla a la punta de un cuerno.

Un auxiliar fundamental de la lengua griega, *lanthanesthai*, de la familia de *lêthê*, le da pie a Heidegger para mirar la verdad como la *a-lêtheia*, y puede traducirse

* Traducción: Cecilia Balcázar de Bucher, Ph.D. Derechos reservados por la traductora.

como <no darse cuenta>. Esta letargia acompaña todo discurso que diga la conducta normal de los hombres, como por ejemplo <mueren sin darse cuenta> (Platón). La filosofía –es decir el pensamiento humano *en* lengua materna vernácula, como medio que le permite <ver> las cosas al mirarse ella misma y gozar de ellas–, la filosofía, al discernir, revelar y hacer explícitos los rasgos existenciales del <Dasein> pretende sacar a este <ser-en-el-mundo> de su letargia, es decir de su no percepción; de que existe gracias a ellos ¿La poesía encuentra su sentido (su *telos*) en el aumento de la letargia, en el servicio de lo auxiliar (sueño, diversión, decoración, distracción <con tal de que sea por fuera de este mundo>, en el no pensar en el morir, veneno, opiomanía) o en la lucidez *alethéica* que convoca en toda cosa, en todas partes y de mil maneras la clarividencia? Muchos la tienen por irracional; no regida por el sentido; irresponsable (Goytisoló); <surrealista>, en el fatal sentido periodístico que prevalece.

La respuesta al llamado al cual yo soy sensible es más bien el de la clarividencia tomado partido por una ecología radical, es decir, que no se reconocería a sí misma si no hiciera la diferencia entre el *medio ambiente* y el *mundo*, y de modo aún más general si no se apoyara sobre la poesía, es decir sobre <el pensamiento simbólico> de la condición humana. No se trata de limpiar de humos contaminantes el terruño, de limpiar el Umwelt (la atmósfera o el medio ambiente) sino de volver a abrir la apertura –y reacomodar las aperturas– que dan sobre la <grandeza> o el <claro> (Lichung) del mundo o del Ser.

3. El cuidado por la <purificación> con el que se relacionaría en modo menor una ecología ideológica y sincrética y la atención esmerada de la lengua, antigua y meritoria, encuentra –así lo creemos– su formulación moderna en los versos famosos de Mallarmé <Darles un sentido más puro a las palabras de la tribu>. Purismo y preocupación identitaria, he ahí lo que corresponde (en demasía) a las <reacciones saludables> o sea integristas, de un patriotismo lingüístico. Que Mallarmé no tenga nada en común con esta interpretación loable y común –y por consiguiente que la apariencia de una misma pueda esconder la mayor diferencia–, he allí lo que desarrollaré tal vez en otra parte.

4. El fenómeno mundial (o de la mundialización) es cultural. La poesía también, por supuesto, se ubica en su lugar secundario; dentro de la disposición general de las producciones. Su tarea social cada vez más reconocida (o asignada) es la *animación*; en tanto que la Poética –continuada por todos los medios, considerada en <profundidad>, o sea según la posición radical que tradicionalmente ubica la poesía como si fuera un modo de conocimiento, llamado <clarividencia>–, ameritaría su <Crítica de la Razón poética>. Digo que tal Poética, comprende la ecología y se entiende con ella por poco que sea (pero este poco está en exceso sobre el horizonte de la inteligencia de las <ciencias humanas> de nuestro tiempo y de su práctica del ensayo crítico con tal que la ecología sea ella misma sondeada y entendida en el estiaje de radicalidad que conviene.

5. El pensamiento <ecológico> es difícil de entrever, porque el término *medio ambiente* ha cubierto todo con un manto de conveniencias. Ahora, no se trata de medio ambiente, es decir de lo que los alemanes y la etología llaman UMWELT. La pertenencia determinada, infranqueable (instintiva, decíamos) tiene su Umwelt y

caracteriza la animalidad. La apertura al mundo (Welt) por la cual ella difiere esencialmente de un Umwelt y de todos los Um-welt conocidos y estudiados, caracteriza a la humanidad. Es la filosofía la que piensa eso desde su inicio. La expresión *ser en el mundo*, frecuente en la fenomenología moderna lo hace comprender. El hombre es rico en mundo, decía Heidegger no solamente en mundos, pero en mundo (Welt). Para el homo sapiens, salido de su Umwelt <hacia> otros Umwelt, luego (o al mismo tiempo) hacia el Welt, por el lenguaje, es un devenir (una antropomorfosis) de la cual, hasta hoy, ninguna reproducción científica experimental podría retrasar su <génesis real>.

Infinito, el Welt no es un Umwelt agrandado. Lo abierto (Rilke, Heidegger) no es la morada del animal ni <una> morada entre otras, reservada a los humanos. La diferencia es precisamente la de lo infinito que hace comprender, por ejemplo, el famoso poema de Leopardi. Es al poema, es decir al arte, al que se le ha confiado la diferencia por lo infinito; por el sentimiento de la apertura; por el desprendimiento hacia el <claro del Ser> (allí donde hay) para citar la famosa locución heideggeriana. Se trata de retornar al hombre a lo infinito (según el sentido de la locución familiar Me ha convertido completamente) de reoperar la apertura a la grandeza o inauguración del ser.

Pero entonces sucedió esto: (lo que el Filósofo llama <la edad de la Técnica>, es decir de la ciencia) que el hombre moderno al tomar *posesión* (Descartes) de *todos* los Umwelt (la "Naturaleza" en cuanto *Umwelt des Umwelt*), que él denomina "Medio ambiente" y que se propone "preservar", junto con el ensamblaje cósmico de todo ambiente (aun las "reservas" en donde se conservan las muestras de la antigua naturaleza zoo-antropológica), y "olvidando" así lo que el pensamiento y el Arte (*Dichtung*) llamaban "Mundo", el hombre, repetimos, oculta así definitivamente la diferencia esencial.

En una palabra, la defensa del "medio ambiente" (descontaminar) no tiene nada que ver con la tarea que exigiría la "salvaguardia del mundo".

Y es donde "la poesía", en cuanto posible sostén de la diferencia o "resistencia" ante esta confusión, interviene esencialmente en la afinidad con la ecología pensante (o "radical").

6. En este punto debería elaborarse la problemática de lo *cultural* y de la "resiliencia" –esta palabra cuyo uso, que se expande hoy en día, enuncia la instancia y la insistencia de algo nuevo–. *Cultural* es la palabra que señala en su conjunto la situación "epocal" del Arte contemporáneo ("la edad del capitalismo cultural" [1]) lo que equivale a decir cómo un arte, el de la poesía especialmente, en el centro de mi cuestionamiento, puede entrar en mutación completa, al mismo tiempo que preserva por "resiliencia", o "resistencia", una transformación, una traslación de lo antiguo, de las "reliquias" perdidas, es decir transmitidas.

7. Lo *cultural* es un "fenómeno social total", para retomar una expresión de Marcel Mauss. Para decir verdad, el fenómeno antropológico corriente es "ontológico"; esto quiere decir que es "el todo de lo existente" (todo lo que es, todo lo que *hay*) que se lleva –en nueva fase de "étantité", diría el filósofo; dicho de otra

manera en una nueva “época del ser” (diría lo mismo); o aún más la fase en curso pertenece a “la edad de la Técnica”; y hay que aprehender este momento en el que estamos como la “época del capitalismo cultural” (con un acento a la Benjamín), que por todas partes se denomina como “mundialización”. Entonces, no hay que tomar lo que se enfoca como “cultural” como algo superficial, local, “superestructural”, que le interese solamente a un “Ministerio”, a un presupuesto, etc. ¡Ni la reflexión que se ocupa de manera “ontológica” (la que hacemos aquí, por cierto) como una protesta de intelectual “anticultural”! No más que el “antiamericanismo” es un resentimiento primario, reaccionario, chovinista, o no sé qué más. ¡No! No estamos ni “en pro” ni “en contra” de lo cultural. Pero, en *primer término* de lo que se trata es de *constatar*, de tomar la medida “total”. Pues bien, es difícil admitir, y esta “generalización” suele rechazarse y no comprenderse...

¡No hagamos tabla rasa del pasado! Tal es nuestra consigna. La “culturalización”, o taxidermia cultural, es decir volver patrimonio los “genotipos culturales” y su explotación en fenotipos (“productos derivados”) no puede ser la última palabra. Ni toda esta vampirización de los “valores”, o de su sobrevivencia en forma de valores turísticos y de consumo, en un espacio apto para ser visitado, que se convierte en el Museo Grévin del mundo, mediante una tecnología fantástica que no tiene ya nada que ver, evidentemente, con el relleno que se le hace a la figura o el tratamiento con la cera de conservación “Grévin”.

De lo “sagrado”, no quedan más que las *reliquias*; y las reliquias están en la lengua (no en las criptas y los cofres). En cuanto a lo que nos llega de lo sagrado, conservado en la lengua, en relación con las palabras o sea las *obras*, nuestra responsabilidad de *artistas* es *depositarlas*, y transferir la transmisión cultural misma para impedir su desaparición, su olvido definitivo.

¿Otro “tema”? No sé si se puede hablar todavía de tema. Pero, en fin, al igual que para la ecología fundamental, es necesario tomar otra dirección, y no simplemente algunas medidas de protección, porque “al final” hay que tratar de modificar la dirección “fatal”. No contentarnos más con “esperar la devastación” como lo haría un heideggeriano ortodoxo; sino seguir inventando un sentido de “el habitar la tierra”, aun sin que ninguna (re)solución hõlderliniana sea ya posible.

El doble lazo con el “habitar”, es decir con la “belleza de la tierra” (*Andenken*) y con la lengua (los saberes, las artes, el habla vernácula, etc.) o aun en otros términos, la promesa de la “*tierra prometida*” (no poseída), ¿en qué transformarla para sostenernos en ella?

*

Jacques Derrida llamaba “otro cabo” esta otra dirección (diferente a la de la mundialización por consumo), dentro de la cual estas páginas tientan la dificultad de una problemática. La alianza de una “ecología” pensante, filosófica, no solamente ocupada de “medidas medioambientales” ordenadas por la tecnología, que no esté seducida por la creencia de que la Investigación (este “destino de la humanidad”, según Primo Levi) podrá inventar las barreras contra los efectos no deseados del *progreso* científico. Una fórmula de esta citada “resiliencia” sería la

alianza con un arte (la poesía simplemente), no sometido al devenir *cultural* inmenso e inevitable del “arte contemporáneo”, con sus aleaciones tecnológicas o “sintéticas” que instalan mensajes (en una semiótica social) orientados a los máximos rendimientos en un sector importante de la economía. En pocas palabras, “mi” modo de resistencia se llama poesía. Es una resistencia a la mutación que la lleva fuera del *logos*, de la palabra, fuera de la “logocidad”, en provecho de “la imagen” y del “cuerpo”. Es una poética que considera “el fenómeno futuro” (Mallarmé), porque le presta atención a los *videntes*, es decir a las luces que se prenden para alertarnos.

LA MUERTE, EN ARTURO PÉREZ-REVERTE. EL ÚLTIMO REDUCTO DE LA DIGNIDAD*

Por

Juan Mendoza-Vega M.D.

...vivir o morir dependen del azar, de Dios o del diablo.
Íñigo Balboa, *Corsarios de Levante*, p. 276 (2007).

...un soldado español, mal que le pesara, no se hacía matar de cualquier modo, sino con arreglo a lo que de su reputación esperaban amigos y enemigos.
Íñigo Balboa, *Corsarios...* p. 291.

...cuando se riñe en el umbral de la otra vida, cada cual lo hace para sí, y no hay mayor soledad que esa.
Íñigo Balboa, *Corsarios...* p. 296.

Hay tantas muertes como personas... En realidad, nadie aguarda la suya, aunque lo crea. Solo la acompaña y dispone.
Tu muerte viaja contigo desde siempre, y la mía conmigo... Cada cual lleva la suya a cuestas.
Aixa ben Gurriat, Moro Gurriato, *Corsarios...* p. 297.

Durante varios años, mucho antes de que tuviera la posibilidad concreta de ocupar sillón propio en la venerable Real Academia Española –que lo es de la lengua, como muchos saben– Arturo Pérez Reverte ejerció por oficio, dentro de la profesión de periodista, el de reportero de guerra. Fue muy bueno: lo demuestran decenas de crónicas sobre otros tantos conflictos bélicos y, además, el hecho de que sobrevivió relativamente indemne.

Allá, en las campiñas y los pueblos arrasados por bombas y metralla, en los caminos que deben andarse con cuidados especiales para no caer en las trampas de las minas ni ofrecer blanco fácil a posibles tiradores emboscados, adquirió conocimientos prácticos y formó una visión sobre la vida y la muerte que ha traducido luego en la mayoría de sus novelas, unas veces como pensamientos y opiniones de sus personajes y otras, como trama de la obra misma, de lo cual son ejemplo excelente las páginas de “El Pintor de Batallas”¹.

* (Reflexiones sobre los personajes de Arturo Pérez Reverte).

1 Pérez Reverte, Arturo, “El Pintor de Batallas”, Alfaguara Edit. 2006.

El mural imposible

Andrés Faulques, el protagonista, pasó el final de su juventud y gran parte de su madurez como fotógrafo de guerra; exitoso, por cierto, con varios premios internacionales y libros no sólo publicados sino muy vendidos. Cuando empezaba a pensar en retirarse, conoció a una mujer joven, hermosa, espontánea, de nombre misterioso (llamarse Olvido no es ocurrencia frecuente), bañada en una energía que se adivina retardora para el cincuentón, quien no sólo aplaza su retiro sino acepta llevarla como compañera. Ella, cargada con cámaras fotográficas, se interesa más en detalles de las cosas que en la cruda descripción de la tragedia humana que tan bien encuadra en su visor y capta con la luz siempre adecuada el profesional Faulques.

Las páginas dedicadas a mostrar la intensidad de esa relación, y el perfecto complemento que logran los dos participantes, aunque saben que no tienen ese futuro soñado y planeado por las buenas parejas burguesas, permiten al lector comprender y casi sentir el terrible choque del momento absurdo en el que, absorta en el ángulo de la foto que quiere, Olvido comete un solo error y cae víctima de la mina que pisó, sin que su compañero alcance a nada distinto de ver cómo se vuelve real una espantosa pesadilla.

La novela comienza tiempo después de la tragedia, cuando a ese dolor sin remedio posible se ha agregado otro, físico y cíclico, que clava su punzada cada ocho o diez horas en el lado derecho del abdomen “sobre la cadera derecha” y obliga al hombre, ahora sí envejecido, a tomar tabletas analgésicas y doblarse por la cintura para esperar su efecto mientras hace conciencia de lo poco que probablemente durará el resto de su existencia, porque él ha llegado a la edad

“cuando el pulso late ya despacio. Cuando los viejos y mezquinos dioses, y sus consecuencias, dejan de incomodar al hombre con odios y favores”.

Llevado por un impulso que él mismo no tiene muy claro, compró una antigua torre de vigilancia en “la cala del arráez”, pequeña ensenada cerca de un puerto turístico mediterráneo; la reparó lo suficiente para poder vivir en el piso alto y preparó cuidadosamente la gran pared curva del salón de entrada para emprender en ella “un trabajo sin futuro”: pintar en un gran mural una batalla que es al tiempo muchas batallas, un trasunto de

“...el azar perverso del mundo y de la vida... una perversidad con carácter geométrico, con la norma del caos”...

Estudiante de dibujo en la adolescencia, con habilidad algo más que mediana, Faulques a partir del momento en que dejó su ejercicio profesional, antes de resolver el sitio exacto de su nuevo y quizás último trabajo, dedicó tiempo para aprender bien el manejo de los materiales del muralista. Con ese conocimiento e inspirado por un estremecedor cuadro del holandés Brueghel “el Viejo” conocido como “El triunfo de la muerte”, pinta ahora largas horas cada día y sabe que

“Después del siglo XVII, nadie, excepto Goya, se atrevió a contemplar a un ser humano tocado de veras por la muerte, con sangre auténtica en vez de jarabe heroico en las venas”.

Mostrar los colores y los escorzos de la muerte como él los captó tantas veces, eso precisamente trata de conseguir en los planos y los personajes de su mural y en el anacronismo de juntar perfiles de ciudad moderna en llamas con sugerencias de arruinadas murallas medievales, guerreros de armadura y lanza cerca de otros con aspecto casi interplanetario. Todos, eso sí, mortíferos y empeñados en dar muerte aunque deban a su vez morir.

La muerte visitante

Un día, a media tarde y cuando el sol acentúa el calor de la estación, aparece frente a la torre y al pintor un individuo que no declara su identidad porque, al parecer, cree que será reconocido de inmediato. No es así, el pintor no lo recuerda aunque la primera pregunta que el desconocido le hace, al inquirir si él es “el fotógrafo” deja claro que su anterior contacto fue en la vida que Faulques ha dejado atrás.

Bastan pocas palabras para que la cuestión y el motivo de la visita se aclaren: durante una de sus misiones profesionales, Faulques tomó una foto de un joven soldado que se retiraba con un puñado de compañeros, derrotado; tan evidente era su agotamiento, su mirada de adolescente golpeado, que la imagen recibió honores de portada en revista famosa y así le dio literalmente la vuelta al mundo. Pero también llegó al pueblo del soldado, a manos de enemigos suyos que lo identificaron, buscaron a su joven esposa y al pequeño hijo de ambos y los masacraron con sevicia, para vengarse, para castigar destruyendo lo más amado, golpeando del más doloroso modo imaginable.

Ahora, sobreviviente del horror, maduro por el paso de los años pero sin el bálsamo del olvido, viene a buscar a quien “lo hizo famoso” para conocerlo, explicarle sus tremendos motivos y matarlo.

No intenta un simple asesinato vengativo: busca respuestas a preguntas que se viene haciendo y también quiere dar explicaciones porque cree que

... *“hay respuestas que usted necesita igual que yo”*.

Entonces, el pintor de batallas comprende que de verdad su obra no tendrá fin, que su intento por entender la urdimbre de la vida y de la muerte tal vez va más allá de lo que imaginaba y que sin duda su propia muerte, ahora anunciada, le ofrecerá las claves finales de todo, las respuestas a que alude su perseguidor de tantos años; durante muchos días, mientras sigue empeñado asiduamente con sus espátulas y pinceles, conversa largos ratos con él y entre ambos construyen el inesperado –o tal vez, muy esperado por inevitable y lógico– final de la novela.

Vida y caos

En la segunda mitad del siglo XX llegó a la Biología y a la Medicina, proveniente de los campos de la Física moderna, la teoría construida sobre una idea que hasta entonces hubiera parecido absurda: que la máxima expresión de actividad

vital es el Caos y, en cambio, la muerte equivale a la quietud del orden perfecto en un sistema; así, mientras un diamante es la perfección en todas sus simetrías y relaciones, predecible y expresable en severas fórmulas matemáticas, una célula viva se halla de tal modo inmersa en cientos o miles de interacciones que resulta totalmente impredecible, con comportamientos que solamente pueden expresarse como probabilidades estadísticas.

Esta visión, en apariencia tan peregrina pero de estructura tan sólida, que está ya ampliamente aceptada en el ámbito científico, da luces nuevas a la vida y a la muerte como fenómenos de la materia; para los seres humanos, hace que las reflexiones sobre el final de nuestros días sólo puedan tener la única certeza de que ocurrirá para todos, inexorable, sin excepción.

Pero el pintor de batallas no es físico, biólogo ni médico; no está familiarizado con la teoría del Caos, aunque sí debe haber oído y leído algo al respecto; cree que la vida humana, dentro del caos, debe estar sujeta a un trazado o ser una especie de criptograma; y aspira sólo a comprender el código, las claves, para que su dolor y todos los dolores al poderlos comprender se vuelvan soportables.

Esa visión de “lo real” y de la existencia como una secreta y

“complicadísima urdimbre que restituía la vida a lo que realmente era: una azarosa excursión hacia la muerte y la nada”,

permite ingresar con la relativa *aequanimitas* de los pensadores latinos al poco numeroso grupo de quienes pueden mirar la muerte a la cara sin dejarse cegar por el estallido de los horrores que la rodean a veces, ni encogerse amilanados por la inminencia de la destrucción definitiva.

Los personajes de Pérez Reverte², no sólo Andrés Faulques sino el capitán Alatríste, su aprendiz y luego valioso compañero Íñigo de Balboa, el maestro de esgrima don Jaime de Astarloa, el joven húsar francés que viene a dejar su vida en algún descampado español por el honor de su patria y las órdenes de su emperador Napoleón, los oficiales y soldados españoles que a la fuerza combaten y vencen bajo “la sombra del águila” también napoleónica, digna apenas –para ellos– de burlas y desprecio, todos tienen ante la muerte actitud de respeto pero no de temor; están siempre dispuestos a enfrentar la parte final de su vida como de ellos se espera, porque (buen ejemplo son estas palabras de Íñigo de Balboa cuando navega como “Corsario de Levante”),

...un soldado español, mal que le pesara, no se hacía matar de cualquier modo, sino con arreglo a lo que de su reputación esperaban amigos y enemigos.

2 Las alusiones se refieren, por supuesto, a El Pintor de Batallas, pero también a toda la serie de novelas del Capitán Alatríste, así como a El Maestro de Esgrima, La Sombra del Águila, El Húsar, Un Día de Cólera, Territorio Comanche, Cabo Trafalgar, etc.

Cuestión de dignidad

La petición de dignidad para su vida no es cosa nueva en el ser humano. Los héroes míticos, que encarnan el ideal en muy diversas culturas, exigen respeto y a veces lo ganan con la fuerza de su brazo y su habilidad para derrotar a fuerzas oscuras que buscan destruirlos. El orgullo del *polites* griego y del ciudadano romano fue su derecho a vivir libre, a participar en las decisiones sobre su ciudad y sus conciudadanos, pero ante todo a que ese derecho se le respetara sin más limitaciones que las leyes porque, de otro modo, perdería su dignidad y ello sería peor que cualquier catástrofe o que su misma aniquilación.

Y cuando se entiende que la muerte no es algo distinto de la vida sino su parte final, los pasos inevitables con que termina el recorrido, es lógico exigir y esperar para esa etapa la misma dignidad que hasta ahí se tuvo.

En la última parte del siglo XX, con el surgimiento de la mentalidad antropológica y el consiguiente retorno del Ser Humano³ al punto focal de la atención para los médicos y todos los demás profesionales en el campo de la salud, la dignidad y los derechos individuales se asentaron como elementos indispensables en las relaciones de la persona-profesional con la persona-enfermo, sus parientes y la sociedad toda; el respeto a los mismos se acepta hoy con calidad de axioma, aún en los casos en que al profesional le parece que sería de mayor provecho para el enfermo dejar de lado la autonomía e imponerle sin deliberaciones ni discusiones lo que su criterio educado e informado encuentra como más beneficioso.

Ante la etapa final de la vida, la autonomía debe entenderse como el derecho a aceptar o rechazar las intervenciones terapéuticas, sea cual fuere su complejidad o las consecuencias de la decisión que se tome; igualmente lógico parece sostener como respetable el derecho a decidir que se prefiere la muerte a la continuación de una vida biológica, que la persona misma considera como indigna y colmada de sufrimientos que ella no desea tolerar pero que, además, no hay forma de aliviar con los medicamentos, tecnología y conocimientos de que se dispone.

Junto con esas reflexiones, que podríamos llamar objetivas, la etapa final de nuestra existencia suscita pensamientos y reacciones absolutamente subjetivos: aquellos que cada cual construye o sufre cuando piensa sobre sí o habla de sí, de su propia realidad, tan personal; porque a la muerte de los demás, "del otro", se pueden aplicar consideraciones estructuradas alrededor de la ciencia, de la reflexión juiciosa en la que se incluyen serios análisis de principios, hechos, leyes, tecnologías; pero ante la muerte "mía", todo el andamiaje tiembla descentrado y todas las reflexiones y argumentos se borran o difuminan para dar paso a

3 Las mayúsculas iniciales son intencionales, para subrayar aún más la importancia capital que se vuelve a conceder a todos y cada uno de los individuos de nuestra especie.

expresiones mucho más elementales de nuestro verdadero modo de ser, modo de sentir y de reaccionar más cercano, sin duda, al “cocodrilo prehistórico”⁴, depositario y en cierto modo rector de los instintos y de algunas facetas emocionales, que a los productos de la corteza de los hemisferios cerebrales.

La más frecuente de tales reacciones subjetivas es, probablemente, el temor; arraigado en la dificultad para comprender por qué “mi” existencia tiene que llegar a terminarse, puede manifestarse como terror intolerable pero también, para personas de más sólida estructura intelectual, llegar apenas a molesta comprobación de que algo todavía no se ha podido entender por completo. Consecuencia del temor es la costumbre, presente en muchas sociedades, de no hablar sobre la muerte y usar eufemismos como “desaparición”, “partida”, “pérdida”, o perífrasis (“el amigo que ya no está”, “mi esposa que nos ha dejado”, “es que el niño voló a las estrellas”) a modo de negación que intenta borrar la cruda verdad y para ello no la reconoce en el lenguaje.

En el extremo opuesto, quien ha visto muchas veces la muerte porque se ha enfrentado a ella o porque le ha dedicado largas reflexiones, se hace capaz de aceptar, sin descomponer la figura, que esa etapa última existe en toda vida y por lo mismo se debería

acabar sereno, cuando comprendes que ha llegado el final.

En otras palabras,

dar la muerte, recibir la muerte como parte de un proceso humano normal, “porque toca y cuando toca”.

Esa es la posición que parece adivinarse en toda la obra de Pérez Reverte; en algún punto su pintor de batallas lamenta que

“El mundo ha dejado de pensar en la muerte. Creer que no vamos a morir nos hace débiles, y peores”...

También él utiliza algún eufemismo ocasional, como al recordar “la desaparición de Olvido Ferrara en los Balcanes”, pero reconoce que pensar en la muerte con ánimo sereno lo lleva a despreciar

El poder de los colosos arrogantes que se creen inmortales

y en cambio entrever que todo en este mundo consiste en

una serie de casualidades precisas que crean al hombre, y lo matan.

Que además,

4 Desde muchos años atrás llamo “cocodrilo prehistórico” a las estructuras del arquicerebro que heredamos de los primeros seres vivos dotados de cerebro, entre ellos los reptiles, en las que creo que se mantienen los engramas de las experiencias adquiridas a lo largo de la hominización.

La vida es un juego donde las reglas no son la línea de salida, sino el punto de llegada

y es allí donde se establecen sin reversa y sin remedio las calificaciones para los que fueron vivientes, para sus aciertos, errores, logros, fallas, afirmaciones, contradicciones, ahora irreversibles e irremediables. Como las reglas de ese juego no se conocen mientras se está en él, solamente el instante final ofrece alguna posibilidad de actuar con la mayor dignidad posible, para que del periplo vital individual quede un registro honorable. Algo que dijo, en su grandilocuencia acostumbrada, el poeta italiano Gabriele d'Annunzio: "Un bel morir tutta una vita onora". Toda una vida se puede hacer brillar con el honor, con la honra que tiene un buen morir.

Pero también aquí nos parece que enfrentamos una última paradoja. Porque ese "bel morir" tampoco está a disposición de nuestra voluntad, en la gran mayoría de los casos. La fecha de la muerte y las circunstancias de ella, literalmente le llegan a la persona sin aviso o al menos sin que pueda hacer mucho por modificarlas. Aún quien enferma gravemente tiene de su "último instante" sólo indicios. En el lenguaje corriente se suele llamar fatalismo –y se atribuye como característica especial a quienes llevamos algo de sangre árabe– a la idea de que la muerte nos llega en el momento exacto en que así está dispuesto en un "libro de la vida" que cada uno tiene; un personaje especialmente interesante del más reciente episodio de la serie del Capitán Alatriste, el moro Aixa ben Gurriat⁵, lo traduce en un par de frases muy reveladoras:

Hay tantas muertes como personas... En realidad, nadie aguarda la suya, aunque lo crea. Solo la acompaña y dispone.

Tu muerte viaja contigo desde siempre, y la mía conmigo... Cada cual lleva la suya a cuestas.

Quien busca la eutanasia, entonces, ¿solamente estará cumpliendo también con esa disposición pre-establecida, intuita pero imposible de comprobar? Al decidir que no desea seguir soportando el padecimiento intratable o la indignidad insuperable ¿está poniendo en marcha y haciendo respetar su autonomía de ser humano, o apenas se está doblegando al designio oscuro, a lo ordenado por esa serie de casualidades que semejan una voluntad hermética, directora de cuando forma el Universo?

Desesperada visión ésta, del individuo humano como marioneta que no conoce siquiera los hilos que lo mueven.

Mejor es, sin duda, creer que es posible llevar las riendas de la existencia propia, que la libertad y la responsabilidad no son palabras vacías usadas para nombrar ideales imposibles, que en la etapa final de la vida existe un espacio para el ejercicio pleno de la dignidad que pretendemos tener como parte de nuestra esencia y que allí debe englobar conceptos y actitudes como la "decisión informada" de aceptación o rechazo a las medidas terapéuticas y el derecho a los tratamientos paliativos, lo mismo que la alternativa de pedir de manera razonada y obtener la eutanasia cuando ésta sea la única posibilidad restante frente al sufrimiento intolerable.

5 En la página 297 de "Corsarios de Levante".

ESCOLIO A “LA GUERRA RELIGIOSA DE MOSQUERA”*

Por

Guillermo Ruiz Lara

La Universidad de San Buenaventura –Seccional de Medellín– ha entregado a la comunidad académica nacional y a la cultura el denso y voluminoso trabajo historiográfico sobre el conflicto religioso del General Mosquera con la Iglesia, como ofrenda gratulatoria del claustro a la Nación en el Bicentenario de su Independencia.

Fruto de un largo período de preparación cumplido en jornadas intermitentes durante quince o más años, esta obra es la producción literaria más reciente del académico e historiador Luis Carlos Mantilla, cuyo renombre salvó hace buen rato las fronteras nacionales, reconocido por academias e institutos afines de España y de Hispanoamérica. Desde la aparición de los primeros volúmenes de su haber bibliográfico, Mantilla se ha acreditado como historiador de verdad, a diferencia de tantos simuladores que eluden por engorrosa la investigación y, sin otras miras que las del autobombo, satisfacen su vanidad con la edición de volúmenes zurcidos con copias de copias y textos ajenos. Por eso ocupa con honor pero sin jactancia la plaza de numerario en la Academia Colombiana de Historia, la de correspondiente en análogas instituciones y el sitio de preeminencia en la galería de los eclesiásticos ilustres que se consagraron en el estudio y en la difusión de la historia de la Iglesia en Colombia.

La preparación de esta obra fue más prolija y cuidadosa que la de otras producciones y, de cierto, más larga. En ella estuvo comprometido el autor durante más de tres lustros en pesquisas, consultas y averiguaciones en bibliotecas públicas y privadas y en archivos de renombre, entre otros, el Archivo Secreto del Vaticano, el Histórico del Cauca y el principal de los nuestros: el Archivo General de la Nación. De ahí que esta *Guerra religiosa de Mosquera* haya merecido el encomio de historiadores y publicistas como modelo de trabajos bien documentados; y que así mismo motive la legítima ufanía con que el autor le da realce a la culminación feliz de un empeño tan obstinado como meritorio, por cuya virtud le dio cima a esta obra, que de golpe puede suscitar controversias pero que sin duda alguna tendrá indefectible trascendencia en la historiografía colombiana.

* Luis Carlos Mantilla R. *La Guerra Religiosa de Mosquera. La lucha contra el poder temporal de la Iglesia en Colombia, (1861-1878)*. Medellín, 2010, Departamento de Publicaciones de la USB, Impreso en los talleres de la Universidad de San Buenaventura, 561 páginas.

Durante la etapa de investigación preparatoria, Mantilla realizó dos trabajos complementarios y los dio a la estampa como primicias de la obra principal, a saber: el epistolario de los hermanos Mosquera: Manuel José, el arzobispo y Tomás Cipriano¹; y el relato de una felonía, la del secretario de la Legación Pontificia, Giovanni Battista Valeri, quien con insólita deslealtad acusó ante los Mosqueras – el General y su hija doña Amalia– a su superior, el Legado monseñor Miecislao Leodochowski, de haber retenido una carta de Pío IX a “su amadísimo hijo Tomás Cipriano de Mosquera”, escrita a propósito de circunstancias muy distintas de las que en ese año de 1861 se sucedían en la república². Esa noticia fue el detonante de la explosión colérica del General Mosquera, de la que se siguió la inmediata expulsión de Leodochowski y de los jesuitas y el viraje de 180 grados en sus relaciones con el clero. A los pocos días se produjeron los decretos y demás mandatos represivos. Conociendo como se conocía el talante y la bizarra osadía de Mosquera, jefe absoluto de la revolución, Leodochowski retuvo la carta del Papa. Era de temer, en efecto, que le dieran a ese documento una significación diferente, la de un supuesto apoyo del Sumo Pontífice a la revolución contra un gobierno legalmente constituido.

El “Perfil religioso” de Mosquera

Criado y formado en un hogar de austera y honda religiosidad, Tomás Cipriano fue creyente convencido. Vivió y murió en la fe de sus mayores, la fe de la Iglesia católica, apostólica y romana. En el capítulo II Mantilla le da relieve al “*perfil de religiosidad católica*” de este Tomás, en concordancia con la atávica tradición de Mosqueras y Arboledas. Si bien es cierto que su yerno, el general Herrán, en la *Protesta* contra el gobierno provisorio del altivo suegro sostuvo que “la palabra religión nunca ha tenido significación alguna para el General Mosquera [y que] el principio religioso, como poderoso elemento de moralidad y de orden, tenía que ser un obstáculo en el camino de sus designios”³, Mosquera jamás renegó de su credo. Por el contrario, reiteró a menudo la firmeza de su fe y su filial vinculación a la Iglesia católica, inclusive en los momentos de mayor tensión en las convulsas relaciones con los eclesiásticos de Colombia. Si a la gente hay que creerle lo que dice, no parece lícita la persistencia en la duda de la sinceridad de tantas confesiones. No tenemos elementos de juicio para anatematizar la religiosidad del General Mosquera, ni para suponer que en la reiterada confesión de su fe, en las constantes invocaciones, en la devota unción de sus cartas al Romano Pontífice y en la insistencia declarada muchas veces de su preocupación porque no se extinga el culto, sino que recobre la plenitud de su esplendor, no hubo cosa distinta de una sarta de imposturas.

1 Luis Carlos Mantilla. *Mitra y sable, la correspondencia del arzobispo Manuel José Mosquera con su hermano, el General Tomás Cipriano (1817-1853)*. Bogotá, 2004. Ediciones de la Academia Colombiana de Historia, Colección Biblioteca Nacional de Historia, V. 162.

2 Luis Carlos Mantilla. *Escándalo en la Legación Pontificia en la Nueva Granada en 1861*. Bogotá, 2000, Boletín de Historia y Antigüedades, Vol. LXXXIX, n. 816.

3 Pedro Alcántara Herrán. *Protesta* (citado por Mantilla).

Lector asiduo de la *Biblia* y de publicaciones religiosas, no siempre ortodoxas, tuvo el General suficiente información relativa tanto al dogma como a la historia del cristianismo, de suerte que podía gallear a gusto en temas de religión, como en Francia y en España lo hacían algunos de sus contemporáneos; y como –sin ir muy lejos– también lo hizo aquí y en la opuesta orilla don Pepe Groot, quien presumía de teólogo y alardeaba de tener mejor información doctrinal que el arzobispo.

Sin embargo, como en la mayor parte de los hombres de su generación en las clases media y alta, esa religiosidad en Mosquera de seguro fue más bien epidérmica. En la práctica su comportamiento no siempre correspondió a la firmeza de sus convicciones. En nuestro siglo XIX y hasta el promedio del XX fueron pocos los ateos u opositores acérrimos del credo religioso, pero muchos los anticlericales y otro tanto los indiferentes. A pesar de la ideología que entonces estaba de moda, en las altas cúpulas del Olimpo Radical hubo creyentes convencidos y practicantes, como Santiago Pérez, “*el hombre del librito*”, apodado así porque oía misa en San Carlos con un eucologio contentivo de las preces preferidas; y como Aquileo Parra, que rezaba en familia. Los radicales escépticos y, desde luego, anticlericales de bandera, que jamás concurrían a los templos –ni siquiera en los entierros que presenciaban desde el atrio– no estorbaron la religiosidad de sus esposas y demás familiares; y les permitieron –y hasta les recomendaron– formar a los hijos en la fe de la Iglesia. Pocas veces oraban, porque como decían los abuelos con benévola sorna para excusar su frialdad e indiferencia, “Con uno que rece basta”.

Antecedentes

Mosquera fue hombre de su tiempo y, como tal, recibió el influjo de la ideología que le dio rumbo doctrinal a nuestros dos partidos tradicionales pero con algunos matices diferenciales de simple grado, la ideología *demo-liberal* del siglo XIX que ya había alcanzado la plenitud de su vigencia. Sin embargo, no se vinculó formalmente a ninguna de esas parcialidades políticas. No las necesitaba. Se sabía superior a sus dirigentes y a la mezquina prevalencia de intereses privados sobre el de la patria. Identificado con el ideario del Libertador, sólo quiso ser bolivariano a ultranza; y más tarde, probablemente nada más que patriota vigilante y “*mosquerista*” a secas.

A la generación subsiguiente a la de la Independencia le correspondió, con la cooperación espontánea y a veces estorbosa de los caudillos regionales, la prosecución del proceso de estabilización de la república. Pero, por lo general, los dirigentes políticos no tuvieron una noción clara y precisa del Estado y del Poder Público, del cual apenas vislumbraban el de dominación para disfrute exclusivo de sus parciales y sometimiento absoluto de los contrarios. Los que acampaban en el poder y lo detentaban le negaron el pan y el agua a los vencidos, quienes para reivindicar sus derechos civiles no columbraban desde su ostracismo otro recurso viable que el de la guerra. Los partidos polarizados en bandos antagónicos de belicosa intransigencia fomentaron en sus huestes el odio sectario. El Colegio de San Bartolomé se había convertido en una especie de incubadora de líderes románticos y en cierto modo jacobinos, los “*gólgotas*”, que luego le dieron consistencia al radicalismo. Concibieron el ideal político de un Estado de majestuosa soberanía

nacional y una sociedad secularizada por completo, de modo que los pastores y ministros de cualquier religión no interfirieran las gestiones del gobierno. No sólo los fieles de una confesión religiosa, sino su misma iglesia como persona jurídica tendría que estar subordinada de manera irrestricta al Estado y a las autoridades de la república.

Desde el siglo XVIII las pretensiones del *Despotismo Ilustrado* enraizadas en las cortes europeas le daban prevalencia al trono sobre el altar; y en ese '*regalismo*' se incubó una conjura continental contra la Santa Sede. Refiere Daniel Rops en uno de los tomos de su extensa *Historia de la Iglesia*⁴ que en los decenios finales de ese siglo no hubo un solo reino europeo que no hubiera tenido algún conflicto, más o menos grave, con la Sede romana; y no propiamente por el *poder temporal* sobre los *Estados Pontificios* que todavía no era cuestionable; y afirma en otra página⁵ que los monarcas europeos, inclusive los católicos, trataban de "hacerse papas en sus reinos" a imitación del Rey de Inglaterra y de los príncipes de Prusia, Sajonia y otros estados alemanes, en donde las iglesias, la anglicana y las luteranas, estaban subordinadas a sus monarcas absolutos como simples engranajes del aparato estatal. Reyes y prelados "*regalistas*" pretendían reducir el poder espiritual del sucesor de Pedro a simple primado protocolario y honorífico, especialmente en Austria bajo el Imperio de la muy católica dinastía de los Habsburgos. La devotísima Emperatriz María Teresa, instigada por unos consejeros ateos y otros jansenistas, decretó algunas medidas restrictivas; pero sobre todo en el tiempo de su hijo José II (1741-1792) la Iglesia padeció la hostil arbitrariedad del monarca. José II decretó en Austria todo lo que cien años después hizo Mosquera en Colombia: la expulsión de jesuitas y prelados o clérigos insumisos, el sometimiento irrestricto y bajo juramento de los eclesiásticos a las autoridades, la confiscación de bienes y supresión de órdenes y congregaciones religiosas y el beneplácito indefectible del Emperador o de las autoridades regionales del Imperio, para que los obispos y dignidades eclesiásticas pudieran ejercer su ministerio. En todas las cortes y castillos de la nobleza se leía con deleite y entusiasmo a Voltaire y por todas partes se difundía la *Leyenda Negra*, fabulada, magnificada y difundida por protestantes en contra de la Iglesia, y la de judíos y moriscos contra la Inquisición española.

En el proemio de este libro, el rector de la Universidad de San Buenaventura – doctor Builes –, advierte que nada tuvieron que inventar Mosquera y los radicales de su tiempo para sostenerse en su posición ideológica y reafirmarla en el tenso contrapunto con la jerarquía de la Iglesia católica colombiana, porque todo eso estaba ya trillado en algo más de una centuria; y señaló al *Josefismo* austríaco como la raíz y modelo ejemplar del conflicto del General Mosquera con la Iglesia.

Después de la *Revolución Francesa*, el liberalismo europeo en pugna con las monarquías coaligadas en la Santa Alianza, protagonizó movimientos de beligerante revuelta, como las asonadas de 1831 en París con asesinato del arzobispo; la revolu-

4 Daniel Rops. *Histoire de L'Église, T. III L'Église de Temps Classiques*. París, Artheme Fayard, 1958.

5 Ibid.

ción del 48 que precipitó el derrocamiento de Luis Napoleón Bonaparte, “*Napoleón el pequeño*” como lo llamó con cáustica ironía Víctor Hugo; y el ‘*Risorgimento*’, el movimiento que pugnaba por la unidad italiana, cuyos militantes –los condotieros de la *Nueva Italia*– por lo general no fueron anticatólicos, como Cavour y Garibaldi, los adalides del ‘*Risorgimento*’. No obstante, todos los activistas de acción intrépida en ese movimiento cargaron con la reprobación del *Syllabus*. El cardenal Antonelli, secretario de estado de la Corte romana –que no era obispo y ni siquiera sacerdote– fue más político que religioso y, en tal virtud, vivió y obró aferrado a los privilegios del *Encien Régime*. Por eso se empeñó con necia obstinación en sostener contra viento y marea el poder temporal que le hizo tanto daño a la Iglesia.

Como hombre de su tiempo, imbuido por la ideología en boga y estimulado por el acicate de insaciable curiosidad intelectual, Mosquera procuró estar siempre al día, actualizado en todo lo atinente al acaecer político de Europa y de Hispanoamérica. Por las informaciones, obtenidas en sus viajes y en el cotidiano ejercicio de lecturas de toda índole, tal vez desordenadas y superficiales, tenía conocimiento del *Galicanismo*; de la pretensión de crear u organizar “iglesias nacionales”; del extravío de ciertos miembros del alto clero, más cortesanos o aburguesados que pastores y más mundanos que religiosos y del relajamiento y quebranto de la disciplina eclesiástica.

Importa agregar a los antecedentes ya indicados la ley por la cual la república, con pretensión unilateral, se declaró en 1824 heredera del *Patronato* que el Papa otorgó a los Reyes Católicos ‘*Intuito personae*’ como beneficio de compensación por el *vicariato regio* con que asumieron la responsabilidad de la evangelización del Nuevo Mundo, porque en esa ley estuvo el origen del tremendo desajuste en las relaciones de la Iglesia y el Estado en Colombia. Con pocas excepciones, como la del obispo Lazo de la Vega, el clero apoyó la iniciativa de adopción del Patronato. De buena fe lo hicieron muchos que, educados en su vigencia, lo consideraban benéfico y no tenían motivos para conjeturar posibles intrusiones del Estado en el régimen interno de la Iglesia. Los intrigantes y ambiciosos lo apoyaron con frenético entusiasmo, en la seguridad de que al amparo de las autoridades civiles de la república, podrían pelear obteniendo las dignidades y los beneficios que en vano esperarían de una Roma *lejana e inaccesible*.

En efecto: por ministerio de la Ley de Patronato la Iglesia quedó sujeta en todo a la potestad civil de la república, con arreglo al pensamiento ideológico de los mentores del radicalismo. El congreso legisló sobre asuntos privativos de la Iglesia como la disciplina eclesiástica; la creación o supresión de iglesias particulares o comunidades religiosas; la supresión de conventos, las cofradías y asociaciones piadosas; los servicios del culto y sus estipendios; el número mínimo de frailes que permitiera la subsistencia de un convento; la edad que habilita a un postulante para ser admitido a novicio y a éste para profesar con votos, y otras, promulgadas en 1850 y 1851 abiertamente hostiles, como la que atribuyó a los cabildos municipales la nominación de párrocos y la que incorporó el seminario al Colegio de San Bartolomé. La protesta del arzobispo Mosquera, calificada como grave desacato de un “funcionario” a las leyes de la república, dio pie al juicio sumario que culminó con la pena de destierro del

arzobispo y de sus sufragáneos. Estas leyes y estos hechos polarizaron a la opinión pública en bandos de beligerante intransigencia.

Reservas y disentimientos

De la lectura de esta obra me quedaron algunas reservas y no pocos disentimientos que, sin embargo, no afectan la admiración que le profeso al autor, ni sustraen afecto a nuestra amistad sin sombras. La diversidad de pareceres obedece a distintos enfoques o a diferentes puntos de observación. Las cosas observadas desde ángulos distintos no son vistas ni calificadas de la misma manera por los que las miran desde posiciones diversas. Por analogía recuerdo las discusiones de los aficionados en las tertulias de remate de las corridas de toros, porque siendo redondos los circos, los espectadores situados en tendidos diferentes no ven las faenas de idéntica manera y, por lo tanto, nunca habrá concordancia en sus apreciaciones.

De momento anoto dos divergencias de bulto relativas a las proposiciones en que se apoya la conclusión de que Mosquera no persiguió a la Iglesia sino al clero ultramontano, "entendido éste como la manipulación política de la religión", como lo aclara Mantilla. Las proposiciones cuestionadas son estas: *La lucha contra el poder temporal de la Iglesia en Colombia*, que sirve de título complementario del libro; y *la sociedad asfixiada por el fanatismo religioso*, proposición que es encabezamiento y a la vez síntesis del primer capítulo.

1. ¿Hubo poder temporal de la Iglesia en Colombia?

No parece que lo haya tenido. En los tres siglos de la Colonia, la Iglesia estuvo subordinada por completo a los Reyes, de cuya regia voluntad dependía todo; desde la administración del diezmo y la concesión de oficios y beneficios, hasta la erección de iglesias particulares y provincias eclesiásticas. Los reyes cuidaron con sumo esmero la selección de candidatos a dignidades eclesiásticas, de modo que todos o casi todos los preconizados fueron irreprochables. Hubo frecuentes divergencias y enfrentamientos entre obispos y otros eclesiásticos con virreyes, oidores y demás funcionarios públicos por abusos y demasías de las autoridades; pero la Corona nunca vio en tales censuras ingerencia indebida de la iglesia en el campo del poder temporal del reino.

En el proceso de la Independencia fue notoria y muy importante la participación del clero en el proceso emancipador, de modo que por tal virtud tuvo ingerencia en el proceso estabilizador de la naciente república, al menos en los decenios iniciales. Con todo, en la era republicana del siglo XIX, más que interferencia eclesiástica en los asuntos propios del poder temporal, fue sólita la intrusión de las ramas legislativas y ejecutivas del Estado en la organización interna de la Iglesia; esa intrusión sistemática dio campo al enfrentamiento polarizado de bandos opuestos, sectarios e intransigentes: el que bregaba por sujetar a la Iglesia al arbitrio del poder temporal y el de los conservadores, que se aliaron con el clero con el propósito de amparar a la Iglesia, pero también con el tácito designio de valerse de ella.

No puede decirse que la “cuestión romana” hubiera incrementado la tensión entre el General Mosquera y el clero y los laicos integristas colombianos. Los dirigentes del liberalismo granadino, como los de todo el mundo, se solidarizaron con los de la *‘Nueva Italia’*, pero la base popular de la sociedad granadina nada sabía del poder temporal del Papa en unas provincias italianas. Fuera de la polémica por ese asunto del obispo José Romero con el General Mosquera y de algunas notas sueltas de laicos opositores a su gobierno; los fieles católicos en su devota adhesión a Pío IX no veían en él otra cosa que al Vicario de Cristo en la tierra, “a quien todos estamos obligados a obedecer”, como lo aprendieron de memoria en el opúsculo de Astete.

2. *¿Una sociedad asfixiada por el fanatismo religioso?*

De seguro, Florentino Vezga y tal vez otros columnistas radicales habrían acogido esta proposición con entusiasmo para darle aire a las polémicas anticlericales; o quizás más tarde Vargas Vila la habría insertado en sus cáusticos libelos, pero cabe la seguridad de que no la habrían dicho ni sostenido los preclaros conductores del Olimpo, ni Santiago Pérez, tan señor, tan atildado y precavido; ni los Zapatas; ni Salgar, “*el presidente caballero*”; ni los Samperes, tan eruditos como cultos y circunspectos; ni Camargo, “*el Bayardo colombiano*”. Mucho menos Murillo Toro, demasiado inteligente y precavido, quien aunque irónico y burlón ponía en solfa a los integristas del catolicismo criollo, no iba a incidir en exageraciones que le restaran vigor y calidad a su prestigio.

La religiosidad elemental de nuestro pueblo pudo cargar con el lastre de sincretismos y supersticiones, sobre todo en las culturas indígenas y en las afro-americanas, pero fue sencilla, honda y firme aunque no fanática. No sintiéndose perturbado el pueblo en sus creencias, ni estorbado en la práctica de su religión, nada tenía que defender con tenaz apasionamiento. El jesuita Eduardo Cárdenas describió en su tesis de grado⁶ esa religiosidad popular acendrada en las familias. Los viejos podemos dar testimonio de lo que vimos en el ruralismo de nuestras provincias: la religiosidad, confesada sin alardes y practicada y vivida con espontánea sencillez y sin fanatismo. En las élites urbanas sí hubo fanatismo, pero no asfixiante; un fanatismo bipolar de dos extremos contrapuestos: el fanatismo anticlerical, obcecado e irreductible, del que en esta época de relativismo y de extensiva indiferencia quedan rezagos anacrónicos con todo el rancio perfume de las cosas viejas; y el fanatismo religioso predicado por curas imprudentes y difundido por laicos integristas, más políticos que religiosos. También quedaron vestigios de sectarismo fanático en algunos clérigos aquejados de pasión ultramontana. Deplorables e impetuosas manifestaciones de sectarismo, barridas por fortuna para siempre por los vientos del Concilio y el aire de la colina vaticana.

El talante de Mosquera

Cuando se intenta una comprensión global de la personalidad enhiesta, multifacética e indómita de Mosquera, hay que tener en cuenta las transitorias

6 Eduardo Cárdenas S. J. *La Religiosidad Popular en la Nueva Granada*. Bogotá, 2008, Ediciones de la Universidad Javeriana.

variaciones de su comportamiento; las ocasionales rarezas, como “las de un mico en un pesebre”, que ni siquiera sus más íntimos deudos ignoraron; la sobre-dimensión de su ego hipersensible, propenso a intempestivos y tremendos arrebatos provocados por algún leve desacato o por mera inconformidad de los que, en su sentir, tendrían que ser sumisos y obedientes, daban pie a la suposición de transitorias manifestaciones de insania. Diego Castrillón Arboleda, el mejor y más cumplido biógrafo del General Mosquera y los que también se han ocupado en la vida y la gestión política, militar y administrativa del insigne caudillo, admiten que el General no siempre estuvo en sus cabales. Desde luego, no aludieron a locura propiamente dicha, ni a desquiciamiento de personalidad del bizarro personaje. Pero ya se sabe que el dictado de ‘loco’ se ha predicado en todo tiempo y no por meras chifladuras a quienes sobresalen por su inteligencia o se conducen al margen de la medianía. Es bien conocido y comentado el apotegma de Séneca, según el cual “*todo ingenio grande tiene algún grado de demencia*”. De todos modos, en el comportamiento de Mosquera causa perplejidad la alternancia de la cordura habitual con descomunales disparates que, a pesar de todo, no menguaron su prestigio, como quiera que ni en la vida hogareña, ni en el ejercicio de la gestión pública, ni en sus relaciones de amistad hubo tacha merecedora de censura o de sanción social o punitiva. Pero fueron muchos los disparates, los desmanes arbitrarios, las órdenes inexorables de ejecución inmediata: ya fueran de prisión o destierro, o de confiscación de documentos privados –como el archivo de la Arquidiócesis– y algo más grave: los fusilamientos sin fórmula de juicio, porque “el que manda, manda y cartucheras al cañonete”. Pero a pesar de la arbitrariedad de estos hechos y actitudes que dejaban estupefactos a opositores, pero también a parientes y amigos, lo cierto es que no menoscabaron el porte de gran señor de indefectible traza aristocrática, ni la lucidez mental del raciocinio, ni el concepto de probidad, ni la clara percepción de los principios morales, ni el sentimiento de justicia. Es verdad que el General nunca se arrepintió de los abusos de poder con agravios injustos o tempestuosas violaciones de derechos individuales o colectivos, porque tales sentimientos de compunción no tienen cabida en corazones soberbios, como fue el suyo. Eso sí, por la instancia del sentimiento de justicia, y para salvar reatos de conciencia, procuró justificarlos una y muchas veces con explicaciones hábilmente concebidas por su excepcional talento, que si no satisficieron a todo el mundo, al menos a él le sosegaron la conciencia.

Por la claridad y justeza con que concibió el ‘ethos’ colectivo y el acicate del sentimiento de justicia, Mosquera tuvo siempre la propensión a erigirse en juez de conducta humana, no de la suya, desde luego, sino de la ajena y no propiamente para juzgarla con imparcial discernimiento, sino para condenarla de una vez en “*juicios sintéticos a priori*”. Algunos hablaron de paranoia en el caso del General Mosquera. Pero no. Más bien me atengo al dictamen de una autoridad hoy por hoy inapelable, como la del doctor Adolfo de Francisco, quien en una obra de intachable calidad científica⁷ define estos transitorios momentos de deficiente cordura como “*estrados alternantes de conciencia*”.

7 Adolfo de Francisco Zea. *La locura de don Quijote*. Bogotá, Edición conjunta de las Academias de la Lengua, de la Historia y de la Medicina, Editora Guadalupe.

El Decreto de Tuición

El 20 de julio de 1861, dos días después de su entrada victoriosa a Bogotá, remate de la revolución y automática asunción *de facto* a la presidencia de la república, sin otras atribuciones que la de su personal arbitrio dictó Mosquera el *Decreto de Tuición* sobre todos los cultos, por cuya virtud ningún ministro superior de cualquier rito podrá ejercer sus funciones sin el pase o autorización del gobierno, so pena de pasar por insurgente y de sufrir en consecuencia la pena de destierro. De tal disposición se siguió la del “pase” del gobierno a las bulas del Papa como reviviscencia del *execuator* que la Corona española ejercía por virtud del Patronato; y la exigencia del juramento de obediencia a las leyes y a las autoridades de la república, el cual debían prestar los eclesiásticos como requisito previo para poder asumir el ejercicio de su ministerio. A juicio de Mantilla, con este decreto Mosquera quiso “blindar el éxito militar de la guerra del 60”; por su parte, con presuntuosa suficiencia, explicó el General que el decreto fue expedido “para proteger a los colombianos en el libre ejercicio de su culto y no permitir que se hagan cargo de las iglesias episcopales y parroquiales aquellos individuos que se mezclan en la política para perturbar la paz pública”. La mayor parte de estas disposiciones dictadas por el presidente provisorio fueron ratificadas por la Convención de Rionegro por medio de la Ley de Policía, (abril 25) de 1863.

Con excepción del obispo de Popayán, Pedro A. Torres, quien por razones de paisanaje y amistad se mantuvo al lado de Mosquera, los demás obispos rechazaron la tutela prescrita por el Decreto de Tuición y se negaron a someterse de manera irrestricta a autoridades hostiles. El funesto antecedente de las leyes del 50 y 51 que dieron cauce al conflicto religioso y a la expulsión del arzobispo Mosquera y sus sufragáneos; la arrogancia del propio presidente provisorio, quien, para aludir a los obispos en comunión con el Romano Pontífice, hablaba de “*escribas, fariseos y romanistas*”; y el ambiente de tensión que esas leyes trajeron consigo, no propiciaban la sumisión incondicional a autoridades presumiblemente adversas. En consecuencia, se produjo el confinamiento del arzobispo Herrán a Mompo y Cartagena y la expulsión de los prelados de las iglesias de Cartagena, Pasto, Pamplona y Santa Marta.

Al obispo de Antioquia, Domingo A. Riaño, le correspondió el padecimiento de trance ignominioso. Emplazado para que se sometiera, se presentó ante el presidente en un auditorio colmado de curiosos, de una taifa de parciales y de un grupo de curas despavoridos que abandonaban a su obispo para someterse sudorosos y trémulos al dictador, como aquellos cautivos de la antigüedad pagana que salvaban el pellejo postrándose a los pies de nuevos dioses vencedores. Riaño soportó burlas, coléricos dicerios y amenazas –“a un obispo también le cabe su balazo en la cabeza”; y sin ceder ni un ápice, a pesar de su longevidad octogenaria resistió con obstinación doblada en heroica firmeza. De ese estrado condenatorio salió esa misma noche para la cárcel– como un criminal y al día siguiente para el destierro, conducido por sayones.

En suposición del padre Mantilla, la mayoría del clero, la “progresista”, se sometió de buen grado al gobierno de Mosquera; porque sólo algunos clérigos

“recalcitrantes”, instigados por los obispos, permanecieron refractarios. No sé hasta donde sean confiables las estadísticas consultadas. En cambio, doy por cierta la tradición oral de nuestra gente, que refiere la confesión de muchos curas juramentados, de haberse sometido por miedo a broncas represalias. En algunas aldeas boyacenses sonaba en la boca del pueblo el estribillo de alguna rústica composición olvidada. Es este:

No es el nuevo Nerón el que nos hiere,
es el nerón del miedo el que nos mata.

Mosquera, a su vez, sostuvo que los curas y frailes insumisos fueron los ignorantes, los politiqueros sectarios y otros “corrompidos”. Si en verdad fuera justa esta apreciación maniquea que clasifica en grupos antagónicos a los buenos y a los malos, el ladino canónigo Fernández Saavedra⁸ y los que a instancias suyas se sometieron serían los sacerdotes ejemplares, paradigmas de patriotismo y de virtudes; e indignos serían los que a imitación y ejemplo de sus pastores prefirieron la prueba de la hostilidad oficial al sometimiento irrestricto a las autoridades públicas.

Cosa curiosa, Murillo Toro, escéptico, muy poco religioso pero sagaz político, dio vía libre a los juramentos con salvedad de conciencia, con lo cual distendió el conflicto generado por el Decreto de Tuición. Los obispos regresaron del exilio a sus sedes y amainó la conmoción popular con un nuevo aire de sosiego. No obstante, Riaño no juró. Demasiado resentido tal vez por el largo suplicio de sus penalidades y porque estando en el Cauca supo que el General tachó de falsos esos juramentos, prestados según él con “fórmulas equívocas”, se abstuvo de jurar y prefirió seguir en el destierro hasta su muerte.

La desamortización de bienes de manos muertas

En 1861 estábamos en mora de desamortizar los bienes de “manos muertas”. La desamortización ya se había cumplido en todos los países que la tuvieron; y aquí se había proyectado en el gobierno del Libertador, con ponencia de Castillo y Rada. La descongelación de tales bienes era urgente necesidad, tanto social como económica. En un estudio sobre la desamortización cumplida en Colombia⁹, David Mejía Velilla señaló el efecto contrario a la motivación que se tuvo al decretarla, como quiera que una simple transferencia de dominio de personas jurídicas, la Iglesia y otras corporaciones, a personas naturales, produjo una

8 Manuel Fernández Saavedra. Ambicioso, intrigante e insidioso presbítero, canónigo de la catedral primada, fue autor de un infamante libelo contra el arzobispo Mosquera, el cual editó ocultándose en el anonimato. En la coyuntura del conflicto religioso de Mosquera con la Iglesia, comprometió a muchos sobre quienes ejercía influjo para que se sometieran, pero él –jugando a las dos cartas– se abstuvo de hacerlo, según el testimonio de su colega Antonio María Amézquita, transcrito por Mantilla.

9 David Mejía Velilla. *Glosas a la desamortización y otras páginas de historia*. Bogotá, 1998, Publicaciones de la Universidad de la Sabana.

acumulación de riqueza en pocas manos, en vez de la pretendida socialización de la propiedad. El humor popular apuntó con sorna incisiva que “lo que fue de manos muertas pasó a las uñas vivas”. Mosquera mismo reconoció más tarde el fracaso de esta medida que, a mi manera de ver, produjo el primer enriquecimiento ilícito en Colombia.

Además de la inconformidad de la jerarquía eclesiástica, este Decreto y el de Tuición suscitaron reparos de orden jurídico: al de Tuición como violatorio de la “separación absoluta de la Iglesia y el Estado”, consagrada en la Carta Política de 1853; a éste por inconstitucional, porque garantizada por la Constitución la propiedad privada, el encargado del ejecutivo carecía de competencia para extinguir de una plumada derechos de dominio. Objeciones ciertamente inocuas al poder de un dictador. De Mosquera se dijo lo que más tarde y con menos razones se predicó de Reyes, que había reducido la clásica tridivisión del Poder Público a una más simple y expedita, *infantería, caballería y artillería*, la repartición operativa de sus tropas.

Supresión de las órdenes religiosas

Según Mantilla, en una de sus exorbitantes rabietas, Mosquera acabó de una sola plumada con las órdenes y comunidades religiosas presentes en el país desde la iniciación misma de su historia post-colombina. Furioso porque no pudo convencer al arzobispo ni a unos frailes para que se sometieran al yugo de la Tuición, decretó la prisión del prelado el 3 de noviembre de 1861; y dos días más tarde, el 5 del mismo mes, la extinción de las comunidades religiosas. En la opinión de los jóvenes radicales, esas comunidades que por entonces estaban en franca decadencia ya eran no sólo innecesarias sino estorbosos “asilos de vagancia y de vicios”, como lo dijo uno de ellos. Primaba en el ambiente un menosprecio absoluto por esas corporaciones, tildadas de obsoletas. Para el editorialista de *El Tiempo*, eran “un verdadero anacronismo en medio de esta época de ferrocarriles y telégrafos”. Por fuerza de la extinción de sus comunidades, agustinos, franciscanos y dominicos, sometidos unos y otros refractarios, tuvieron que salir de sus conventos y dispersarse como curas errantes sin oficio ni beneficio. Como disculpa de la exclaustración se invocó la relajación de los conventos en donde –se dijo– vivían en ocio frailes dipsómanos, concubinarios y libertinos.

No se sabe por qué demoró más de un año la exclaustración de las monjas de clausura, la mayor parte de las cuales procedía de notables familias de la burguesía. No obstante, algunos extremistas las subestimaban como “plantas parásitas”, condenadas a languidecer en el invernadero de los conventos. Pero la orden de exclaustración, aunque suspendida de hecho, estaba vigente y a la espera de un momento propicio. Comisionado Rojas Garrido para convencerlas de volver al mundo a rehacer su vida en sociedad, visitó los conventos con dos agregados que propusieron como alternativa una rufianesca propuesta. Las monjas no cedieron y ante el rotundo fracaso de ese torvo intento de desacralización, vino el mandato inexorable: tropas de asalto irrumpieron en los conventos como en una guarida de malhechores y echaron a la calle a las religiosas que luego tuvieron provisional asilo en casas de piadosas familias bogotanas. Como disculpa del atropello, se

achacó a las monjas confabulación con conspiradores. Burda acusación de laya igual a aquella de abalear al pueblo desde las torres de los templos, que el 9 de abril los agitadores comunistas le endilgaron al clero bogotano.

El atropello a las monjas –“*torpe irrupción de un terrorismo oficial*”, según Alberto Lleras– causó honda conmoción social y la reprobación de los jefes naturales del radicalismo. Desde entonces se propusieron desatar las correas de la coyunda de la alianza con Mosquera, desde luego, cuando pudieran hacerlo. No era el momento de quebrantar semejante miura con picadores de cartón. Con la reducción del período del presidente de la república y la limitación de sus atribuciones, lograron en la Convención de Rionegro restringir con legal cortapisa los ímpetus absolutistas del imperioso caudillo.

La guerra al clero

Sostiene Mantilla que el Gran General no estuvo aquejado de “maniática clerofobia”; y que, más bien, vio con aprecio la dignidad del sacerdocio en la Iglesia católica, al punto que expresó su preocupación porque los candidatos al presbiterado se formaran moral e intelectualmente con esmerada solicitud. En las páginas de este libro aparece corroborado el aserto con suficiente documentación. Mosquera no se consideró perseguidor de la Iglesia sino implacable reprobador de aquellos curas que le parecieron ultramontanos, ignorantes, retrógrados o corrompidos. Eso sí, soberbio e irreversible en sus decisiones, insistió con porfía en que sus mandatos se cumplieran sin atenuantes benignos; y nunca se dolió de haber hecho lo que hizo.

Para ejercer de nuevo y por última vez la presidencia de la república trajo el propósito de una política diferente, como se advierte en el memorando que presentó al arzobispo de Westminster. En realidad en el año de su mandato (1866 a 1867) no hubo acontecimientos ni actitudes que dieran motivo al desencadenamiento de nuevas irrupciones coléricas contra el clero, con la salvedad del tropiezo con dos presbíteros preconizados para los obispados de Pasto y Santa Marta, Juan Manuel García Tejada y José Romero, quienes no sometieron las bulas de su preconización al “pase” del presidente. Con su habitual severidad los acosó de tal modo que, fugitivos, tuvieron que ir al extranjero a que los consagraran. Asimismo, por causa de una colisión de competencias, decretó un nuevo exilio al obispo Vicente Arbeláez, coadjutor del arzobispo con derecho a sucederlo.

La entrevista con el cardenal Manning

Habiendo tenido conocimiento el Papa Pío IX de la elección del General Mosquera para un nuevo período; y sabiendo que se encontraba en Londres, con la esperanza de encontrar la posibilidad de un entendimiento que le pusiera fin al conflicto religioso en Colombia comisionó al arzobispo Westminister para que lo entrevistara. No se puede interpretar esta sorpresiva decisión del Pontífice como oportunista absolución de los hechos que había lamentado y condenado en la Encíclica del 17 de septiembre de 1863, por “hostiles a la

religión, a la Iglesia y al clero"¹⁰; y que, en un suponer, estaban ya superados, sino de indagar en el ánimo del presidente electo la posibilidad de una relación de mutuo respeto que garantizara la libertad de la Iglesia para su misión espiritual... La entrevista fue benéfica y provechosa. De resultas de lo hablado, Mosquera sintetizó su pensamiento en lo tocante a las relaciones del Estado con la Iglesia en un memorando enviado al cardenal, de cuyo texto resalto el siguiente punto:

No opino sobre la unión de la Iglesia con el gobierno. La libertad de la Iglesia debe ser completa en todo lo espiritual, y el gobierno temporal, o mejor dicho político, no debe mezclarse sino en lo que es de su competencia, a saber: mantener los derechos políticos y garantías civiles de los habitantes de la nación y, siendo uno de esos derechos la conservación y libre ejercicio de la religión católica que los colombianos han heredado de sus padres, debe dárseles garantía y seguridad para ejercerla con arreglo a su dogma, disciplina y usos establecidos legítimamente en el país.

Mejor declaración no la habría hecho el más destacado de los integristas de la época. Era el postulado de una política diferente.

Epílogo

A pesar de la ostensible arbitrariedad de muchos actos ejecutados por orden suya, la colosal estampa de Mosquera se proyecta en la historia con la plena identidad que el Gran General tuvo en todas las vicisitudes de su vida, con su excepcional talento, su temple de acero, sus ejecutorias y, desde luego, con el lastre de sus inculcables defectos. Este intrépido y soberbio Tomás Cipriano, figura cimera de nuestra historia, que dio qué hacer y qué sentir por donde anduvo; y que con su gestión de guerrero, de político y estadista llenó casi en su totalidad los fastos del siglo XIX, "*inspiró amor, temor y respeto*" en la sensibilidad de sus contemporáneos, como aquel Oliveretto de Fermo inmortalizado por Manuel Machado en los versos de un breve pero inolvidable poema. El presidente Alberto Lleras quiso hacer un trabajo biográfico de este insigne personaje que sobrepujó como estadista en perspicacia, en dinamismo y en grandeza a sus contemporáneos. Dejó apenas en breve nota introductoria el esbozo de lo que habría sido la obra concluida; y en sus *Memorias* lamentó con cierto dejo de frustración que el apremio de la actividad política lo hubiera extraviado de su vocación literaria para ponerlo al servicio de su causa y de la república. Perdimos la obra que hubiera sido un clásico de nuestras letras, pero, sin que haya lugar a duda alguna, la Nación ganó un excepcional estadista.

De la lectura de esta obra se sigue la evidencia de que la mano dura de Mosquera hizo algo más que adustas y coléricas reprimendas contra una clerecía díscola y ultramontana. Hubo sistemático desmán persecutorio. Pero la doliente hoja ya

10 Carta del prefecto de *Propagan Fide* en la *Curia Pontificia*, cardenal Barnabó, al cardenal Henry E. Manning, arzobispo de Westminstre, con las instrucciones del Papa para la entrevista con el General Mosquera. Párrafo transcrito por Mantilla.

está doblada y sería impertinente revivir un juicio extemporáneo. No juzgamos. En la frescura siempre nueva del Evangelio urge la recomendación de Cristo a sus discípulos, “No juzguéis”, porque a Él y sólo a Él corresponde el veredicto final de toda vida humana.

Tiene razón Mantilla en afirmar que el puño de acero del general Mosquera fue “necesario cauterio” para la Iglesia colombiana. Dios permite que de vez en cuando sufra la Iglesia duras pruebas como aquella a la que la sometió Mosquera, para que rectifique su rumbo y enderece sus pasos de un posible desvarío; y para que, como lo quería don Marco Fidel Suárez, llore sobre los pies de Cristo sus errores, infidelidades y testimonios negativos. Eso es todo.

LOS TOROS Y LOS GALLOS EN EL LENGUAJE POPULAR

(Brevisima exposición acompañada de una escena dialéctica y un recuadro)

Por

Daniel Samper Pizano

En pleno debate sobre las corridas de toros y las riñas de gallos que ha llevado a una prohibición regional en España y a una lid jurídica en Colombia, no sobra recordar hasta qué punto han calado en nuestra lengua los términos referentes a estas actividades.

Juzgando por ello, es imposible negarles su pertenencia a una cultura popular que las ha trasladado con frecuencia a las primeras planas de los medios de comunicación social. No es extraño leer o escuchar en medios políticos o económicos expresiones como “Hay que cambiar de tercio” o “Fulanito sacó las espuelas”.

Salvador Tió (1911-1989), el gran lingüista puertorriqueño, era un enamorado de las expresiones populares en las que veía resumida la sabiduría de los hablantes. “La lengua de cualquier pueblo –dice en su libro *Lengua mayor* (edición póstuma, 1991)– está cargada de refranes, de sentencias, que no son otra cosa que un acervo de prescripciones morales, de normas de conducta, de sentencias filosóficas que se repiten en forma invariable y perduran por infinitas generaciones. Son la expresión más precisa del saber popular”.

Muchas frases procedentes de oficios, deportes o disciplinas no alcanzan los méritos de las píldoras filosóficas a las que alude Tió. Pero, aún así, revelan la íntima relación entre tales actividades y el espíritu de la colectividad. Es decir, su inserción en la cultura popular, que es el agua en que todos navegamos, aunque algunos también lo hagan en calas particulares.

“La cultura –agregó Tió– no se improvisa y nadie inventa su lengua. Son herencias que nadie puede repudiar sin disminuirse. A lo más que podemos aspirar es a enriquecerlas y embellecerlas”.

Muchas de estas reflexiones resultan pertinentes a la hora de debatir si es posible y si conviene proscribir por decreto determinadas acciones que forman parte del modo de ser de un conglomerado y que, como tales, han dejado una huella en su lengua.

Ya que mi fuerte no es el ensayo académico, intento exponer en la escena que sigue, con los recursos que domino con menos dificultad, cuánto significan los toros y los gallos en nuestra lengua.

Cuernos y plumas

– Tengo que felicitar a todos por la faena –dijo Jorge a modo de bienvenida.

– Sí –recalcó Lucas–. Ha sido de vuelta al ruedo.

– En España les dimos una estocada a las corridas y en Colombia la Corte Constitucional tuvo que ocuparse de los toros y los gallos –explicó Virginia.

– Los partidarios de corridas y riñas no pensaron que les íbamos a salir tan espuelones– comentó Lucas.

Los amigos, representantes de varias organizaciones opuestas a la fiesta brava y las peleas de gallos, se habían reunido a hacer balance de las luchas del movimiento.

– Los pobres taurófilos quedaron para el arrastre –comentó, malévolo, Pedro.

– ¡Orejas y rabo para los catalanes! –exclamó Lucas.

– En cambio, banderillas de castigo para el magistrado ponente de la Corte por haber dicho que estas fiestas son parte de la cultura tradicional colombiana –dijo Jorge.

– ¡Pero si no tienen nada que ver con ella! –exclamó Pedro–. Nos está mamando gallo.

– Reconozcamos que las asociaciones extranjeras de defensa de los animales nos lanzaron un capote importante –dijo Virginia.

– Así es. Sin embargo, esto apenas empieza –precisó Jorge–. Otros países también tienen que sacar las espuelas para lograr que las prohíban.

– No parece fácil –observó Virginia–: muchos políticos son toreados en varias plazas y no se dejarán sorprender.

– Están puyados: embestirán con fiereza –recalcó Lucas.

– Es natural. Los hemos toreado desde los medios de comunicación y van a sacar la casta –comentó, perverso, Pedro.

– Pues hay que atarse los machos y seguir adelante –dijo con firmeza Jorge.

– No digo que no –señaló Pedro–, pero tengamos en cuenta que, aun en nuestro movimiento, hay gente que prefiere mirar los toros desde la barrera.

– Son miembros de esa cuerda cobardona que al principio parece muy solidaria, pero a la primera confrontación agacha el pico.

– Lo increíble es que se esconden tras el burladero si hay problemas, aunque son los primeros en dar declaraciones a los periodistas –acusó, envidioso, Pedro.

– Yo les he dicho que esta guerra no se gana mirando a los tendidos, sino trabajando –comentó Lucas.

– Bueno, bueno, cambiemos de tercio, porque hay muchas cosas pendientes – cortó Jorge.

– Sin duda. Si nos descuidamos nos dan una revolcada –avisó Virginia.

– Sería bueno acudir a alguna figura que atraiga a la prensa –dijo Jorge–. Nos ayudaría mucho si contamos con primeras espadas.

– Podemos convencer al argentino que movilizó a la gente en España –apostó Lucas– estoy seguro de que saldrá al quite.

– El argentino mejoraría mucho el cartel –sonrió Virginia.

– Sin embargo, hay mucha gente que no se deja descrestar –opinó Pedro.

– No podemos fallar –dijo Lucas–: si nos devuelven el toro vivo haríamos el ridículo.

– Vamos a demostrar que las corridas y las riñas de gallos no forman parte de nuestra cultura, sino que son algo anacrónico y casposo, que solo los bárbaros recuerdan –remató Jorge–. Soy optimista, saldremos por la puerta grande.

– ¡Olé! –exclamaron los otros tres al alimón.

Recuadro

Algunos glosarios sobre corridas de toros y riñas de gallos:

Juan José Ochoa, *Frases taurinas en el lenguaje popular*:

http://www.cetnotorolidia.es/opencms_wf/opencms/diccionario_taurino/index.html

http://culturitalia.uibk.ac.at/hispanoteca/Vokabular/Toros/fraseolog%C3%ADa_taurina.htm

José Antonio León Rey, "Riñas de gallos y vocabulario de gallística", en *Revista Colombiana de Folclor* (2ª. Época), Bogotá, número 2, 1953: p. 79-96.

Miguel Pérez Corrales, *Diccionario gallístico de las Canarias*, Cabildo de La Palma y otros (islas Canarias), La Palma, España, 2008.

(Con la colaboración de la biblioteca de la Academia Colombiana de la Lengua).

ROSARIO CASTELLANOS O LA PASIÓN INTELECTUAL

Por

Cristina Maya

La Feria Internacional del Libro de Bogotá que convoca este año a México como invitado especial, nos ha dado la oportunidad de ponernos en contacto, una vez más, con la producción literaria de dicho país.

Qué ocasión más loable para recordar a una de sus más insignes y reconocidas escritoras, Rosario Castellanos. De ella podemos decir que fue una autora polifacética, pues descolló en todos los géneros literarios con una producción a la par extensa y de extraordinario significado en los temas que se propuso tratar. Fue poeta, novelista, cuentista, ensayista, dramaturga y periodista. Profundizó en cada uno de estos géneros conservando, no obstante, una inquietud central que le da unidad a su obra.

Castellanos nació en México en 1925 y murió en Tel Aviv en 1974. Pertenece a una familia de terratenientes que habitó en Comitán, en el estado de Chiapas. Hizo estudios de filosofía en la Universidad Nacional Autónoma de México en 1950 y posteriormente de literatura y estilística en Madrid. En 1956 trabajó en el Instituto Indigenista de San Cristóbal de Las Casas en Chiapas y después en el Indigenista de México. Fue maestra allí también y posteriormente profesora invitada en las universidades de Wisconsin y Bloomington. Ejerció al mismo tiempo el magisterio en la Universidad de Jerusalén, en donde permaneció como embajadora de México hasta su muerte.

Rosario Castellanos se inició como poeta con una obra caracterizada no solo por su irreverencia hacia todas las manifestaciones convencionales de la vida, sino ante sus propias circunstancias. Por el hecho de pertenecer a una familia de terratenientes, conoció desde su niñez la vida de los finqueros, de los dueños de tierras y su relación con los indios, que formaban parte de una amplia zona del país y que servían en las labores del campo. La circunstancia de haber nacido mujer en un medio en que se consideraba al hijo varón como el único heredero legítimo, la hizo sentir siempre rezagada y a la vez cuestionarse sobre la posición de la mujer en la sociedad. En ello fue profundamente crítica y puede decirse que casi toda su creación es una reivindicación de la mujer oprimida, tanto de la ciudad como del campo.

Varios títulos conforman su producción poética: **Trayectoria del polvo** México 1948. **El rescate del mundo**, México 1952. **Poemas**, México 1953-55. **Al pie de la letra**, México 1959. **Lívida luz**, México 1960. **Album de familia**, México 1971.

Poesía no eres tú, obra poética, México 1948-1971. **Bella dama sin piedad**, antología poética, 1984.

Si bien en su narrativa Rosario Castellanos escribe con mayor énfasis acerca de temas indigenistas de carácter histórico, en sus poemas alude, entre otras cosas, a la alienación de la mujer. Una mirada antropológica nos incita a pensar sobre este hecho. Veamos esta opinión al respecto: *“Nuestra época tantea su realidad ante las posibilidades de un des-orden radical -quizás el más profundo que haya enfrentado nuestra especie-: la mujer se piensa. Esta auto-constitución en espacio de pensamiento desencadena una alteración sin precedentes en la noción de realidad de lo humano: una bifurcación inédita del pensamiento y de la realidad. El punto de disyunción –una situación del pensamiento frente a la realidad más que un estricto momento histórico– está caracterizado por la emergencia de un nuevo deseo: el del pensamiento de la mujer que busca identidad propia. Ahí se instala la posibilidad de des-orden en la constitución de un deseo que por su misma presencia ha empezado a diluir el orden establecido de los signos, a despojarlos de su carácter determinante, definitivo y natural.”*¹

Rosario Castellanos concibe, pues, una mujer que se piensa, se cuestiona, se critica a sí misma y al mismo tiempo objeta las representaciones que sobre ella han surgido a lo largo de la historia, especialmente por la circunstancia de que ha sido el hombre el que la piensa y como tal la modela y determina. De ahí que su enfoque sea polémico y que haya alcanzado relevancia hoy día. Castellanos escribe bajo la influencia no solo de una experiencia personal, sino también motivada por la obra de otras mujeres cuyos escritos han sido trasgresores de un orden establecido. La primera de ellas, la mexicana Sor Juana Inés de la Cruz, con quien comparte situaciones similares de precocidad intelectual, de deleite y fervor por todo lo que a las letras atañe, unido esto al aprecio y convivencia con los indígenas. La segunda fuente de inspiración fue Simone de Beauvoir y su obra de carácter feminista que incide en las generaciones de los sesentas y setentas. Influida también por cierta filosofía existencial propia de la época, la poesía de Castellanos se abre hacia una metafísica de la angustia y del desencanto que roza con las fronteras de la muerte. Habla, por consiguiente, del sinsentido de la vida, de la inutilidad de muchas de las acciones humanas condenadas de por sí al fracaso. El juego de la competencia y de la revancha convierten al hombre en sujeto de una serie de circunstancias azarosas que le producen desazón. ¿De qué valen el dinero, las riquezas, el confort, el prestigio social, todo lo que la historia y la sociedad contemporánea han mitificado frente a las contingencias de la vida? Se dice que Rosario Castellanos, a pesar de su origen, desdeñaba ciertas costumbres burguesas e incluso ironizaba sobre ellas tal como lo atestigua en su poema *“Autorretrato”*: *“En general rehúyo los espejos, /Me dirían lo de siempre : que me visto muy mal/y que hago el ridículo /cuando pretendo coquetear con alguien.”*

En su novela **Oficio de tinieblas** cuestiona sarcásticamente la obsesión por el dinero: *“Dinero. La dote con que el padre quiere cubrir una fealdad excesiva o remediar una virginidad maltrecha.*

1 Lorite Mena, José, **El orden femenino, origen de un simulacro cultural**, Anthropos, 1987, pág. 11

Dinero. La herencia que en torno de la cama del moribundo, se disputan los allegados.

Dinero. Litigios interminables para apoderarse de una franja de tierra, de una escritura de propiedad. De una generación a otra se transmiten el pleito, la codicia, el odio.

Dinero. Porque el señor mantiene a sus queridas y a sus bastardos. Dinero, dinero, dinero es la letanía de la señora, porque la vida cuesta cada vez más y es necesario mantener las apariencias..."(2)

También es muy conocido su desapego por la fortuna heredada de sus padres a tal punto que regaló parte de sus tierras a los indígenas. Es raro encontrar una personalidad tan firme, tan auténtica, tan despojada de ciertos intereses propios de las elites como la de Rosario. Esto la llevó al aislamiento de su medio social con el cual nunca pudo identificarse plenamente, para caer en el pesimismo irremediable que se refleja en sus versos. Dice así en uno de ellos: *"Tal vez cuando nació alguien puso en mi cuna/ una rama de mirto y se secó./ Tal vez eso fue todo lo que tuve en la vida de amor"*.

Frecuentemente su poesía golpea por su crudeza, por su manera directa y descarnada de expresarse: *"Qué vas a amar? Un cuerpo que se pudre /ese pantano lento en que te ahogas o un alma que no existe?"* Escribió varias elegías, lo que demuestra su obsesión por la muerte y su desdén por toda posible ilusión porque la realidad dura y pesada se antepone a ella: *"El recuerdo embellece lo que toca /te quita la jaqueca /que tuviste, el sopor de la siesta lo transfigura en éxtasis"*. Y después, refiriéndose al suicida, añade: *"El que se mata, mata al que lo amaba."*

No obstante comprende que la solución del suicidio no puede ser la única manera de liberarse de las cadenas del mundo y que muchas mujeres famosas de la historia no hallaron la realización ni en su vida ni en sus obras. Así se expresa en su *"Meditación en el umbral"*.

No, no es la solución
 Tirarse bajo un tren como la Ana de Tolstoi
 Ni apurar el arsénico de Madame Bovary
 Ni aguardar en los páramos de Ávila la visita
 Del ángel con venablo
 Antes de liarse el manto a la cabeza
 Y comenzar a actuar
 Ni concluir las leyes geométricas, contando
 las vigas de la celda de castigo
 como lo hizo Sor Juana ...

.....

Debe haber otro modo que no se llame Safo
 Ni Mesalina, ni María Egipcíaca,

2 Castellanos, Rosario, **Oficio de tinieblas**. En **Obras Reunidas I** (México, Fondo de cultura económica, pág, 454)

Ni Magdalena, ni Clemencia Isaura.
 Otro modo de ser humano y libre,
 Otro modo de ser.

En lo que concierne a la mujer y su destino de esposa y madre también fue refutado por Rosario Castellanos en más de una oportunidad. Negó que el sentido esencial de aquella estuviera signado solo por el hecho biológico de la reproducción. En esto fue contundente cuando en su poesía "misterios gozosos" dice:

Me quedo en las palabras
 Igual que un remanso, contemplando
 Cielos altos, profundos y tranquilos.
 Por nada cambiaría
 Mi destino de sauce solitario
 Extasiado en la orilla.

El que buscó mi mano
 Para contar racimos
 Deje mi mano suelta
 Sin fruto y sin anillo.

El que llamó a mi cuerpo
 Para nacer, se calle
 No ponga en mi cintura
 La guirnalda de madre.

La relación con su esposo Ricardo Guerra, con quien contrajo matrimonio en 1958, fue realmente traumática. Sus continuas infidelidades y su desamor llevaron a la desesperación a Rosario, que hubo de pasar temporadas en clínicas de reposo por sus intentos de suicidio. Dejó, paradójicamente, setenta y tres cartas de amor dedicadas a su marido y escribió su famoso poema "Lamentación de Dido," donde se recuerda la anécdota de Eneas y Dido abandonada por el héroe y el posterior suicidio de ella por medio de la incineración. Del matrimonio de la escritora solo quedó, después de varias pérdidas, su hijo Gabriel.

Con un lenguaje directo, casi ausente de las formas tradicionales del lirismo, rozando con el género de la antipoesía, la obra poética de Castellanos proyecta su mensaje de inconformismo, de angustia y desolación.

Respecto a su novela, pertenece a la temática indigenista que en los países latinoamericanos, especialmente en México, Perú y Bolivia, tuvo gran repercusión. Novelas como **El paisano Aguilar** de Enrique Amorim 1934, **Huasipungo** de Jorge Icaza 1938, **Todas las sangres** (1964) y **Los ríos profundos** (1956) de José María Arguedas, **Tungsteno** de César Vallejo 1930, **Pueblo enfermo** de Alcides Arguedas 1909, etc., se desenvuelven en la descripción de la vida indígena, la relación con el terrateniente y su defensa contra la enajenación, la explotación y la rebelión.

Su primera y gran novela *Balún-Canán* (1957), narrada en primera persona, tiene como protagonista a una niña, sin duda el alter ego de Rosario, que muy pronto entra en contacto con los indígenas gracias a la nana, la dulce y misteriosa aborígen que la introduce en su mundo. Castellanos muestra, sin duda alguna, aspectos de su vida como la difícil relación con su hermano menor, el preferido de los padres por ser el hombre y el futuro heredero de las tierras. Mario, el niño de la novela, muere de una extraña enfermedad adjudicada por la nana a la intervención de los brujos y frustra los anhelos de la familia. Por su parte, la hermana aminorada en todo momento por él, ha crecido en medio de la envidia y la conciencia de culpa por el resentimiento hacia su hermano. Es muy conocido el hecho de cómo Rosario Castellanos en la vida real percibió que su padre, al morir su hermano, hubiera preferido que la muerta fuera ella y no el varón.

La trama de *Balún-Canán* se va desenvolviendo de manera natural y realista, tal como transcurre la vida de una familia burguesa en Comitán, la región mexicana que le sirve de marco. La narración es polifónica de manera que a la primera persona se intercalan voces en segunda, tercera persona y aún monólogos. Los días pasan entre el acaecer doméstico, los juegos de los niños, la intervención de la nana, la actividad social de la madre y ciertos personajes inevitables en las novelas de Castellanos, hombres y mujeres alienados por alguna circunstancia; la tullida, la solterona, el hijo ilegítimo. Todos estos prototipos son descritos por la autora en su sicología profunda de seres marginados y, en cierta forma, dolientes. El indio está rezagado a lo más bajo de la escala humana. Su relación con el poder es distante e infranqueable. *¿Qué es el presidente de la República?* -pregunta un indio- *“Es Dios?” “Es hombre-contesta otro- Yo estuve cerca de él”* (3). Pero el tema central es la relación del patrono con los indios. *“El gobierno ha dictado una nueva disposición contra nuestros intereses”* (4) dice el déspota César Arguello y después lee esta resolución: *“Se aprobó la ley según la cual los dueños de fincas, con más de cinco familias de indios a su servicio, tienen la obligación de proporcionarles medios de enseñanza, estableciendo una escuela y pagando de su peculio a un maestro rural”* (5)

Este es el comienzo para que el plan del gobierno se empiece a ejecutar. El proyecto es la educación para toda la población, incluyendo especialmente a los indígenas; pero, además, la repartición de tierras y en general la Reforma Agraria que fue uno de los actos fundamentales del gobierno igualitario y demócrata de Lázaro Cárdenas y a quien se refiere concretamente Castellanos en su novela. El gobierno de Cárdenas instituyó, entre otras cosas, la nacionalización de los ferrocarriles y del petróleo, factores que lo contrapusieron con los EEUU. Lázaro Cárdenas, de origen indígena, creó el partido revolucionario mexicano, antecedente del Pri y llevó a cabo la consigna de México para los mexicanos. Gobernó de 1934 a 1940, y murió en la ciudad de México en 1974.

3 Castellanos, Rosario, *Balún-Canán* en *Obras Reunidas 1*, pág. 82

4 *Ibidem*, pág. 46

5 *Ibidem*, pág. 46

La reforma agraria y la educación que el gobierno quiso instaurar, enfrentan en la novela a una serie de personajes y ponen en marcha su verdadera trama. César Arguello, el propietario, con el propósito de acatar, a pesar suyo, las nuevas disposiciones del gobierno, llama a Ernesto, el hijo bastardo de su hermano, para que ejerza de maestro. Su aparición en la comunidad cae muy mal por su inexperiencia, por sus borracheras continuas en las aulas y especialmente por el desconocimiento total de la lengua autóctona, lo que crea una barrera de incomunicación con ellos. Felipe Carranza, el líder de los nativos, se opone por esta circunstancia, a César y alienta a los seguidores suyos a rebelarse contra éste.

La historia de Matilde, parienta de la familia Arguello, es relevante en la novela por su carácter dramático y por el análisis de las sicologías y de las personalidades que Rosario Castellanos maneja con maestría. La relación sentimental entre Matilde y Ernesto ocupa buena parte del argumento y pone de relieve el conflicto familiar del hijo bastardo con su complejo de inferioridad, los rencores de Matilde hacia Ernesto por ciertos comportamientos suyos que la llevan a una situación desesperada de sentirse irrespetada y sin amor, y la expectativa de César ante el sobrino y su relación con los indígenas. Los sucesos terminan con la quema de los cañaverales por parte de éstos y el asesinato de Ernesto. "Esto es lo que Cárdenas buscaba con sus leyes," exclaman los latifundistas.

Los aspectos mágico- religiosos, de importancia en las costumbres raizales, están presentes a lo largo de la obra y pone el acento en el conflicto entre la religión cristiana representada por el cura y las creencias paganas que practican la población aborígen. Es una mezcla entre la devoción cristiana por la Virgen y el rezo pagano hacia sus propios ídolos. Ceremonias que se llevan a cabo entre el delirio de las borracheras, del uso de las yerbas, los ruegos, las contorsiones y todo tipo de gestos que hacen que en estos rituales reine la absoluta irracionalidad.

Con frecuencia la narración se interrumpe para dar paso a poéticas descripciones de la naturaleza, especialmente de la región de Chactajal, donde se asentaron los nativos.

Los que por primera vez conocieron esta tierra dijeron en su lengua: Chactajal, que es como decir " lugar abundante de agua" ... Agua donde se miró el mecido ramaje de los árboles. Agua amansadora lenta de la piedra. Agua devoradora de soles. Todas las aguas no son más que una: ésta, con su amargo presentimiento del mar.

Los que por primera vez nombraron esta tierra, la tuvieron entre su boca como suya .Y era un sabor de mazorca que dobla la caña con su peso.Y era la miel espesa y blanca de la guanábana .Y la pulpa lunar de la anona.Y la aceitosa semilla del zapote.

Y el lento rezumar del jugo en el tronco herido de la palmera y el caliente jadeo de la bestia pacífica y el furtivo aliento del animal dañino. Y la acompasada respiración de las llanuras por la noche. Pero también signo: el que traza el faisán con su vuelo alto, el que deja el reptil sobre la arena (6)

La novela termina con la separación final de la niña y su nana y la muerte de su hermano Mario.

Rosario Castellanos emula con otro gran escritor indigenista, José María Arguedas, con quien podríamos hacer un rápido paralelo. Cuando el padre de Arguedas muere, se casa nuevamente con una rica hacendada que desprecia al niño Arguedas y lo lleva a convivir con los indígenas. Poco después recorre todo el Perú, lo cual le brinda la oportunidad de conocer a los indios y sus hábitos, sus luchas y creencias mágicas. En el caso de Rosario, hija de un rico hacendado, conoce desde niña el trato que los dueños de tierras le dan a los indios, allí reina el despotismo y el desprecio por las que consideran clases inferiores. También se relaciona con ellos a través de su nana. En Balún-Canán, Rosario Castellanos describe con detalles el mundo alienado del indio y en la figura de Zoraida, la despiadada esposa del terrateniente, se vislumbra todo el desprecio hacia aquél. Dice ella, "*...yo hubiera preferido mil veces no nacer nunca antes que haber nacido entre esta raza de víboras*".

Arguedas también hubo de soportar las humillaciones y el mal trato de su hermanastro. Tanto Castellanos como Arguedas se dedicaron a la etnología y trabajaron en el Instituto Indigenista de sus países.

Oficio de tinieblas (1962), su segunda novela, se refiere también al tema indigenista pero, a diferencia de Balún-Canán, no es autobiográfica y, sin el encanto de ésta, es una espléndida obra donde se tejen innumerables historias de personajes indígenas y hacendados, y anécdotas personales que se desenvuelven en todo su sentido dramático con fuerza y vitalidad incomparables. La trama de la obra sucede en las poblaciones de Chiapas y en Ciudad Real. Esta vez son las historias de Catalina Díaz Puiyá y Pedro González Winiktón, de Marcela Lorenzo y de Domingo el hijo de ambos. De los terratenientes Leonardo Cifuentes, su esposa Isabel e Idolina su hija. De Fernando Ulloa y su amante Julia Acevedo. De Timoteo, Serafina y su hijo César. De doña Mercedes. Del padre Manuel, etc.

Catalina, esposa de Winiktón, después de varios años de matrimonio ve frustrada su maternidad; esto significa un oprobio para una mujer dentro de la comunidad indígena. A pesar de los rezos y de toda clase de hechizos no puede concebir. Marcela, una muchacha desvalida, marginada y violada por Leonardo Cifuentes, se casa con Lorenzo, hermano de Catalina. Él es de tan cortos alcances que lo consideran retrasado mental. Sin embargo, Catalina lo utiliza para guardar las apariencias y lograr apoderarse del hijo que no tuvo. Nace Domingo, a quien Catalina acoge como propio y lo cría hasta que se convierte en un joven. Por otra parte, Leonardo Cifuentes, dueño de grandes territorios, está casado con Isabel quien tiene una hija, Idolina, de su anterior matrimonio con el hermano de Leonardo. Élla, víctima de la neurosis permanece enferma y recluida en una cama. Buena parte del desarrollo de la novela está referida al drama de la hija que se niega a llevar una vida normal como una manera de manipular a sus padres y rechazar el hecho de que Leonardo, su padrastro, ha sido el asesino de su padre. Fernando Ulloa, amigo del gobierno de Lázaro Cárdenas, será el encargado de ejecutar la

reforma agraria y nivelar las diferencias entre indios y patrones. Se inmiscuye en la vida de Cifuentes y produce un verdadero trastorno en ella. A esto se une Julia su mujer, quien se convierte en la amante de Cifuentes y termina irrumpiendo en su vida familiar. Se hace amiga de Idolina y prácticamente la saca de su parálisis. La lucha por las tierras, las revueltas de los indígenas, y sobre todo la mezcla y la fusión de las creencias mágicas de los indios con las creencias cristianas, ocupan gran parte de la trama. Catalina Díaz es considerada casi como una sacerdotisa que ejecuta todos sus rituales en una cueva adonde concurren los demás indios. El padre Manuel, con intenciones catequizadoras, trata de infundir la religión cristiana en la comunidad, pero ve frustrados sus esfuerzos. Finalmente, la lucha entre lo cristiano y lo mágico tiene una solución. Domingo, el hijo adoptivo de Catalina, es sacrificado en una cruz y de esta manera los indígenas pueden también tener su propio Cristo.

Los cuentos de Rosario Castellanos están reunidos bajo el título de **Ciudad Real** (1960), **Los convidados de agosto** (1964) y **Album de familia** (1971). Casi todos giran en torno a las preocupaciones más evidentes de la escritora, la desigualdad de clases, la lucha del indio por la sobrevivencia, sus usos y ceremonias religiosas. En **Ciudad real** están descritas las luchas entre las etnias de los Tzotsiles y los Tzeltales, pero también es una historia tejida en torno a la comunidad de los Bolometric.

Rosario Castellanos cuestionó siempre lo que denominó literatura indigenista *"escrita desde afuera."* *"A veces bien estructurada pero carente de veracidad."* Era necesario entonces hacerlo desde adentro, es decir, conociendo y experimentando de primera mano la vida de los nativos.

Entre 1955-58 trabajó en el Instituto Indigenista y tuvo una experiencia directa con las comunidades vernáculas. Dice uno de sus críticos, *"¿De dónde obtendría Rosario la energía necesaria para recorrer las sierras, descender a los valles, escalar desfiladeros llevando su trabajo con humildad creciente de comunidad en comunidad?"*(7)

De estas experiencias salieron también sus producciones de teatro que tuvieron un propósito didáctico. Fundó el teatro Petul, cuya influencia fue definitiva como difusor de cultura entre los indios. Dichas obras fueron extraídas del teatro guiñol que llegaba por medio de muñecos de una manera fácil y divertida. De ello hay testimonios:

"Si la brigada de salubridad va a vacunar o instruir a la población en la prevención de enfermedades o curación de las mismas, el personal del teatro Petul lo acompaña y ante los habitantes representa una obra que enseña a la vez que divierte sobre la conveniencia de aceptar medicinas y prácticas curativas e higiénicas."(8)

7 Navarrete Cáceres, Carlos, **Rosario Castellanos, su presencia en la antropología mexicana**. Universidad Nacional Autónoma de México., 2007. pág. 13.

8 Ibidem, pág. 16.

Entre sus Ensayos podemos destacar el muy famoso **Mujer que sabe latín** (1973), que parte del adagio de que “Mujer que sabe latín no tiene marido ni tiene buen fin”. Es un libro de carácter reflexivo sobre la sicología femenina y especialmente sobre las condiciones sociales en las que ancestralmente se la ha ubicado como sujeto dependiente y sumiso. Constituye una crítica frente a las funciones que tradicionalmente se le han asignado a la mujer, la reproducción, la crianza de los hijos, el manejo del hogar y la falta de oportunidades para desarrollarse en el campo del trabajo con el mismo salario y los mismos privilegios de los hombres. Es importante señalar que Rosario Castellanos escribe en los años setenta, momento en que se dan en Europa y en Latinoamérica los primeros movimientos feministas y empieza la ruptura con las viejas sociedades patriarcales que da paso a la igualdad de sexos. Pese al discurso contestatario y descarnadamente feminista que ella utiliza, vale como un signo de liberación y de toma de conciencia de la mujer latinoamericana frente a sus condiciones históricas de alienación. De sus otros ensayos se han llegado a contar la suma no despreciable de unos quinientos, donde aparecen escritos literarios sobre Virginia Woolf, Simone de Beauvoir, Bertold Brecht, T.S. Eliot, Heine, Pedro Henríquez Ureña, Sor Juana Inés de la Cruz, Violette Ledue, entre otros.

Sus artículos periodísticos figuran con los títulos **El uso de la palabra** (1974) y **El mar y sus pescaditos** (1975). Son recopilaciones de más de cien artículos sobre la actualidad política de México, sobre mayo del 68 y la represión estudiantil y otros asuntos de carácter social.

Rosario Castellanos recibió varios galardones por su actividad literaria. Merecen destacarse el premio Chiapas en 1958 por su novela **Balún-Canán**, el premio Xavier de Villaurrutia en (1961) por **Ciudad Real**, el Sor Juana Inés de la Cruz 1962 por su **Oficio de Tinieblas**, el Carlos Trouyet de Letras en 1967 y el premio Elías Sourasky de letras en 1972.

En cuanto a las verdaderas causas de su muerte en Tel Aviv, ocasionada por la descarga eléctrica de una lámpara en el momento en que se disponía a tomar un baño, no hay plena certeza. ¿Fue accidente o suicidio premeditado?

Bogotá, 2009

Bibliografía

1. Castellanos, Rosario, Balún- Canán, **Obras Reunidas 1**. México, Fondo de cultura económica, 2005.
2. _____, **Oficio de tinieblas** (Idem).
3. _____, **Ciudad real** (cuentos). Universidad Veracruzana, Xalapa México, 1960.
4. Navarrete Cáceres, Carlos, **Rosario Castellanos, su presencia en la antropología mexicana**. Universidad Autónoma de México, 2007.

5. Lorite Mena, José, **El orden femenino, origen de un simulacro cultural**. Barcelona, Anthropos, 1987.
6. Varios autores, **Historia de la literatura latinoamericana**. Volumen 5. La nueva narrativa latinoamericana. Bogotá, Editorial La Oveja Negra, Ltda, 1985 (Cf. el ensayo sobre José María Arguedas, de Juana Martínez Gómez, págs. 201-216).

LEXICÓN ECONÓMICO SOCIAL Y POLÍTICO

Por

Raúl Alameda Ospina

Nota recordatoria

En este segundo semestre de 2010 se cumplen, exactamente, 37 años de mi vinculación a la Academia Colombiana de la Lengua en calidad de miembro de la Comisión de Vocabulario Técnico, fundada el 20 de septiembre de 1961 por el jesuita Félix Restrepo, Eduardo Guzmán Esponda, Alfredo Bateman, Rafael Torres Quintero y Carlos Restrepo Canal, de la Academia Colombiana de la Lengua; Daniel Mesa Bernal, de la Academia Colombiana de Ciencias; Luis Patiño Camargo, de la Academia Nacional de Medicina y Leopoldo Guerra Portocarrero, de la Sociedad Colombiana de Ingenieros.

Ingresé el 18 de septiembre de 1973 en representación de la Sociedad Colombiana de Economistas, después de mis colegas Álvaro Daza Roa, Eduardo Arias Osorio y Simón Castro Padilla. La Comisión estaba, entonces, conformada por el ingeniero Alfredo Bateman, quien la presidió hasta su muerte, en 1988; por el lingüista Luis Flórez, el escritor Horacio Bejarano Díaz, el poeta Oscar Echeverri Mejía, el médico Laurentino Muñoz y el sacerdote jesuita Jesús Emilio Ramírez, director del Instituto Geofísico de los Andes. Más tarde fueron llegando Fernando Charry Lara, Manuel José Forero, Virgilio Olano, Manuel Briceño Jáuregui S.J. y José María De Mier, de la Academia Colombia de la Lengua; Gustavo Perry y Carlos Julio Cuartas, de la Sociedad Colombiana de Ingenieros; José Francisco Socarras, Héctor Pedraza y Fernando Serpa Flórez, de la Academia Nacional de Medicina y Eduardo Caro Caicedo, de la Academia Colombiana de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales. Es de anotar que los nombrados, con excepción del doctor Carlos Julio Cuartas, hoy decano de la Universidad Javeriana, y mía, todos han fallecido.

Actualmente, la Comisión está integrada por el médico Hernando Groot Liévano en representación de la Academia Nacional de Medicina, el naturalista Santiago Díaz Piedrahita, de la Academia Colombiana de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales; el ingeniero Carlos Sanclemente, de la Academia Colombiana de Historia; el ingeniero Ramón Garavito, de la Sociedad Colombiana de Ingenieros; el abogado Marino Jaramillo, de la Academia Colombiana de Jurisprudencia y el lexicógrafo Edilberto Cruz Espejo, de la Academia Colombiana de la Lengua. Nos acompañó por unos años el lingüista Carlos Patiño Rosselli, ahora presidente de la Comisión de Lingüística.

Sea la ocasión para rendirle a todos un homenaje de respeto y admiración por sus altas calidades, por su constante y fervorosa contribución a los trabajos adelantados durante tantas décadas. Ellos simbolizan el espíritu de generosidad, el ánimo de servir sin el propósito de obtener personales compensaciones de honor y menos de provecho.

El lexicón

Con este boletín van siete en los que se publican los vocablos seleccionados para formar parte del lexicón económico, social y político; cinco dedicados a la letra C, que definitivamente es la de mayor riqueza idiomática en el español.

consustancial. adj. Que forma parte indivisible de la misma naturaleza, sustancia y esencia de otro.

contabilidad. f. Sistema de registro numérico de todas las acciones de cualquier actividad económica, social, política o cultural.

de partida doble. Anotación numérica en dos columnas de toda operación realizada, de tal manera que en el haber se registran el capital de los accionistas, los fondos adquiridos de terceros y en el debe la adquisición de activos fijos y corrientes, el financiamiento de deudores y los gastos normales de operación. Las ganancias o pérdidas resultan de la diferencia de las partidas de ingresos y gastos en un período dado.

económica. La que registra las transacciones comerciales y financieras (compras, ventas, ingresos, pagos, transferencias, etc.) que permiten conocer, controlar y dirigir una empresa.

nacional. Conjunto de cuentas económicas y sociales, sectoriales y regionales, que miden el ingreso, el consumo y la inversión de los distintos agentes de la economía de un país en un tiempo determinado.

social. Relación de costo-beneficio en la satisfacción de las necesidades básicas como alimentación, vivienda, salud, educación, cultura y recreación de la población.

contabilista. m. y f. Persona encargada de llevar los libros de contabilidad.

contador. m. Mecanismo o sistema que indica el resultado de una sucesión numérica o del paso de un fluido. 2. Dispositivo digital que almacena un número y lo aumenta o disminuye en respuesta a una señal de entrada.

contador, ra. m. y f. Profesional encargado de organizar los sistemas contables, certificar balances y dar fe de operaciones y estados contables.

contaminar. tr. Alterar nocivamente la pureza o las condiciones normales de una cosa o un medio por agentes químicos, físicos o biológicos.

contar. tr. Numerar o computar las cosas considerándolas como unidades homogéneas. 2. Poner a alguien en el número, clase u opinión que le corresponde. Ejemplo: Siempre lo he contado entre mis amigos.

contemporáneo, a. adj. Existente en el mismo tiempo que otra persona o cosa. 2. Relativo al tiempo o época en que se vive.

contenedor. m. Embalaje metálico grande y recuperable, de tipo y dimensiones normalizados internacionalmente y con dispositivos para facilitar su manejo.

contenido. m. Tabla de materias, a modo de índice. 2. Cosa que se contiene dentro de otra.

conteo. m. Cálculo, valoración.

contestador automático. m. Aparato que conectado al teléfono, emite automáticamente mensajes grabados y registra las llamadas recibidas.

contestatario, ria. adj. Persona que polemiza, protesta o se opone, a veces violentamente, contra lo establecido.

contexto. m. Conjunto de circunstancias geográficas, políticas, sociales o culturales dentro de las cuales se estudia y valora un hecho.

continente. m. Cosa que contiene en sí a otra. 2. Cada una de las grandes extensiones de tierra separadas por los océanos.

contingente. f. Posibilidad de que algo suceda o no suceda. 2. Cuota que se señala a un país o a un empresario para la importación de determinadas mercancías. 3. Aporte que hacen varios interesados para la realización de un propósito.

continuidad. f. Unión natural que tienen entre sí las partes del continuo. 2. Cualidad o condición de las funciones o de las transformaciones continuas.

continuismo. m. Tendencia a prolongar indefinidamente un poder constituido.

continuo, nua. adj. [Función] Que cambia de valor gradualmente con el de la variable independiente.

contra. f. Movimiento de oposición violenta organizado por los Estados Unidos al Gobierno revolucionario de Nicaragua de los años ochenta del siglo XX.

contrabando. m. Importación o exportación de bienes sin el lleno de los requisitos legales o sin el pago de los derechos de aduana. 2. Importación o exportación de bienes prohibidos.

contracción. f. Fenómeno en el que la producción, las ventas, el consumo y los precios se reducen, luego de un periodo de expansión.

contracorriente. f. Opinión o acción contraria a la predominante.

contracultura. f. Movimiento social o conjunto de ideas surgido en la década de los sesenta del siglo XX en los Estados Unidos de América que rechazó la forma de vida y los valores establecidos.

contradicción. f. Ley que rige la existencia de las cosas como unidad de contrarios, de tal manera que a una afirmación corresponde una negación.

contraer. tr. Asumir obligaciones o compromisos.

contraguerrilla. f. Tropa organizada para combatir la guerrilla.

contrainsurgencia. f. Operación militar o política para sofocar un movimiento contrario a la ley.

contrainteligencia. f. Organización o conjunto de técnicas utilizadas por un gobierno o partido para contrarrestar el espionaje.

contralor, ra. m. y f. Funcionario de nivel local, regional o nacional que examina las cuentas y la legalidad de los gastos oficiales.

contraloría. f. Órgano público o privado, encargado de vigilar el uso de los recursos y de comprobar que los gastos correspondan a lo presupuestado.

contraofensiva. f. Respuesta activa al ataque enemigo.

contraoferta. f. Propuesta que se hace frente a otra anterior.

contraparte. f. Persona o interés opuesto en un contrato, juicio o debate.

contrapartida. f. Asiento que se hace para corregir algún error o equivocación cometidos en la contabilidad por partida doble. 2. Fondo que uno de los contratantes debe poner como compensación del que recibe del otro.

contrapeso. m. Cosa que se considera y estima suficiente para equilibrar o moderar otra.

contraprestación. f. Compensación que una de las partes contratantes ha recibido o debe recibir por lo otorgado de la otra.

contraproducente. adj. [Dicho, acto, cosa] Que tiene efecto opuesto a lo que se intenta o hace.

contrapunto. m. Contraste entre dos o más cosas coexistentes.

contrario, ria. adj. [Acción, persona, cosa] Que por su naturaleza o circunstancia se opone a otra.

contrarreforma. f. Movimiento religioso, intelectual y político destinado a combatir la reforma protestante inspirada por Mark Lutero en el siglo XVI. 2. Legislación o movimiento que busca modificar un beneficio alcanzado.

contrarréplica. f. Respuesta dada a una réplica.

contrarrestar. tr. Hacer oposición o neutralizar el efecto de algo.

contrarrevolución. f. Reacción violenta a una revolución.

contraseguro. m. Contrato por el que el asegurador se obliga, en ciertas condiciones, a devolver al asegurado las primas entregadas por éste.

contrasentido. m. Acción, actitud, comportamiento, interpretación, etc., que carece de lógica o de sentido natural.

contrastar. tr. Comparar dos o más cosas para comprobar su exactitud, autenticidad o diferencia.

contraste. m. Oposición o diferencia notable que existe entre personas o cosas.

contratar. tr. Pactar, convenir o acordar con alguien la prestación de un servicio, la ejecución de una obra o la compraventa de un bien.

contratante. adj. Persona que paga a otra para que ejecute un contrato.

contratista. m. Persona que es contratada por otra para prestar un servicio.

contratiempo. m. Accidente o suceso inoportuno que obstaculiza o impide algo o su normal funcionamiento.

contrato. m. Pacto o convenio, oral o escrito, en el que una o varias personas se obligan recíprocamente a hacer o no hacer algo y a cuyo cumplimiento pueden ser compelidas.

bilateral. Acuerdo entre dos naciones para regular el intercambio de bienes y servicios, mediante el establecimiento de cuotas, encaminado a evitar fuertes fluctuaciones que afecten a productores o consumidores, según el caso. Ejemplo: si el precio sube demasiado, se aumenta la cuota para defender al consumidor; si el precio baja mucho, se reduce la cuota para defender al productor.

consensual. El que se perfecciona por el solo consentimiento sin necesidad de texto escrito.

de alquiler o arrendamiento. El que por un canon y por un tiempo dado se cede el uso y disfrute de un bien.

de aparcería. El que obliga a ceder temporalmente un terreno a cambio de una participación en los beneficios generados por su explotación.

de arbitraje. Compromiso de someter a la decisión de uno o varios árbitros la solución de una controversia presente o futura, que obliga a cumplir la resolución arbitral e impide llevar el asunto ante jueces o tribunales.

de comodato. m. Préstamo de uso, con la obligación de devolver la cosa prestada en un determinado plazo.

de compraventa. m. El que tiene por objeto la entrega de una cosa a cambio de un determinado precio.

de corretaje. El propio de la bolsa de valores, en el que una de las partes se obliga a facilitar o promover, a cambio de una comisión, la celebración de un contrato entre la otra parte y una tercera.

de cuenta corriente. Acuerdo entre dos personas naturales o jurídicas que tiene por objeto la liquidación, en una fecha señalada, de los créditos recíprocos.

de obra. El que establece la clase de trabajo, sus especificaciones básicas, el valor, el plazo de entrega y las sanciones por incumplimiento.

de sociedad. El que obliga a dos o más personas a aportar en dinero, bienes y/ o servicios para el logro de un fin común, generalmente lucrativo.

leonino. El que establece sin compensaciones deberes exagerados a una de las partes.

multilateral. El suscrito entre varios países para realizar actividades comunes de carácter económico, político, militar o cultural.

real o con garantías reales. El que requiere, a más del consentimiento, garantías tales como depósito, prenda o hipoteca.

unilateral. El que establece obligaciones para una de las partes.

contravenir. Intr. Obrar en contra de lo que está mandado.

contribución. f. Carga o cuota que se paga al Estado o a una organización privada para la realización de un fin determinado.

directa. La que pesa sobre personas, rentas o bienes definidos.

indirecta. La que grava la producción, el comercio y el consumo.

parafiscal. Pago a entidades públicas o privadas con el fin de fomentar actividades relacionadas con el bienestar social.

contribuyente. com. Persona obligada por ley al pago de contribuciones e impuestos.

control. m. Función de vigilar, comprobar, inspeccionar, fiscalizar e intervenir la ejecución de algo para que se haga de acuerdo con lo debido.

de calidad. Técnica utilizada para conseguir que un producto o servicio salga al mercado con las más altas especificaciones, eliminando las unidades que no las reúnen.

de cambios. Organismo o norma encargados de regular o fijar el precio de las monedas extranjeras y de orientar el gasto interno y externo de las divisas, buscando el superávit o el equilibrio de la balanza de pagos.

de natalidad. Política y medidas que buscan reducir la tasa de crecimiento de la población, limitando los nacimientos.

de precios. Fijación gubernamental del valor de los bienes y servicios, generalmente por razones sociales o políticas.

remoto. Dispositivo que regula a distancia el funcionamiento de un aparato, mecanismo o sistema.

controversia. f. Discusión de opiniones opuestas entre dos o más personas.

contundente. adj. [Argumento, razón, prueba] Que no deja lugar a duda.

conurbación. f. Conjunto de núcleos urbanos, inicialmente independientes y contiguos por sus márgenes, que al crecer acaban formando una unidad.

convalidar. tr. Confirmar o revalidar especialmente los actos jurídicos. 2. Dar validez académica a estudios aprobados en otro país, institución, etc.

convención. m. Asamblea de los representantes de varios países para decidir sobre asuntos de importancia internacional. 2. Reunión general de un partido o agrupación para fijar programas, elegir candidatos o resolver otros asuntos.

colectiva de trabajo. Pacto entre trabajadores y empleadores, producto de la discusión de un pliego de peticiones presentado por los trabajadores.

convenio. m. Acuerdo entre dos o más personas sobre un determinado asunto.

conventículo. m. Junta ilícita y clandestina.

conversatorio. m. Reunión concertada para tratar una materia.

converso, sa. adj. [Persona] Que abandona sus ideas para pasarse a las contrarias.

convertibilidad monetaria. f. Condición de las monedas para ser cambiadas por oro o por las de otro país.

convicción. f. Idea política, religiosa o ética a la que se está fuertemente adherido.

convicto, ta. adj. [Persona] Que es declarada culpable por habersele comprobado el delito del que se le acusa.

convite. m. Reunión de personas de una comunidad que realizan solidariamente un trabajo y en la que el beneficiario ofrece bebida y comida.

convivencia. f. Capacidad de vivir en armonía con otros. 2. Reunión hecha por colegios, empresas, etc. para activar y mejorar las relaciones interpersonales.

convocar. tr. Citar a una o más personas para que asistan a un acto en un lugar señalado.

convocatoria. f. Acto por medio del cual se cita a un grupo de personas con un interés determinado para participar en concursos, acciones, celebraciones, etc.

convoy. m. Reunión de vehículos, generalmente escoltados, que realizan un viaje.

convulsión. f. Situación violenta provocada por la acción de grupos políticos o sociales que alteran la normalidad de la vida colectiva.

coñac. m. Aguardiente de graduación alcohólica muy elevada, obtenido por la destilación de vinos flojos y añejos en toneles de roble, imitando el procedimiento usado en Cognac, región francesa.

cooperar. intr. Unir a la acción propia la de otra u otras personas con el fin de producir un resultado común favorable.

cooperativa. f. Asociación sin ánimo de lucro de personas que aportan ahorro, trabajo o bienes para satisfacer sin intermediarios, comunes necesidades de producción, consumo, crédito, educación, salud, recreación, etc. y no de utilidades de capital. Su origen se remonta a 1844 en la ciudad de Rochdale en Inglaterra.

cooperativismo. m. Movimiento que pretende una organización social y económica distinta a la capitalista.

cooptar. tr. Llenar las vacantes que se producen en el seno de una corporación mediante el voto de sus integrantes.

coordenada cartesiana. f. Cada una de las rectas que son paralelas a cada uno de los dos ejes en referencia, trazados sobre un plano, o alguna de las intersecciones de tres planos, con respecto a los cuales se determina la posición de un punto del espacio por las longitudes de dichas rectas, contadas desde los ejes o planos no paralelos a ellas.

coordinación. f. Acción que busca armonizar las actividades y las cosas, de tal manera que no se opongan entre sí.

copartidario, ria. adj. [Persona] Que pertenece al mismo grupo, movimiento o partido.

copernicanismo. m. Movimiento que sigue las teorías heliocéntricas del astrónomo Nicolás Copérnico nacido en Polonia en 1473, según las cuales la tierra y los demás planetas giran alrededor del sol.

coproducción. f. Producción de cine, televisión, música o teatro hecha entre varias empresas nacionales o extranjeras.

copropiedad. f. Bien o servicio poseído por dos o más personas o entidades.

coque. m. Combustible sólido, ligero y poroso que resulta de calcinar ciertas clases de carbón mineral.

coral. m. Animal marino que vive en colonias calcáreas de color rojo. 2. Roca integrada por estas colonias.

coralífero, ra. adj. Dicho del fondo del mar, de las rocas, de las islas, etc.: Que tienen corales.

corán. m. Libro fundamental de la religión musulmana que contiene las revelaciones de Alá a Mahoma.

corcho. m. Tejido vegetal impermeable y elástico que se extrae de la corteza del alcornoque.

cordillera. f. Serie de montañas enlazadas entre sí.

cordón sanitario. m. Conjunto de elementos, medios, disposiciones, etc., que se organizan para detener la propagación de epidemias, plagas, etc.

corifeo. m. Persona seguidora de otras en razón a su opinión, ideología o partido.

corolario. m. Proposición que no necesita prueba particular, sino que se deduce fácilmente de lo demostrado.

corona. f. Moneda de oro o plata que circuló en distintos países en épocas remotas. 2. Gobierno monárquico.

corporación. f. Empresa, normalmente de grandes dimensiones, en especial si agrupa a otras menores. 2. Entidad multinacional, generalmente de carácter financiero, formada con los aportes de los países miembros y al servicio de ellos. *Corporación Andina de Fomento, Corporación Financiera Internacional.*

corporativismo. m. Doctrina política fundamentada en la organización tripartita del Estado, los empresarios y los trabajadores. 2. Tendencia a la defensa abusiva de los intereses de las corporaciones.

corpus. m. Conjunto extenso y ordenado de hechos, conceptos, textos o datos que constituyen la base de una investigación.

corpúsculo. m. Cuerpo muy pequeño.

correa de transmisión. f. La que transmite el movimiento rotativo de una rueda o polea a otra.

correccional. f. Establecimiento en el que por medio de la educación y el trabajo, se pretende modificar la conducta de los delincuentes.

correctivo, va. adj. [Política, medio, método] Que atenúa o subsana.

NUEVOS TEMAS EN RIMAS PEDAGÓGICAS

Por

Santiago Díaz Piedrahita

El empleo de palabras o frases sujetas a medida y cadencia o simple cadencia como método de enseñanza es muy antiguo. Don Antonio de Nebrija ya empleaba esta modalidad para divulgar las normas gramaticales y en todas las lenguas aparecen manifestaciones remotas de la utilización de los versos como una herramienta pedagógica.

Sobre este curioso tema me he ocupado en dos oportunidades. Una primera contribución titulada: *La poesía pedagógica como género literario en Colombia*, apareció en el tomo 58 (números 237-238, páginas 48 a 70 del año 2007) del Boletín de la Academia Colombiana. Meses después salió a la luz el libro: *La Poesía Pedagógica en Colombia. Antología Comentada*, en cuyas páginas se recoge una amplia selección de este género literario. Con posterioridad a la aparición de estos trabajos he encontrado algunas rarezas que considero merecen ser divulgadas para complementar la información sobre esta pintoresca materia en la literatura colombiana.

La primera de las curiosidades que traigo a consideración corresponde a un raro opúsculo titulado *Florilegio de proverbios filosóficos*, obra publicada en 1885 en Bogotá. El segundo tema surge del fragmento de un poema nemotécnico mayor, que de acuerdo con la fuente, fue utilizado a lo largo del siglo XIX, para ayudar a los estudiantes a memorizar las lecciones de anatomía en el Hospital de San Juan de Dios de Bogotá. La tercera curiosidad es un soneto elaborado para hacer crítica social y política cuyos versos, llenos de ironía y cargados de un humor acibarado incluyen una apretada síntesis de nuestra historia. En cuarto lugar se trata de una obrilla algo ingenua y un tanto elemental escrita en un folletín manuscrito que se trata un tema peculiar: versos útiles para memorizar las señales del alfabeto de Morse. Si desde el punto de vista literario resulta modesta, desde el punto de vista práctico conserva su vigencia en el campo de las comunicaciones.

Como se destacó en ocasiones anteriores, la poesía pedagógica tiene como único objeto la enseñanza. Se trata de un género literario menor que se vale del ritmo y la medida para transmitir conocimientos, educar e instruir a través de los versos. Esta modalidad alcanzó, en el curso del siglo XIX, un notable desarrollo en Colombia y mantuvo su utilización como herramienta de enseñanza durante la primera mitad del siglo XX. En el mundo actual tiende a desaparecer, aunque en forma

esporádica surgen algunos cultores que se valen de los versos como una herramienta didáctica.¹

I. Los proverbios de Próspero Pereira Gamba

Próspero Pereira Gamba fue un inquieto intelectual nacido en Bogotá el 16 de diciembre de 1825. Fueron sus padres Francisco Pereira y María de la Paz Gamba miembros ambos de destacadas familias. En 1847 obtuvo el título de abogado en el Colegio de San Bartolomé. A lo largo de su vida se desempeñó como hombre público y como periodista. Entre los cargos que ocupó cabe mencionar los de Secretario del Interior y Relaciones Exteriores, Secretario de Gobierno de Cundinamarca, congresista por Bogotá, fiscal provincial en Fusagasugá, Encargado de negocios en Lima y Río de Janeiro y cónsul en varias ciudades europeas. Fue redactor de *El Observador*, *El Tiempo*, y *El Vapor*, periódicos en los que dio a la luz muchos artículos de opinión y amenos cuadros de costumbres y reminiscencias de antaño que contaban con gran acogida entre los lectores. Hizo parte de un grupo literario llamado *Los Mosaicos*. Entre sus obras, aparte de los Proverbios que comentamos adelante, merecen mencionarse: *Ángel Ley*, *Tratado sobre el principio de Igualdad*, *Poesías*, *Ensayos líricos, descriptivos y dramáticos*, *Aquimín Zaque o la conquista de Tunja*, *Amores de estudiante*, *Trabajo científico del muy eminente médico granadino doctor Antonio Vargas Reyes* y *La invasión de Ibagué en 1605*. Luego de una meritísima vida el doctor Pereira Gamba murió el 2 de septiembre de 1896 en Fusagasugá.

En 1885 dio a la luz el *Florilegio de proverbios filosóficos*. A manera de prólogo incluyó una misiva del obispo José Telésforo Paul en la que se define acertadamente la naturaleza de los versos y rimas que agrupa este curioso opúsculo. Dice así el arzobispo:

*Los proverbios en todas las naciones han sido la expresión breve y feliz del buen sentido del público, y al mismo tiempo escuela en que se aprenden lecciones de verdadera sabiduría. Muchas y graves y expresadas con claridad ha reunido usted en su Florilegio que he leído con gusto. De él creo que sacarán los que lo lean y confíen a la memoria sus lecciones, ideas buenas y sanas que han de corregir no pocos errores de la época actual. Deseándole a usted tan feliz resultado de este trabajo práctico y literario, me es grato repetirme, su seguro y atento servidor.*²

En el proemio señala el autor que los doscientos cincuenta proverbios que ofrece al público son el fruto de su experiencia y conocimientos, por lo que los hay originales, vertidos e imitados, pues acontece que cualquier ocurrencia o circunstancia puede enseñar una verdad; por ello su compilación contiene una suma de filosofía adquirida más de la observación de los hombres que de los libros y que va

1 Véase al respecto: Díaz Piedrahita, S. *La Poesía Pedagógica en Colombia. Antología Comentada*. Academia Colombiana de la Lengua, Bogotá D.C. 2007.

2 Pereira Gamba, P. *Florilegio de proverbios filosóficos*. Imprenta de Zalamea Hermanos, Bogotá, 1885.

desde la antigüedad hasta el presente y desde los clásicos de la antigüedad hasta César Cantú en su obra *Riflessi di un popolano*.

A diferencia de cualquier colección de máximas, Pereira procuró recoger, en forma sencilla y clara, versos atractivos tanto para niños como para jóvenes y ancianos; se trata de mensajes versificados, fáciles de memorizar, edificantes y provechosos en su contenido. El autor considera que este tipo de versos además de verdaderos resultan bellos y útiles y que aunque puedan carecer de rigor científico conllevan belleza literaria y contenido moralista. Para su publicación Pereira los ordenó en cuatro grupos que a su juicio cubren las principales ramas de la filosofía así: *deontología* o filosofía de la moral, *diceología* o filosofía del derecho, *plutología* o filosofía de la utilidad, *ontología* o filosofía de la realidad. Además incluyó una antología o miscelánea con máximas versificadas dedicadas a la educación o a la literatura.

Para mostrar los atributos de esta obra hemos seleccionado los siguientes proverbios:

Es el error durísimo tirano
Y el más fatal para el linaje humano.

Un buen consejo al que seguirlo sabe
Es de un tesoro la segura llave.

El propio corazón, libre y sincero,
Es el único amigo verdadero.

Es mejor el honor que los honores,
Como es mejor el fruto que las flores.

La sinrazón, que se alza con alarde
Si a la razón afronta, huye cobarde.

Quien no ha sufrido, ni sagaz ni fuerte,
Laméntese de sí, no de la suerte.

Defecto, exceso, abuso y artificio,
Son sin dudar, los gérmenes del vicio.

Lo que la fuerza y la pasión no pueden
La paciencia y el tiempo lo conceden.

A las pasiones quitan su violencia
Trabajo, tiempo, variedad y ausencia.
Con la mentira irán siempre de viaje
Dobles, adulación, fraude y pillaje.

La rebelión se evita o se reduce
El motivo quitando que la induce.

Vale poco el saber al gobernante
Que la moral el código quebrante.

Fallo arbitral en hombres y naciones
Hace apacibles todas las cuestiones.

Mujer que en la política interviene
Mal con su sexo y condición se aviene.

No todo acto legal es justiciero,
Ni todo juez sui interprete severo.

Fácil cosa es hacer un buen proyecto,
Lo que es difícil es llevarlo a efecto.

Pagar las deudas es deber sin duda;
Pero es justo al deudor prestarle ayuda.

El pródigo impaciente sólo espera
Que el rico padre, sin tardanza muera.

Consumo y producción: he aquí do empieza
El génesis social de la riqueza.

Contra el esplín, la tentación y el tedio
Es el trabajo el eficaz remedio.

Aparentar cual ricos y pudientes
A los pobres transforma en indigentes.

Hoy un huevo, no más, en la cocina
Es mejor que mañana una gallina.

Si el capital aumenta, es necesario
Subir con él la cuota del salario.

El arte sin la ciencia no adelanta,
Ni la teoría sin práctica de implanta.

Si hoy el obrero en trabajar se afana
Artífice y patrón será mañana.

Vale mucho un sermón dicho en el templo;
Pero más aprovecha un buen ejemplo.
El tiempo, el desengaño y la experiencia
Dan la virtud y el don de la prudencia.

Cuando entra el diablo en un hogar cualquiera,
Es muy difícil el sacarlo fuera.

Hace el vicio al pudor su cortesía
Por medio de la astuta hipocresía.

Hasta que el hombre al túmulo desciende
Algo nuevo diariamente aprende.

Más vale un hecho de verdad notoria
Que cien frases de espléndida oratoria.

II. Un poema para aprender anatomía

El notable médico e historiador Pedro María Ibáñez en sus *Crónicas de Bogotá* nos recuerda como el padre Miguel de Isla se valía de los versos para enseñar el sistema nervioso. Señala Ibáñez que Isla fue el fundador de los estudios de anatomía práctica en nuestro medio. Con anterioridad a sus cursos los textos se centraban en la memoria. El buen fraile hospitalario enseñaba la anatomía valiéndose del libro de Laurencio Heister y haciendo disecciones sobre los cadáveres en el rudimentario anfiteatro del viejo Hospital de San Juan de Dios de Bogotá. Años después, y en forma casual, llegó a manos de don Guillermo Pereira Gamba un cuaderno de apuntes de uno de los discípulos de Isla. Nos recuerda Ibáñez el incidente así:

[Pereira Gamba] se tomó el trabajo de trasladar la dura prosa a verso, siguiendo la regla de Nebrija, en su Arte Latino, "para facilitar el aprender de memoria cuestiones difíciles". Insertamos al acaso una de las estrofas del doctor Pereira que han permanecido inéditas.

Infortunadamente Ibáñez, por razones de espacio no incluyó sino este fragmento seleccionado al azar, por lo que quedaron en el olvido los demás versos del doctor Pereira, que junto con otros del doctor José Félix Merizalde, son los únicos conocidos en nuestro medio para enseñar temas médicos o de salud pública. A continuación se reproduce en citado fragmento:³

NEUROLOGÍA

El nervio es un cordón blanco
Que naciendo en el cerebro
El espíritu animal
Conduce por todo el cuerpo,

3 Ibáñez, Pedro María. *Crónicas de Bogotá* Biblioteca Popular de Cultura Colombiana 2: 276. 1951.

Para prestar a sus partes
 El sentido y movimiento
 De la medula oblongada.
 Nacen diez pares de nervios:
 El olfatorio que pasa
 Por los ternios agujeros,
 Del hueso criboso, y forma
 Los papilares procesos.
 El par óptico o visorio
 Al salir hace un crucero,
 Y caminando construye
 La retina en sus extremos.

.....

Cuenta Joaquín Ospina en su célebre Diccionario⁴ que don Guillermo, nació en Cartago y vivió muchos años en el Cauca donde fue delegado a la Junta Preparatoria de la Legislatura del Estado. Había estudiado Derecho en la Universidad del Cauca y fue miembro de las cámaras provinciales del Chocó, vicepresidente de la Cámara de Diputados en 1863, representante, senador, ministro en varias carteras, procurador general y Jefe Municipal de Cali. Pereira se caracterizaba por su genio festivo y su agudeza, motivos por los cuales versificaba con facilidad, facilidad que le permitió hacer las rimas que comentamos. El 2 de agosto de 1896 falleció en la población de Dos Quebradas.

Por su manufactura, los citados versos de Pereira Gamba traen a mi recuerdo unas rimas de autor anónimo, de factura humorística, un tanto picante y que, por el conocimiento del tema y la ironía manifiesta, bien podrían ser obra del doctor el Hernando Martínez Rueda, de quien nos ocuparemos a continuación. Dicen así los mencionados versos.

Si quieres que yo te quiera,
 Y te jure amor eterno,
 Actívame las dendritas
 Del nervio pudiendo interno.

III. Un soneto burlesco con contenido didáctico

Hernando Martínez Rueda, más conocido como Martínón fue un reconocido intelectual graduado en medicina y dotado de enormes facultades poéticas. Entre sus obras figura un irónico soneto que en sus rimas recorre el pasado y con amargura dibuja el presente de nuestro país. Aunque es más satírico que pedagógico, implica un buen conocimiento histórico y quien lo lee hace un rápido recorrido de sucesos básicos de nuestro pasado común. Dicen así las ingeniosas rimas:

4 Ospina, Joaquín, Diccionario biográfico y bibliográfico de Colombia. Editorial Águila, Bogotá, 3: 269. 1939.

HISTORIA DE COLOMBIA

Estas que alguien llamó Nueva Granada,
Tierras entre dos mares comprendidas
Las descubrió Rodrigo de Bastidas,
Las conquistó Jiménez de Quesada.

Fue colonia; por verla anticipada
Torres, Caldas, cien más dieron sus vidas.
Fue Gran Colombia, un breve instante unidas,
Las hijas de Bolívar y su espada.

Tuvo odores, repúblicos, virreyes;
Tuvo oro, tuvo letras, tuvo leyes;
Hay un cóndor y un istmo en el escudo.

Hoy de esas aves nos espanta el vuelo;
Huyó el oro; es el istmo ajeno suelo
Y nos queda una ley: la del embudo

IV. Rimas nemotécnicas para aprender un código de comunicación

La última curiosidad literaria encaja perfectamente en el tema de la poesía pedagógica. Se trata de unos cuantos versos que sirven para enseñar el alfabeto de señales de Morse, empleado aun para enviar mensajes con la ayuda de banderines o con emisiones de luz o de radio. Los versos fueron compuestos por Jesús Peinado R, quien los dedicó a uno de sus compañeros con la siguiente dedicatoria:

“Para el señor Capitán Don Juan R. Araque, para que se acuerde de su autor.”

Ignoramos quien fue Jesús Peinado. Este apellido es poco común en nuestro medio al punto que en la guía telefónica de Bogotá no sobrepasa los treinta nombres. En décadas posteriores a 1910 el operario del tiovivo o carrusel del Parque de la Independencia llevaba este apellido y era popular entre los niños que montaban los caballos del artificio giratorio, quienes se esforzaban tratando de engarzar unos anillos, péndulos de unos hilos, por medio de una vara; aquel que lograra la difícil proeza de ensartar uno de los esquivos aros adquiriría el derecho a una nueva ronda de vueltas o de giros en forma gratuita. Esto dio lugar al dicho popular: *ánimo señor Peinado*, utilizado por algunos de quienes entonces fueron niños para infundir ánimos. En su momento la exclamación era gritada entusiastamente por los infantes con el fin de lograr mayor velocidad y así tener más probabilidades de alcanzar los anillos. Cabe la posibilidad de que el operario fuese el autor de las rimas nemotécnicas o el padre del ingenioso rimador.

Estos versos, inéditos hasta ahora, se conservan en un pequeño cuadernillo de seis hojas, escrito de puño y letra de su autor y con un dibujo en la portadilla en el que aparecen dos militares uniformados accionando las banderas de señales en las posiciones de listo y punto y raya. Seguramente Jesús Peinado hubo de

aprender el citado alfabeto y lo debió utilizar repetidamente como soldado o telegrafista. Por ello ingenió los versos que se transcriben para facilitar el aprendizaje entre sus futuros colegas.

Esta pequeña obra carece de valor poético pero sirve como testimonio de un método, rimado y acompasado, empleado en algunos cuarteles de nuestro país durante la primera mitad del siglo XX para enseñar el alfabeto de señales. Hoy existen sistemas de comunicación, modernos y sofisticados, que se valen de la electrónica para enviar señales y mensajes de índole militar. A pesar de su eficiencia, estos métodos pueden ser detectados por los adversarios. Por esta razón, y valiéndose de claves, el alfabeto ideado por S. F. B. Morse y que se vale de un código de rayas y puntos, se sigue empleando a través de banderines o de luces. Quizás algún futuro operario de comunicaciones encuentre utilidad en este reglamento, cuyos versos, por su ritmo y medida, le servirán para memorizar el alfabeto o semáforo de señales. El texto comentado indica:

“Anexo al Reglamento de Semáforo o las Señales del Alfabeto Morse

- | | | | |
|--------------------------------------|---------------|--|--|
| A ._ B ... C _. | Che __ | Se escribe A con punto raya,
La B , con raya y tres puntos,
Raya punto y raya punto
Son los signos de la C ,
Cuatro rayas en conjunto
Demuestran también la Che . | |
| D _. | E . | Raya y dos puntos se exhiben
Al representar la D .
Con un punto siempre escriben
En “semáforo” la E . | |
| F .. | G _. | Dos puntos y raya punto
La F nos representa.
La G con dos rayas punto
La reciben en la cuenta. | |
| H | I .. | J . _ _ _ | La H tiene cuatro puntos,
La I dos puntos no más.
La J punto y tres rayas,
No se confunde jamás. |
| K _. | L _. | | Raya punto y raya expresa
El sonido de la K .
Con punto raya y dos puntos
La L descrita está. |
| Ll _ _ _ | M _ _ | N . _ | Raya tres puntos y raya,
Son de la Ll señal,
La M tiene dos rayas, |

	La N con punto y raya Tiene su signo cabal.
Ñ _ _ . _ _	Forman en semáforo Ñ Dos rayas punto y dos rayas, Está bien que así se enseñe En los montes y en las playas.
O _ _ _ P . _ _ .	Son tres rayas en conjunto Las que significan O . Con punto dos rayas punto La P descrita quedó.
Q _ _ . _ R . _ .	Q dos rayas punto y raya Forman el signo completo. Punto raya y punto es R Que es la inicial de respeto.
S ... T _ U .. _	La S lleva tres puntos La T una raya solita, U dos puntos y rayita, Sin entrar en más asuntos.
V ... W _ _ _	Tres puntos y raya tiene La V como consonante La u doble poco distante Con punto dos rayas viene.
X _ . _ _ Y _ . _ _	Raya dos puntos y raya Es de la X señal Y griega no queda mal Con raya punto y dos rayas.
Z _ _ _ .	Z dos rayas dos puntos. Y se acabó el alfabeto Con los números adjuntos Se termina este folleto.
1 . _ _ _ _ 2 .. _ _ _	Uno , es punto y cuatro rayas Escritos con claridad; Dos , dos puntos y tres rayas Como muestra la equidad.
3 ... _ _ 4.... _	Tres puntos dos rayas, Tres , Cuatro puntos una raya Marca el Cuatro en esta vez
5 6 _....	El Cinco sin gran trabajo Los mismos puntos indica;

- El seis, raya y cuatro puntos,
No entorpece ni complica.
- 7 _ _ ... Con dos rayas y tres puntos
Se escribe el número **siete**;
Esto en nada compromete
La claridad del conjunto.
- 8 _ _ _ .. 9 _ _ _ _ . 0 _ _ _ _
- Tres rayas dos puntos **ocho**.
Cuatro rayas punto, **nueve**;
Y con esto y un bizcocho,
Cinco rayas, **Cero** lleve.
- . _ _ _
- Con punto raya y tres puntos,
Se pone el signo de **Espera**;
En todos estos asuntos
La señal es con bandera.
- _ _ _ . _ _
- Tres puntos, raya y un punto,
Y otra raya significa,
Llamada "**Semaforística**"
En el reglamento adjunto.
- _ . _ _
- Raya punto y otra raya
Es de invitación **señal**,
Pero que nadie se vaya
Y no comunique mal.
- _ _ _ _
- Raya tres puntos raya,
Dicen que es **separación**;
Y siete puntos seguidos
Signo de "**equivocación**".
- Describir círculo grande
Delante del cuerpo erguido,
Quiere decir el que mande
Que sí lo tiene entendido."

**PROGRESOS Y ESCOLLOS DE LA POLÍTICA
DE HISPANIZACIÓN LINGÜÍSTICA DESARROLLADA
EN EL NUEVO REINO DE GRANADA**

Por

Roger Pita Pico*

El hombre blanco buscó trasplantar en América el régimen social, económico y político vigente en la Europa de su época. Para apuntalar ese control social fue evidente un proceso de aculturación en donde el agente dominador infundió su concepción y sus valores a través de su lengua, su religión, su tradición y sus costumbres. Entre tanto, el acervo cultural de las comunidades indígenas, acumulado desde tiempos inmemoriales, se vio críticamente minado y con tenues expectativas de supervivencia. Tanto la Corona como la Iglesia se valieron de todo un sustento jurídico para justificar esa imposición cultural.

La localización estratégica del Nuevo Reino de Granada propició la confluencia de variadas tendencias culturales y lingüísticas en su territorio¹. Esa pluralidad de lenguas fue, en épocas de Conquista, un arma valiosa para los indígenas; sin embargo, para el hombre europeo se convirtió en una complicación que debió franquear.

En los contactos iniciales entre españoles y americanos se intentó la comunicación a través de gestos y señas. Posteriormente, los intérpretes indígenas se constituyeron en el primer eslabón de contacto entre los dos mundos dialectales: una especie de intermediarios culturales.

La nota predominante en los primeros años de coloniaje español fue la constante polémica entre quienes abogaban porque los nativos aprendieran los dogmas católicos en su propia lengua y quienes pensaban que ese mensaje debía transmitirse a través del habla de los conquistadores. Al final, nunca afloró pleno consenso sobre este asunto, suscitándose, en consecuencia, continuos cambios,

* Miembro Correspondiente de la Academia Colombiana de Historia.

1 Humberto Triana y Antorveza. *Las lenguas indígenas en la historia social del Nuevo Reino de Granada*. Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1987, p. 8.

retrocesos e inconsistencias en la política lingüística conforme a las reacciones y circunstancias de cada coyuntura.

El mensaje divino en voz indígena

En los tiempos de Conquista, la asimilación de las lenguas nativas ocurrió a veces por la vía forzosa, cuando algunas españolas o españoles eran raptados o tenidos como rehenes entre las tribus indígenas, adquiriendo las costumbres y formas comunicativas de estas culturas americanas.

La otra alternativa respondía al interés explícito de la Iglesia en lograr que los religiosos aprendieran las lenguas indígenas como requisito previo para la evangelización. La Corona emitió en 1574, 1580, 1609 y 1618 sendas cédulas reales dirigidas a ese propósito². Se llegó incluso a elaborar catecismos en lengua aborigen y a exigir exámenes a los curas como requisito previo para obtener algún beneficio eclesiástico. No obstante, la inmensa variedad de dialectos y los incipientes recursos impidieron que estas metas se cumplieran a cabalidad. Ante estas limitaciones, se pensó que habría mayor impacto si se dominaban y sistematizaban las denominadas lenguas generales; es decir, aquellas que se usaban en provincias extensas como ocurría con la lengua chibcha; no obstante, esto implicaba que muchos dialectos se quedaran por fuera de esa estrategia.

El Concilio de Trento, reunido en 1563, había abogado por una actitud más comprensiva hacia las lenguas vernáculas de América. En las Constituciones Sinodales mandadas a promulgar en 1606 por el arzobispo de Santa Fe, don Bartolomé Lobo Guerrero, se empezó por aceptar los exiguos resultados obtenidos en materia de evangelización en los 65 años de presencia hispánica en estos territorios. Por lo tanto, se ordenó a los curas so pena de excomunión que dentro de dos meses debían enseñar a los naturales a través de la lengua mosca, que hacía poco había sido traducida. La otra meta propuesta consistía en escoger a los más destacados intérpretes indígenas para que se dieran a la tarea de traducir el Catecismo de Lima a fin de que fuera entendido por los nativos. A los curas se les fijó un plazo perentorio de cuatro meses para aprender la lengua de los indios o de lo contrario serían removidos de sus doctrinas³. Bastante diligente se mostró este prelado en hacer respetar estas normas y prueba de ello es que no dudó en reprobar a algunos franciscanos y dominicos de la jurisdicción de Santa Fe y Tunja declarando vacos sus curatos, entre los cuales se pueden mencionar los de Zipacón, Facatativá, Tibasosa y Tinjacá⁴.

2 *Recopilación de Leyes de los Reynos de las Indias*. Madrid, Ediciones Cultura Hispánica, 1973, tomo I, pp. 25-26.

3 *Constituciones Sinodales del Sínodo de 1606 celebradas por don Bartolomé Lobo Guerrero*. En: *Eclesiástica Xaveriana*, Vol. V, Bogotá, Pontificia Universidad Javeriana, 1955, pp. 157-158.

4 Luis Carlos Mantilla R. *Los Franciscanos en Colombia*. Bogotá, Editorial Kelly, 1987, tomo II (1600-1700) p. 302.

En 1613 los jesuitas empezaron a dictar la cátedra de la lengua chibcha, la cual duró abierta hasta la primera mitad del siglo XVIII. Años después salió publicada la *Gramática Mosca*, redactada por fray Bernardo de Lugo⁵.

En 1625 el arzobispo Francisco Arias de Ugarte convocó un nuevo Sínodo Provincial y allí dictó orden para publicar el Catecismo que regía para todas las provincias neogranadinas conforme a las directrices del Concilio Ecuménico Tridentino. El objetivo no era otro distinto al de extender la enseñanza de la fe católica a los indios que aún vivían en la gentilidad. Ya en las provincias de Tunja, Mérida, Muzo y La Palma se había llevado a cabo la traducción de dicha obra gracias al diligente trabajo emprendido por el Padre jesuita Miguel Jerónimo de Tolosa. Por consiguiente, se hizo un llamado a los obispos de las otras provincias a trabajar cuanto antes en esa misma dirección “por medio de cristianos y competentes intérpretes”.

Basados en la premisa según la cual, “el fin principal de toda instrucción cristiana o catequesis es la comprensión de la fe, pues aquello que con la boca confesamos para la salvación, con el corazón lo creemos para la justicia”, los asambleístas eclesiásticos reunidos en ese año de 1625 reiteraron que lo mejor era que los indígenas fueran catequizados en sus propias lenguas aún cuando se dio vía libre a los ladinos⁶ a recitar sin impedimentos sus oraciones en español. De acuerdo con esto, se consideró “superfluo” exigir a los naturales otra lengua y mucho menos el latín⁷.

Hubo religiosos que consagraron su vida a estudiar y a difundir los idiomas indígenas, como fue el caso del presbítero Gonzalo Bermúdez con una trayectoria de tres décadas como maestro de la lengua chibcha⁸. Pero muchas veces, por el mismo predominio de la enseñanza oral, los doctrineros y los profesores no se esmeraron en dejar memoria escrita de los vocabularios aborígenes. Cuando se escribían, eran por lo general manuscritos que casi nunca llegaron a imprimirse⁹.

5 José del Rey Fajardo. *La diversidad Javeriana, intérprete de la “otredad” indígena (siglos XVII-XVIII)*. Bogotá, Pontificia Universidad Javeriana, 2009, pp. 25-50; Sobre el desarrollo de las gramáticas y vocabularios en lengua chibcha, véase: María Stella González de Pérez. *Trayectoria de los estudios sobre la lengua chibcha o muisca*. Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1980.

6 Esta palabra es una transformación de *latino*, voz con que se llamaban inicialmente en España a quienes aprendieron a hablar el latín. Luego se aplicó a los moros capaces de dominar el habla castellana y en América se utilizaba para referirse a aquellos indígenas que pronunciaban bien el castellano. En: Efraín Gaitán Orjuela. *Biografía de las palabras*. Medellín, Bedout, p. 214.

7 José Restrepo P. *El Sínodo Provincial del Señor Arias de Ugarte*. En: *Revista Eclesiástica Xaveriana*, Vol. XIV, Bogotá, Pontificia Universidad Javeriana, 1964, pp. 170-171.

8 Juan Rodríguez Freile. *El Carnero*. Bogotá, Villegas Editores, 1988, p. 196.

9 Constantino Bayle S.J. *Los cleros y la lingüística americana* En: *El clero secular y la evangelización de América*. Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1950, p. 205.

El aprendizaje de la lengua colonizadora

A diferencia del Perú y de México, la penetración de la lengua castellana se dio más fácil en el territorio del Nuevo Reino de Granada debido a la inexistencia de grandes pueblos y de lenguas densamente habladas¹⁰.

Ante las dificultades descritas en los anteriores párrafos y ante los desafíos que entrañaba la empresa evangelizadora, la enseñanza del castellano se percibió como una necesidad apremiante. Una de las primeras disposiciones que puso en marcha este propósito fue la cédula real del 7 de junio de 1550, en la que se denunciaron las múltiples imperfecciones y obstáculos para explicar los misterios de la fe cristiana a través de las lenguas vernáculas y, asimismo, se reconoció la falta de sacerdotes que dominaran el idioma de los naturales frente a la gran variedad de lenguas. En consecuencia, se mandó a los gobernantes y a los representantes de la Iglesia difundir sin descanso la lengua colonizadora. Para ello, se contempló la creación de escuelas para que los nativos aprendieran voluntariamente¹¹.

En esa misma dirección, el Rey pidió a los máximos representantes de los franciscanos, de los agustinos y de los dominicos del Nuevo Reino de Granada para que procuraran que los religiosos enseñaran el idioma de Castilla a los indios. Esa tarea era percibida como la vía más expedita para lograr que estas comunidades conocieran los principios de la Iglesia Católica y “para que tomen nuestra policía y buenas costumbres”. Se creía que estos miembros del estado clerical eran los más idóneos para llevar a cabo esta misión porque

...tratan más ordinariamente con esas gentes y conversan con ellos, como personas que entienden en su instrucción y conversión, parece que ellos podrían más buenamente entender en enseñar a los dichos indios la dicha lengua castellana que otras personas, y que lo tomarían de ellos con más voluntad y se sujetarían a la deprender con mayor amor, por la afición que les tienen, a causa de las buenas obras que de ellos reciben...¹²

Los elegidos para esta función debían permanecer entre sus educandos y habrían de fijar unas horas diarias de enseñanza. Décadas más tarde se sumarían los jesuitas, sobresaliendo de manera especial el éxito alcanzado por esta comunidad en el establecimiento de una escuela en el repartimiento de Cajicá, que fue tomada

10 Alfonso Rubio Hernández. *La lengua: medio de dominación o vehículo de poder. La imposición del castellano en el Nuevo Reino de Granada* En: *Poligramas*, No. 26, Cali, Universidad del Valle, 2006, p. 241.

11 Richard Konetzke. *Colección de documentos para la historia de la formación social de Hispanoamérica*. Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1958, Vol. I, pp. 272-273.

12 Juan Friede. *Documentos Inéditos para la Historia de Colombia*. Bogotá, Academia Colombiana de Historia, 1960, tomo X, p. 276.

como ejemplo, en donde más de 40 alumnos pudieron leer en tiempo récord no sólo en español sino también en latín¹³.

En las Constituciones Sinodales expedidas en 1556 por fray Juan de los Barrios, primer arzobispo del Nuevo Reino de Granada, se impartieron instrucciones para que a los indígenas se les enseñara cómo santiguarse y cómo aprender el Padre Nuestro, el Ave María, el Credo y demás oraciones básicas en castellano. La idea era que en el menor tiempo posible supieran “leer y escribir y contar y cantar”, para lo cual se pensaba que el momento ideal para esto era convocándolos en los días de fiesta¹⁴.

Con el fin de erradicar la idolatría y en vista de la obstinación de los caciques en continuar con sus prácticas paganas, la Real Audiencia dictó un acuerdo el 3 de marzo de 1565, en el que se creyó conveniente traer los hijos sucesores de dichos cacicazgos a una escuela adscrita a los monasterios de las comunidades de San Francisco y Santo Domingo de las ciudades de Tunja y Santa Fe para que allí

...sean enseñados a leer y escribir y nuestra lengua española y se les predique la doctrina cristiana y deprendan otras costumbres y ejercicios virtuosos y que sepan vivir políticamente... porque está entendido que además del provecho que de esto se seguirá, los dichos naturales olvidarán y dejarán de aprender todo lo malo que de sus padres y abuelos tenían¹⁵.

Con esto, se pretendía marcar una ruptura en la formación cultural de las comunidades nativas atribuyéndoles a sus líderes un papel de responsabilidad y guía en este proceso.

En el Catecismo preparado en 1576 por el segundo arzobispo de Santa Fe, fray Luis Zapata de Cárdenas, se ahondó en los detalles en torno a la forma de lograr una mayor difusión de la lengua española y de la religión católica con el concurso mismo de los indios. En cada pueblo el sacerdote debía sacar todos los hijos de caciques y otros principales hasta juntar 20 a quienes se les instruiría en un bohío especial en donde vivirían de continuo y recibirían las clases. La pretensión de esta medida era que los jóvenes “sirvan como ejemplares de la policía y cristiandad que se pretende en los demás”. Luego, de ese grupo de estudiantes, el sacerdote escogería los que mejor dominaran la lengua castellana y los principios de la doctrina católica para que a cada uno de ellos se les repartiera una cuadrilla de 10 a 12 indios, siempre bajo la vigilancia del sacerdote y premiando a aquel que mostrara resultados sobresalientes en la enseñanza¹⁶. Como se sabe, este Catecismo no fue aprobado, aunque al final fueron expedidas a manera de decreto arzobispal.

13 Ángel Ronsenblat. *Estudios sobre el español de América*. Caracas, Monte Ávila Editores, 1984, pp. 54 y 59.

14 Mario Germán Romero. *Fray Juan de los Barrios y la evangelización del Nuevo Reino de Granada*. Bogotá, Academia Colombiana de Historia, 1960, pp. 461-464.

15 *Libro de Acuerdos de la Audiencia Real del Nuevo Reino de Granada, 1551-1556*. Bogotá, Editorial Antena Ltda., 1947, Vol. II, p. 291.

16 fray Luis Zapata de Cárdenas. *Primer Catecismo de Santa Fe de Bogotá*, Bogotá. CELAM, 1988, pp. 37-38, 44-45.

Hacia 1590, se ordenó procurar que la enseñanza del castellano se impartiera desde la etapa de la niñez. Esto, a fin de hacer más expedito el adoctrinamiento y "...para que se les quiten las ocasiones de idolatrías y otros vicios y cosas en que se distraen por medio de su lengua"¹⁷.

Intensos fueron los debates en estas tempranas épocas de dominio ibérico en torno a los métodos y a la velocidad con la que se debía imponer la lengua castellana en América. Una de esas discusiones fue protagonizada por el Consejo de Indias y el Rey Felipe II.

En 1596 este máximo cuerpo consultivo consideró que lo más conveniente era impedir a los caciques que hablaran a sus indios en su lengua autóctona y aquellos que permitieran su uso serían declarados infames y removidos inmediatamente de su dignidad de jefes y de todos los privilegios inherentes a su investidura.

Se recordó que los únicos que sabían bien la lengua indígena eran los mestizos y los criollos que habían ingresado a las órdenes religiosas, destreza adquirida desde niños gracias a que fueron criados por nativas. Sin embargo, se reconoció que ellos no eran precisamente los más idóneos para estas actividades formativas. Además, se hizo énfasis en el hecho de que el castellano era la lengua superior ya que ni siquiera en el mejor y más perfecto dialecto de los nativos se podían explicar con propiedad los misterios de la fe católica.

El Rey se apartó de estas recomendaciones y planteó la inconveniencia de obligar a los naturales a que abandonasen su lengua ancestral. Se declaró más bien partidario de permitir que el aprendizaje del español fuera un acto voluntario y extensivo no solo a los niños sino a todas las edades. No obstante, reconoció las insuficiencias de las cátedras existentes, en virtud a lo cual pensaba que no solo los doctrineros debían comprometerse en la enseñanza sino también cualquier español con la disposición y capacidad para colaborar en esta tarea¹⁸. En las décadas siguientes, la Corona reiteró el aprendizaje voluntario del idioma.

Hacia 1634 el Rey volvió a insistir en la necesidad de enseñar la fe divina a los indios en lengua castellana. El arzobispo Cristóbal de Torres acogió estas disposiciones y ordenó crear más escuelas, disponiéndose el castigo de azotes a aquellos que se atrevieran a hablar sus lenguas vernáculas en la iglesia y en la plaza de sus poblados. A los caciques se les instó a contribuir en esta labor de vigilancia so pena de ser suspendidos de sus oficios por seis meses y una multa de 20 pesos¹⁹.

Nuevas justificaciones para la hispanización

De manera paulatina se fue secularizando la hispanización idiomática al verse sus bondades más allá de los afanes evangelizadores. Motivos de índole

17 Richard Konetzke . *Colección de documentos*. Vol. I, p. 603.

18 Richard Konetzke . *Colección de documentos*. Vol. II, tomo I, p. 39.

19 Luis Carlos Mantilla R. *Los Franciscanos en Colombia*. tomo II, pp. 307-308.

social, jurídico y político fueron esgrimidos con ahínco por las autoridades españolas para demostrar por qué había que acelerar la unidad idiomática española. Unos de los primeros en exponer sus ideas en este sentido fueron los integrantes del Consejo de Indias en la mencionada discusión que sostuvieron con el Monarca en el año de 1596. Ellos estaban convencidos de que la lectura de obras españolas ayudaría a los indios a su formación y a saber comportarse “como hombres de razón”. De este modo, se percibía la aculturación lingüística como un mecanismo para asimilarlos culturalmente e integrarlos a los paradigmas que regían la cultura europea. Otra de las justificaciones que impulsaron al gobierno monárquico a implementar masivamente su lengua fue para que los nativos pudieran quejarse personalmente ante las autoridades de las vejaciones y de los excesos sin que fuera necesario recurrir a intérpretes. Con esta disposición, se pretendía evitar “...que éstos cohechados de los españoles y otros interesados les truequen la traducción a los miserables indios con las voces que a dichos intérpretes les parece, siguiéndose de esto graves daños”²⁰. La Corona también veía en los esfuerzos hispanizantes una ayuda para garantizar un mejor gobierno y sujeción de los indios, así como para facilitarles el cumplimiento de las leyes.

El otro de los propósitos para difundir el habla hispana era, según argüía el juriconsulto Juan de Solórzano Pereira, lograr que los naturales se acercaran y estrecharan aún más sus lazos con los europeos²¹. En el fondo, era esta una tarea más que deseable para los españoles dentro de la meta por subsanar las innumerables experiencias de opresión y enfrentamiento ocurridas desde las primeras jornadas de Conquista.

Con el tiempo, los españoles empezaron a valorar y a exaltar más a los indios ladinos, a quienes solían considerar más astutos e inteligentes que aquellos que sólo se comunicaban a través de su lenguaje ancestral. No se puede negar que algunos de ellos lograron beneficios y prerrogativas por acompañar y apoyar a los españoles. Del mismo modo, los indígenas se percataron de que el conocimiento del idioma de Castilla podía significarles ventajas y progresos y esto de alguna manera pudo incentivarlos a asimilarlo rápidamente²².

Precisamente sobre este asunto, vale la pena traer a colación la cédula real puesta en circulación hacia el año de 1690, en la que se estipuló que sólo los indios que dominaran el español estaban autorizados para ocupar cargos en sus pueblos²³. Esto, de alguna manera, permitió la incorporación del elemento indígena en el andamiaje político-administrativo instituido por la metrópoli en estos territorios de ultramar.

20 Citado en: Humberto Triana y Antorveza. *Las lenguas indígenas*, p. 232.

21 Richard Konetzke. *América Latina*. México, Siglo XXI Editores, tomo II, p. 201.

22 Isaías Ardila Díaz. *El pueblo de los Guanes*. Bogotá, Colcultura, 1986, 2ª edición, p. 229.

23 Alfonso Rubio Hernández. “La lengua: medio de dominación...”, p. 236.

Durante el siglo XVIII, época del Despotismo Ilustrado, se dio un giro en cuanto a la política lingüística de España. De la postura de respeto hacia las lenguas indígenas se pasó a una castellanización forzosa dentro del propósito de centralización política. Se pensaba que esta tendencia unificadora podía eliminar las disparidades sociales e integrar de una manera más activa a los nativos en las esferas económicas, políticas y culturales²⁴. En este contexto, la hispanización era percibida como un imperativo político.

Dentro de este marco ideológico, se explica la expedición de la cédula real del 16 de abril de 1770, en la que Carlos III quiso desterrar de sus imperios coloniales las lenguas vernáculas y conseguir que se hablara únicamente el castellano. A fin de cuentas, esta ambiciosa directriz no se pudo concretar plenamente por la falta de medios y recursos para escolarizar a los nativos y por cierto rechazo del clero.

A raíz de la revuelta de Túpac Amará ocurrida en el Perú (1781-1782), hecho que coincidió con la insurrección de los Comuneros originada en la franja oriental del Nuevo Reino de Granada, se dio una flexibilidad en cuanto a la política idiomática monárquica, en donde ya no se hablaba del carácter impositivo del castellano sino de aceptar nuevamente el aprendizaje voluntario utilizando para ello métodos persuasivos y sin llegar al extremo de la coacción. Se insistió en la dotación de maestros para las escuelas de español en los pueblos de indios en donde aún no se habían establecido²⁵. El objetivo político de fondo de este paquete de medidas era evitar eventuales rebeliones²⁶.

Entrado el período republicano, si bien se observó cierta tendencia dirigida a resucitar algunos nombres indígenas, como fue el caso de Cundinamarca, en términos generales esos intentos fueron tenues y contribuyeron muy poco al rescate cultural indígena. Otras medidas oficiales dictadas por esa misma época estaban dirigidas a un claro propósito hispanizante. Un ejemplo de ello fue la decisión adoptada el 1° de enero de 1822 por el Congreso de la República en el sentido de abolir los nombres de los pueblos indígenas²⁷.

Contacto cultural e hispanización

Debido al letargo administrativo y a la cortedad de recursos, la hispanización de tan colosal número de indios a través de los mecanismos de enseñanza oficial se convirtió en un propósito prácticamente utópico bajo la política de separación de razas. La realidad mostró tibios adelantos a este respecto, ya que los indios no solían acudir tan espontáneamente a las escuelas, tal como lo aspiraban las autoridades españolas, y en no pocas ocasiones se aferraban a sus lenguajes primitivos.

24 Humberto Triana y Antorveza. *Las lenguas indígenas*, pp. 499-500.

25 Richard Konetzke. *Colección de documentos*. Vol. III, p. 308; José Torre Revello. *La enseñanza de las lenguas a los naturales de América*. En: *Thesaurus*, tomo XVII, Bogotá, Boletín del Instituto Caro y Cuervo, septiembre-diciembre de 1962, p. 525.

26 Richard Konetzke. *América Latina*. Tomo II, p. 202.

27 *Gaceta de Colombia*, No. 20, marzo 3 de 1822, p. 1.

En últimas, en forma paradójica fueron los españoles y los mestizos que residían entre los indios o tenían contacto con ellos quienes a la postre cumplirían el cometido de la hispanización idiomática de manera informal y por demás eficiente²⁸. De esta forma, se dio un proceso gradual de aprendizaje que se observó en un principio en la interacción con los españoles en los sitios públicos como plazas e iglesias. Con el tiempo, la lengua indígena terminó relegada al ambiente íntimo de los hogares y a los rincones del vasto mundo rural de la época²⁹.

El panorama para el siglo XVIII en el territorio neogranadino era ya muy diciente. Las lenguas indígenas prácticamente estaban extinguidas y sólo se encontraban rezagos de ellas en algunos resguardos y en los lugares más inaccesibles y apartados de los centros de desarrollo socioeconómico.

En términos prácticos, el aprendizaje se logró más por la convivencia interétnica en ciudades, haciendas y resguardos que por la política hispánica en materia de educación lingüística. En este largo recorrido de más de dos siglos de dominio colonial español, se pasó del intercambio lingüístico a la supremacía de la lengua invasora³⁰.

No obstante, a pesar de la irreparable pérdida del saber dialectal de tantas comunidades indígenas, al final muchas palabras serían incorporadas y perpetuadas en el vocabulario español que habrían de usar sucesivas generaciones. Esto, sumado a la irrupción de fórmulas idiomáticas sincréticas, significaría una voz de resistencia cultural de aquellas comunidades ancestrales frente la incontenible fuerza colonizadora.

28 Magnus Mörner. *La Corona española y los foráneos en los pueblos de indios de América*. Estocolmo, Instituto de Estudios Iberoamericanos, 1970, p. 182.

29 Humberto Triana y Antorveza. *Las lenguas indígenas*, p. 232.

30 Alfonso Rubio Hernández. "La lengua: medio de dominación...", p. 225.

TRAS LAS HUELLAS DE ÉDGAR MORIN

Por

Jorge Emilio Sierra*

Para Colombia, para todos nosotros, fue un verdadero honor la visita del profesor Édgar Morin a nuestro país en septiembre pasado, cuando presidió varios actos académicos en universidades de Barranquilla, Cartagena, Medellín y Bogotá, donde también participó como figura central de un foro en torno a su vida y obra, en la Fundación Santillana.

Esa visita, sin duda, fue un hecho trascendental, histórico para la cultura nacional, para el sector académico y universitario, para profesores y estudiantes, para científicos y dirigentes políticos, para líderes sociales y, en general, para los colombianos, quienes no pudimos menos que sentirnos orgullosos por la presencia del llamado, con razón, *Maestro de maestros y Padre del pensamiento complejo*.

Fue un honor, repito. Emocionante, además. Y tenía que serlo por la dimensión misma del personaje, por ser él uno de los pensadores de mayor importancia en el mundo durante las últimas décadas, por representar en grado sumo aquella cultura francesa que ha ido a la vanguardia de la civilización occidental desde siglos atrás y por ser comparado con filósofos como Descartes, cuyo método, sin embargo, osó poner en tela de juicio, con sus enormes implicaciones en el campo del conocimiento, de la ciencia, de la educación, de la moral y de la vida colectiva, universal, según conviene recordar aunque sea a vuelo de pájaro.

En realidad, Morin es un crítico implacable, demoledor, de la sociedad contemporánea sobre todo, a partir de la época moderna, de la ciencia inspirada en el modelo cartesiano el cual, en su concepto, nos ha llevado por la fragmentación del conocimiento en diferentes disciplinas o áreas especializadas, a una crisis sin precedentes donde está en riesgo la supervivencia del hombre en nuestro planeta.

Ataca, entonces, la especialización en boga impartida en las facultades o carreras de nuestras universidades, a pesar de admitir algunos beneficios que genera; se va lanza en ristre contra la educación imperante, aquella que ni siquiera enseña a pensar mientras separa por completo a las disciplinas entre sí; y propugna, en consecuencia, por una gran reforma educativa, del propio conocimiento y de las

* Palabras leídas en la presentación del libro "Tras las huellas de Édgar Morin", el día 12 de abril de 2010 en la Academia Colombiana de la Lengua.

instituciones de enseñanza, reclamando con vigor la interdisciplinariedad, según lo plantea en *Los siete saberes necesarios para la educación del futuro*.

Y claro, la ética en ese sentido es fundamental. De nuevo con la educación en la mira, pues reclama que se enseñe no sólo a pensar sino a vivir, que no se reemplacen los fines éticos por fines económicos (no que la educación sea un simple negocio, mejor dicho) y que desde ahí, desde las aulas escolares, se contribuya de manera significativa a la solución de problemas tan graves como el deterioro ambiental, la amenaza nuclear y la pobreza creciente, generalizada, dentro de una globalización que debería regirse por la equidad, por la justicia social y por un auténtico espíritu humanista.

Morin, en fin, representa al nuevo humanismo fundado en el pensamiento complejo e invoca por tanto, aquella solidaridad que se traduce en el rechazo franco de la violencia y las ideologías que la encarnan, sean de izquierda o de derecha, para exaltar finalmente la democracia donde a su vez, todos seamos buenos ciudadanos incluso con el planeta, en cabal ejercicio de nuestra "identidad planetaria".

Humanismo –valga decirlo– que restablece la armonía entre las ciencias, lejos de su conflicto permanente; que proclama la unidad del ser humano, ya no tanto entre el alma y el cuerpo sino entre su racionalidad y el fascinante mundo del arte, de la literatura y la poesía, de la música y el teatro; que permite hablar de la física cuántica al tiempo que se repasan los versos de Antonio Machado; y que defiende, con entusiasmo, las culturas nativas, domésticas, latinoamericanas o "del Sur", para hacer frente a la occidentalización del mundo y a su materialismo absoluto en busca siempre de la mayor rentabilidad.

De ahí que seguir los pasos de Morin, ir tras sus huellas, como intenté hacerlo en este libro que hoy se presenta por generosidad de la Academia Colombiana de la Lengua y la Asociación Colombiana de Universidades –Ascun–, sea una tarea ineludible para quienes creemos en tales principios, en tan hondas convicciones, en tan sabias enseñanzas, guiados por el humanismo que tanta falta nos hace en los tiempos actuales.

Sólo así podemos mirar con optimismo al futuro, que es otra de las mayores lecciones del profesor Morin.

Muchas gracias.

CRÓNICA DE LA ACADEMIA

Por

Jaime Bernal Leongómez

Lunes 15 de febrero

Homenaje a los escritores Jaime Barrera Parra y Tomás Vargas Osorio.

Disertación del señor ex presidente de la república y miembro honorario de la Corporación don Belisario Betancur, titulada *La mano abierta*.

Lunes 8 de marzo

Homenaje a la memoria del escritor Eduardo Caballero Calderón. Disertación del académico de número don Javier Ocampo López.

Lunes 12 de abril

Presentación del libro *Tras las huellas de Édgar Morin*, escrito por don Jorge Emilio Sierra. Intervenciones del señor embajador de Francia en Colombia don Jean Michel Marlaud y el director ejecutivo de la Asociación Colombiana de Universidades (ASCUN) don Bernardo Rivera Sánchez.

Lunes 19 de abril

Homenaje al escritor don Rafael María Baralt. Disertación del académico de número don Edilberto Cruz Espejo, leído por la académica doña Teresa Morales de Gómez.

Viernes 23 de abril

Conmemoración del Día del Idioma. Presentación del Diccionario de americanismos. Disertación del académico de número don Jaime Bernal Leongómez.

Miércoles 9 de junio

Lectura de poemas de la poetisa y ensayista española doña Beatriz Hernanz.

Lunes 21 de junio

Reunión de individuos de número para elección de Académicos Honorarios. A propuesta del Director fueron exaltados a la categoría de Honorarios los individuos de número: Rodolfo Eduardo de Roux, Nicolás del Castillo Mathieu, José

Joaquín Montes Giraldo y Diego Uribe Vargas; exaltados, así mismo, los correspondientes Jorge Vélez García y Álvaro Castaño Castillo; y elegidos miembros honorarios Abdón Espinosa Valderrama, Ricardo Diez y Humberto López Morales.

Para llenar la vacante en la junta directiva en el cargo de Director de la Biblioteca, don Juan Mendoza Vega.

Homenaje al escritor Eduardo Caballero Calderón. Lectura del académico de número don Juan Gustavo Cobo Borda, *Eduardo Caballero Calderón, un hombre de letras*.

Lunes 28 de junio

Instalación de la Comisión de Literatura.

BREVE INFORME SOBRE LA COMISIÓN DE LITERATURA DE LA ACADEMIA COLOMBIANA DE LA LENGUA

Por

Bogdan Piotrowski*

Con mucha alegría y satisfacción informamos a nuestros lectores que en el primer semestre de 2010, en la Academia Colombiana de la Lengua, se creó la Comisión de Literatura en la cual pueden participar todos sus miembros, tanto los de número como los correspondientes quienes, según sus intereses, pueden pertenecer a, por lo menos, un Capítulo.

La Comisión de Literatura queda conformada por los siguientes Capítulos:

- Capítulo de Poesía, a la cabeza de doña Cristina Maya;
- Capítulo de Narrativa, coordinado por don Fernando Soto Aparicio;
- El Capítulo de Ensayo, que dirige don Lácides Moreno;
- Capítulo de Teatro, orientado por don Carlos José Reyes;
- Capítulo de Historia de la Cultura, que encabeza don Santiago Díaz Piedrahíta;
- Capítulo de Traducciones, abanderado por doña Cecilia Balcázar de Bucher.

La coordinación de la Comisión de Literatura está a cargo de don Bogdan Piotrowski.

La Comisión de Literatura se reunió en varias sesiones plenarias y en encuentros de los Capítulos. Durante los debates sobre la proyección de las actividades, los participantes propusieron fortalecer aún más las relaciones con la Real Academia Española y con todas las demás Academias Asociadas, así como desarrollar múltiples actividades en favor de la literatura.

El principal objetivo de este organismo interno de la Academia Colombiana de la Lengua consiste en fomentar los estudios sobre la literatura nacional y sobre las demás en lengua española; así mismo, fomentar su divulgación a través de diferentes medios de comunicación.

* Coordinador de la Comisión de Literatura. Academia Colombiana de la Lengua.

En lo referente a la investigación, la Comisión de Literatura aspira incentivar el Proyecto de Historia de la Literatura Panhispánica, retomando la propuesta presentada durante la Asamblea del IV Congreso Internacional de la Asociación de las Academias de la Lengua Española que tuvo lugar en Medellín, en marzo de 2009. La meritoria labor que llevaron a cabo conjuntamente las Academias en el campo de lingüística panhispánica, goza de un reconocimiento internacional inusual y sus publicaciones consolidan el prestigio del español y de su cultura. La literatura también está llamada a contribuir con su aporte al florecimiento del mundo hispano.

Es preciso reconocer que las investigaciones literarias llevadas a cabo en Colombia y en otros países de lengua española, permiten recobrar muchos manuscritos y textos impresos olvidados y, de esta manera, crear una nueva valoración dentro de las historias nacionales de la literatura. En muchos países salieron a la luz nuevos títulos y nombres de autores que hasta ahora fueron desconocidos o muy poco mencionados. En numerosos casos, las visiones diacrónicas de los géneros literarios, las corrientes culturales y las tendencias literarias se someten a nuevas interpretaciones. Resulta comprensible, pues, que en estas circunstancias los estudios comparativos exigen una interpretación actualizada que con frecuencia reestructuraría los enfoques tradicionales de la historiografía literaria.

Se espera, entonces, que estos planteamientos puedan contribuir a las novedosas dimensiones de la identidad del hombre contemporáneo en relación con la ciencia, el conocimiento, el arte y el sistema axiológico actuales. Tendrán que suceder debates que promuevan enfoques reveladores, taxonomías inéditas, análisis originales y conceptualizaciones sorprendentes. La teoría unida a la práctica podría ayudar a encontrar la respuesta sobre la realidad histórica de la literatura escrita en español en diferentes continentes. No se puede negar que la finalidad de esta empresa es contribuir al hombre hispano –de diferentes razas y latitudes geográficas– a entenderse mejor y poder así interpretar de modo más sólido y convincente su propia identidad dentro del mundo globalizado de hoy. En consecuencia, por principio de diferenciación o de contraste, sus frutos producirán efectos en la cultura universal.

En los debates promovidos durante las sesiones de trabajo de la Comisión se expusieron varios planteamientos relacionados con las labores de los Capítulos. Se insistió en la importancia de seguir rescatando la tradición literaria de la época colonial y del siglo XIX, sin descuidar el siglo XX y el siglo XXI. Algunos académicos manifestaron la necesidad de ahondar en la creación literaria de las generaciones y de reevaluar las obras de los autores. También, se destacó la bondad de los estudios por diferentes géneros, enfoques y temáticas, que permiten orientar mejor a los lectores y enriquecer decididamente sus conocimientos. No faltaron las voces que apoyaron la conveniencia de elaborar marcos culturales y literarios que relacionen la visión nacional con la hispanoamericana y la universal.

La Comisión de Literatura también planea intensificar las actividades culturales; por ejemplo, a través de recitales, conferencias y encuentros en su sede en

Bogotá, las cuales permitan divulgar la obra creativa y crítica de los académicos pero también incentivar la participación de los integrantes de la Comisión de Literatura, en diferentes regiones del país, a través de universidades e instituciones culturales. Para lograr este propósito es conveniente entrar en contacto con los miembros de la Academia Colombiana de la Lengua de distintas ciudades y averiguar sobre las posibilidades de su cooperación en la promoción de las actividades de nuestra Corporación.

Desde luego, nos proponemos invitar a las diferentes actividades a escritores e intelectuales colombianos e internacionales. Se mantiene la continuidad de la política de apertura y de compromiso con la sociedad que está muy arraigada en la tradición de la Academia. Naturalmente, seguir desarrollando aún más, las relaciones con las diferentes instituciones culturales, académicas y universitarias que es otro de los mandatos de nuestro cuerpo, tanto en el país como en el exterior. Es prioridad en este campo, entrar en contacto con el Ministerio de Cultura y las Secretarías de Educación y de Cultura de las diferentes regiones del país; pero también estrechar las relaciones con la Real Academia Española y sus asociadas, para consolidar las actividades comunes especialmente en función del panhispanismo y de la literatura panhispánica.

Así mismo, se considera que es importante garantizar la publicación de los estudios realizados por nuestros colegas y la utilización de los diferentes medios que funcionan actualmente; entre otras, las herramientas electrónicas. En este sentido resulta conveniente fomentar las publicaciones de las obras de los académicos con el sello editorial de la Academia Colombiana de la Lengua, buscar la posibilidad de establecer coediciones con las casas editoriales comerciales, así como indagar sobre la posibilidad de establecer coediciones con las editoriales universitarias del país.

Con el ánimo de avivar la divulgación de la creación de los académicos se recomienda, igualmente, establecer contactos con las editoriales universitarias nacionales con el fin de promover el canje de las publicaciones concernientes a la literatura y la lingüística e intensificar el canje de publicaciones con las Academias de la Lengua Española.

La Comisión de Literatura apenas comienza sus actividades y, ciertamente, la vida traerá más retos de los que hasta ahora se están divisando, pero hay que constar que todos sus integrantes empiezan a emprenderlos con mucho entusiasmo y en un ambiente de amistad y alegría. La reflexión crítica sobre la creatividad y el sentido del desempeño de los escritores como creadores de la cultura, al igual que el esclarecimiento de las inquietudes que rondan en la historia de la literatura, permitirán penetrar mejor en la realidad que vivimos y aceptar mejor los condicionamientos que rodean al hombre contemporáneo. La literatura promueve el desarrollo del conocimiento paralelo entre el científico y el tecnológico, aunque muchas veces se aprovecha también sus métodos y sus conquistas para descifrar el sentido de la existencia de la persona y de su actividad artística y cultural. Actualmente, a la Comisión de Literatura le interesa, en especial, lograrlo en el ámbito nacional y en relación con el mundo panhispánico.

NUEVAS EXPRESIONES ACEPTADAS
POR LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

(Séptima parte)¹

Continúo presentando las nuevas unidades léxicas aprobadas por la Real Academia Española e incluidas en el más reciente de sus lexicones: el *Diccionario esencial de la lengua española*, dado al público en el año 2006. En esta entrega, doy a conocer las correspondientes a las letras *q* y *r*.

qatarí. adj. **catarí.** Apl. a pers., u. t. c. s. MORF. pl. **qataríes** o **qatarís.**

quásar.² m. *Astr.* Cuerpo celeste de pequeño diámetro y gran luminosidad, que emite grandes cantidades de radiación en todas las frecuencias. Es el tipo de astro más alejado en el universo. MORF. pl. **quásares.**

quebradillano, na. adj. **1.** Natural de Quebradillas. U. t. c. s. || **2.** Perteneciente o relativo a este municipio de Puerto Rico o a su cabeza.

quepi. m. *Méx.* **quepis.**

quienesquiera. pron. indef. pl. de **quienquiera.**

radioenlace. f. **1.** *Telec.* Conexión entre dos puntos mediante ondas radioeléctricas. || **2.** Equipo necesario para establecer dicha conexión.

raglan o **raglán.**³ □ **V. manga ~.**

raid. m. **1.** Prueba deportiva en la que los participantes miden su resistencia y la de los vehículos o animales con los que participan recorriendo largas distancias. || **2.** Incursión militar, generalmente aérea. ¶ MORF. pl. **raides** o **raids.**

rap. m. Estilo musical de origen afroamericano en que, con un ritmo sincopado, la letra de carácter provocador, es más recitada que cantada. U. t. c. adj. MORF. pl. **raps.** *Canciones raps.*

rapel o **rápel.** m. En alpinismo, descenso rápido en el que se utiliza una cuerda doble sujeta en un anclaje por la que se desliza el deportista.

1 Compiladas por Cleóbulo Sabogal Cárdenas, oficial de Información y Divulgación de la Academia.

2 En la actual edición del DRAE, aparece en cursiva y sin tilde.

3 Con esta única acentuación, aparece en el Diccionario académico.

rapero, ra. adj. **1.** Perteneciente o relativo al rap. *Música rapera*. ||**2.** adj. Que canta o baila música rap. *Intérprete rapero*. U. t. c. s.

rasta. I. adj. **1. rastafari.** *Congregación rasta*. Apl. a pers., u. t. c. s. ||. ||. f. **2.** Cada una de las trenzas que componen el peinado característico de los rastafaris.

rastafari. adj. **1.** Se dice de los seguidores de un movimiento religioso, social y cultural de origen jamaicano que se caracteriza por transmitir sus creencias a través de la música, defender el consumo de marihuana y el uso de una indumentaria y un peinado característicos. U. t. c. s. ||**2.** Perteneciente o relativo a ese movimiento o a sus partidarios. *Cocina rastafari*.

reafirmación. f. Acción y efecto de reafirmar.

reafirmante. adj. Dicho de un producto o de un tratamiento cosmético: Que sirve para proporcionar consistencia y firmeza a los tejidos.

realimentar. tr. *Electr.* Alimentar un sistema o circuito mediante el retorno de una parte de su salida.

reapertura. f. Acción de reabrir.

recombinante. adj. *Biol.* Dicho de un organismo: Cuyo genoma es el producto de una recombinación. □ V. ADN ~.

recordar. si mal no recuerdo. expr. coloq. Si la memoria no me engaña.

redistributivo, va. adj. En relación con las políticas públicas, que procura el reparto más igualitario de la riqueza nacional.

reelaborar. tr. Elaborar de nuevo.

réferi o **referí.** m. *Am. árbitro* (|| de competiciones deportivas). MORF. pl. **réferis** o **referís**.

reflectancia. f. *Fís.* Propiedad de un cuerpo de reflejar la luz.

reflexividad. f. **1.** Cualidad de **reflexivo** (|| acostumbrado a actuar con reflexión), ||**2. introspección.** ||**3. Gram.** Cualidad de **reflexivo** (|| que se refiere a la misma persona, animal o cosa que el sujeto).⁴

refundar. tr. **1.** Volver a fundar algo. *Refundar una ciudad*. ||**2.** Revisar la marcha de una entidad o institución, para hacerla volver a sus principios originales o para adaptar estos a los nuevos tiempos.

régimen. Antiguo Régimen. m. **régimen** monárquico absolutista anterior a la Revolución francesa y, por ext., situación política anterior a los regímenes democráticos.

4 Este tercer sentido es tomado de la edición electrónica del DRAE.

regla. ~ de cálculo. f. Instrumento constituido por dos piezas con graduación logarítmica que permite realizar con rapidez ciertas operaciones al desplazarse una sobre otra.

rehiletero. m. *Taurom.* **banderillero.**

reinsertado, da. part. de **reinsertar.** || adj. Dicho de una persona: Que se integra de nuevo en la sociedad después de un tiempo de marginación o por haber cumplido condena. U. t. c. s.

relación. ~ jurídica. f. *Der.* La que, regulada por el derecho, se establece entre dos o más personas.

relanzamiento. m. Acción y efecto de **relanzar** (|| volver a lanzar).

relativización. f. Acción y efecto de relativizar.

relativizador, ra. adj. Que relativiza. *Un factor relativizador.*

reloj. ~ astronómico. m. **1.** El que muestra datos astronómicos, como las fases de la Luna || **2.** El que mide el tiempo sidéreo, y se utiliza en los observatorios astronómicos. ~ **atómico.** m. El electrónico de extremada precisión, que mide el tiempo por las oscilaciones de átomos o moléculas, especialmente el cesio 133. || ~ **biológico.** m. *Biol.* Conjunto de mecanismos fisiológicos que se regulan en sincronía con fenómenos rítmicos diarios, anuales, etc., como los ciclos del sueño, los menstruales o la fotosíntesis. || ~ **de cuarzo.** m. Aquel cuyo movimiento está regulado por las oscilaciones de un cristal de cuarzo sometido a la acción de un campo eléctrico. || ~ **interno.** m. *Biol.* **reloj biológico.** || ~ **mecánico.** m. Aquel en el que un peso, un muelle o una pila producen, por lo común, el movimiento, que se regula con un péndulo o un volante, y se transmite a las manecillas por medio de varias ruedas dentadas. Según sus dimensiones, colocación o uso, el **reloj** se denomina de torre, de pared, de sobremesa, de bolsillo, etc.

remontada. f. Superación de un resultado o de una posición adversos. U. m. en leng. deportivo.

repetibilidad. f. En la metodología científica, cualidad de repetible.

repetible. adj. **1.** Que se puede repetir. *Un espectáculo difícilmente repetible.* || **2.** En la metodología científica, que se puede repetir obteniendo los mismos resultados.

repetitividad. f. Cualidad de repetitivo.

repitente. adj. *Am.* **repitiente.** Apl. a pers., u. t. c. s.

reproducción. ~ asistida. f. *Med.* Conjunto de técnicas médicas que favorecen la fecundación en caso de impedimentos fisiológicos del varón o de la mujer.

reserva. ~ de la biosfera. f. Espacio natural integrante de una red internacional de áreas protegidas legalmente para preservar los principales ecosistemas de la Tierra. || ~ **natural.** f. Espacio natural, constituido por ecosistemas o elementos

biológicos que por su fragilidad, importancia o singularidad son objeto de protección legal para garantizar su conservación. *Reserva natural integral*.

resistividad. f. *Electr.* Resistencia eléctrica específica de una determinada sustancia.

retardatario, ria. adj. Que se resiste o se opone al progreso o a las innovaciones. *Efecto retardatario.* Apl. a pers., u. t. c. s.

retiro. ~ **espiritual.** m. Ejercicio piadoso que consiste en practicar ciertas devociones retirándose por uno o más días, en todo o en parte, de las ocupaciones ordinarias.

ricashembras. f. pl. de **ricahembra**.

ricosombres. m. pl. de **ricohombre**.

riego. ~ **a manta.** m. *Esp.* Sistema de **riego** mediante el cual se cubre de agua por completo un terreno plano. || ~ **por aspersion.** m. Sistema de **riego** mediante el cual se esparcen sobre el terreno agua u otros productos líquidos con un aspersor. || ~ **por goteo.** m. Sistema de **riego** mediante el cual el agua cae gota a gota junto al tallo de cada planta.

rincoeño, ña. adj. **1.** Natural de Rincón. U. t. c. s. || **2.** Perteneciente o relativo a este municipio de Puerto Rico o a su cabeza.

riograndeno, ña. adj. **1.** Natural de Río Grande. U. t. c. s. || **2.** Perteneciente o relativo a este municipio de Puerto Rico o a su cabeza.

ripícola. adj. *Esp.* Perteneciente o relativo a las riberas. *Vegetación ripícola.*

rivense. adj. **1.** Natural de Rivas. U. t. c. s. || **2.** Perteneciente o relativo a este departamento de Nicaragua o a su cabecera.

roateño, ña. adj. **1.** Natural de Roatán. U. t. c. s. || **2.** Perteneciente o relativo a esta ciudad de Honduras, capital del departamento de Islas de la Bahía.

rocanrol. m. **1.** Género musical de ritmo muy acentuado, derivado de la mezcla de diversos estilos del folclore estadounidense, y popularizado desde la década de 1950. U. t. c. adj. *Música rocanrol. La era rocanrol.* || **2.** Baile que se ejecuta con esta música.

rocanrolero, ra. adj. **roquero**². Apl. a pers., u. t. c. s.

rodilla. ~ **en tierra.** loc. adv. Con una **rodilla** apoyada en el suelo, generalmente en señal de humillación o reverencia.

rollito. ~ **de primavera.** m. Rollo de pasta frito relleno de verduras, típico de la cocina china.

Roma. mover, remover, o revolver, ~ con Santiago. locs. verbs. *Esp.* Poner en acción todos los recursos imaginables para conseguir algo.

román. ~ **paladino.** m. Lenguaje llano y claro.

ropa. en ~s menores. loc. adv. **en paños menores.**

rotisería. f. *Á. R. Plata y Chile.* Tienda donde se venden comidas para llevar, especialmente asados, quesos y fiambres.

rueda. ~ **de identificación.** f. *Esp. rueda de reconocimiento.* || ~ **del timón.** m. *Mar. timón* (|| pieza que permite controlar el timón de la nave). || ~ **de reconocimiento.** f. Diligencia probatoria realizada ante la policía o ante el juez en la que, entre varias personas, se incluye al denunciado, para que pueda ser reconocido por los testigos o por las partes.

rugbista. com. *Á. R. Plata y Chile.* Jugador de *rugby*.

rumorología. f. Empleo o difusión de rumores.

CONSULTAS

Respuestas del profesor Cleóbulo Sabogal, jefe de Divulgación, a diversas consultas pronosticadas

Tilde en hiatos y pluralización de zoónimos

1) Tanto en singular como en plural, el sustantivo masculino *búho* lleva tilde, pues el hiato inverso está presente en los dos casos.¹ Recuerde que «la presencia de una *h* no altera esta norma (*búho*, *vahído*, *prohíbo*, *Piedrahíta*, etc.)».² Dicho de otra manera: «[...] todo hiato que tenga como elemento tónico la vocal cerrada *debe marcarse siempre con la tilde*, al margen de las reglas generales. La *h*, por no representar sonido alguno, no influye en la acentuación».³

«Los hiatos formados por vocal abierta y vocal cerrada siempre llevan tilde, que se coloca sobre la vocal cerrada, independientemente de las reglas generales de acentuación».⁴

2) Los zoónimos (nombres de los animales),⁵ cuando son comunes, se pluralizan al igual de los demás sustantivos genéricos. Ejemplos: *ballenas*, *cotorras*, *gatos*, *koalas*, *leones*, *osos*, *pandas*, *panteras*, *tigres*, etc. Estas palabras, como todos los nombres comunes y los adjetivos acabados en vocal átona (graves o esdrújulos), forman el plural con *-s*.⁶

Rolo

La Real Academia Española registró el vocablo *rolo* en la primera edición del *Diccionario manual e ilustrado de la lengua española*, publicado en 1927; luego lo

1 Cfr. José Martínez de Sousa. *Diccionario de ortografía de la lengua española*. Madrid: Paraninfo, 1996. p. 187.

2 Alberto Buitrago y Agustín Torijano. *Guía para escribir y hablar correctamente en español*. Madrid: Espasa Calpe, 2000. p. 54.

3 Leonardo Gómez Torrego. *Hablar y escribir correctamente: gramática normativa del español actual*. 3.ª ed. Madrid: Arco Libros, 2009. t. 1, p. 37.

4 Florentino Paredes García. *Guía práctica del español correcto*. Madrid: Espasa, Instituto Cervantes, 2009. p. 29.

5 Cfr. José Martínez de Sousa. *Manual de estilo de la lengua española*. 3.ª ed. Gijón: Trea, 2007. p. 718.

6 Cfr. Real Academia Española y Asociación de Academias de la Lengua española. *Nueva gramática de la lengua española*. Madrid: Espasa, 2009. p. 130.

aceptó, oficialmente, en la decimonovena edición del *Diccionario de la lengua española*, salida a luz en 1970. La actual edición de esta obra, vigésima segunda, dada al público en el año 2001, le asigna estas acepciones:

1. adj. [Colombia] **bogotano**. Apl. a pers., u. t. c. s.
2. m. [Colombia, República Dominicana y Venezuela] Rodillo de imprenta.
3. m. [Cuba] **rulo** (|| cilindro para rizar el cabello).
4. m. [Panamá y Puerto Rico] Rodillo pequeño recubierto de material esponjoso que, insertado en un palo largo, sirve para pintar las paredes.
5. m. [Venezuela] **porra** (|| arma alargada usada como maza).

¿Castellano o español?

Por lo que toca a los nombres *castellano* o *español*, el *Diccionario panhispánico de dudas*, de todas las academias de la lengua, dice:

ESPAÑOL. Para designar la lengua común de España y de muchas naciones de América, y que también se habla como propia en otras partes del mundo, son válidos los términos *castellano* y *español*. La polémica sobre cuál de estas denominaciones resulta más apropiada está hoy superada. El término *español* resulta más recomendable por carecer de ambigüedad, ya que se refiere de modo unívoco a la lengua que hablan hoy cerca de cuatrocientos millones de personas. Asimismo, es la denominación que se utiliza internacionalmente (*Spanish, espagnol, Spanisch, spagnolo*, etc.). Aun siendo también sinónimo de *español*, resulta preferible reservar el término *castellano* para referirse al dialecto románico nacido en el Reino de Castilla durante la Edad Media, o al dialecto del español que se habla actualmente en esta región. En España, se usa asimismo el nombre *castellano* cuando se alude a la lengua común del Estado en relación con las otras lenguas cooficiales en sus respectivos territorios autónomos, como el catalán, el gallego o el vasco.¹

Palabras polisémicas y monosémicas

Las palabras de uso más frecuente son polisémicas, es decir, tienen varios significados, mientras que las muy poco frecuentes son monosémicas.² El término *mundo* es polisémico, pues en la actual edición del *Diccionario de la lengua española*, que usted puede consultar gratuitamente en la ciberpágina de la Real Academia Española, tiene trece significados:³ el cuarto, el quinto y el sexto son,

1 Real Academia Española y Asociación de Academias de la Lengua Española. *Diccionario panhispánico de dudas*. Madrid: Santillana, 2005. pp. 271-272.

2 «Suelen ser monosémicas muchas de las voces que pertenecen a la terminología científica, así como los nombres de muchos árboles y plantas» (José Martínez de Sousa. *Diccionario de redacción y estilo*. 2.^a ed. Madrid: Pirámide, 1997. p. 304).

3 En la siguiente edición, vigésima tercera, prevista para el 2013, tendrá catorce acepciones.

respectivamente, «totalidad de los hombres, género humano», «sociedad humana» y «parte de la sociedad humana, caracterizada por alguna cualidad o circunstancia común a todos sus individuos». Así pues, nada de incorrecto tiene una oración como *Todo el mundo salió a la calle cuando comenzó a temblar*.

Implementar

El verbo *implementar* entró a la vigésima primera edición del *Diccionario de la lengua española*, salida a luz en 1992, definido así: «Poner en funcionamiento, aplicar métodos, medidas, etc., para llevar algo a cabo». En la siguiente y actual edición, vigésima segunda de 2001, sigue igual la definición.

Sustantivo + a + infinitivo

Acerca de la construcción **sustantivo + a + infinitivo**, como en los sintagmas *plan a seguir* o *programa a ejecutar*, le copio lo dicho en el *Diccionario panhispánico de dudas*:

Estas estructuras sintácticas son calcos del francés y su empleo en español comenzó a propagarse en el segundo tercio del siglo XIX. En el ámbito de la economía están ya consolidadas expresiones como *cantidad a ingresar*, *cantidad a deducir*, que permiten, incluso, la omisión del sustantivo: *A ingresar: 25 euros*. Son frecuentes en el terreno administrativo y periodístico expresiones idénticas a las anteriores, como *temas a tratar*, *problemas a resolver*, *ejemplo a seguir*, etc. Estas construcciones resultan más breves que las tradicionales españolas: *problemas que hay que resolver*, *ejemplo que se debe seguir*, etc. Su uso es especialmente frecuente cuando funcionan como sujeto o como atributo en oraciones copulativas: *Los temas a tratar son dos*; *Esas son las cuestiones a dilucidar*. En español solo son aceptables en algunos casos, por lo que se recomienda tener en cuenta las siguientes orientaciones generales:

a) Si la preposición *a* admite su sustitución por las preposiciones *por* o *para*, o el relativo *que*, sin que sea necesario cambiar la estructura de la construcción y sin que cambie el significado, debe desecharse la construcción galicada: ⊗ *Tenemos dos asuntos a tratar* (mejor *Tenemos dos asuntos que tratar*); ⊗ *No hay más asuntos a discutir* (mejor *No hay más asuntos que/por/para/discutir*). Con respecto al uso de *por* en lugar de *a*, es necesario señalar que la construcción con *por* posee un matiz significativo adicional; así, no es exactamente lo mismo *cantidad por pagar* que *cantidad a pagar*: *cantidad por pagar* es 'cantidad que queda todavía por pagar', e implica que se han satisfecho otros pagos anteriormente, mientras que *cantidad a pagar* es, simplemente, 'cantidad que hay que pagar'.

b) El verbo en infinitivo debe ser transitivo, pues en tales construcciones el infinitivo tiene valor pasivo; por tanto, no son admisibles oraciones como ⊗ *El lugar a pelear será las Vegas* (pues no se dice ⊗ *pelear un lugar*, sino *en un lugar*); ⊗ *La cuestión a hablar en la reunión es de escasa importancia* (pues no se dice ⊗ *hablar una cuestión*, sino *de* o *sobre una cuestión*).

c) El infinitivo debe estar en forma activa, pues, como ya se ha indicado, los infinitivos de estas construcciones ya tienen valor pasivo: ⊗ *El tema a ser tratado presenta dificultades* (correcto: *El tema a tratar*).

d) Son normales estas construcciones con sustantivos abstractos como *asunto, tema, ejemplo, cuestión, aspecto, punto, cantidad, problema* y otros similares, y con verbos del tipo de *realizar* (se evita *hacer* por razones de cacofonía con la preposición *a*: ⊗ *tareas a hacer*), *ejecutar, tratar, comentar, dilucidar, resolver, tener en cuenta, considerar, ingresar, deducir, desgravar, descontar*, etc. Pero no deben extenderse a otro tipo de enunciados, con otros verbos en infinitivo y con sustantivos que no sean abstractos: ⊗ *Los ladrillos a poner están en la furgoneta*; ⊗ *Los libros a leer se encuentran en la mesa*.

e) Por último, no hay que olvidar que, en muchos casos, su uso es superfluo y, por tanto, evitable; así, en una oración como ⊗ *Pedro es un ejemplo a seguir para todos nosotros*, la secuencia de infinitivo a *seguir* es prescindible: *Pedro es un ejemplo para todos nosotros*.⁴

Adentro y afuera

ADENTRO. 1. Adverbio de lugar que, con verbos de movimiento explícito o implícito, significa 'hacia la parte interior': «*Enseguida la condujo adentro*» (Montero *Trenza* [Cuba 1987]); «*Lo he empujado ahí adentro*» (Hernández *Naturaleza* [Esp. 1989]). También se emplea para indicar estado o situación, con el significado de 'en la parte interior', aunque ello es más frecuente en América que en España, donde para expresar situación lo normal es usar *dentro*: «*Ya estás adentro y eres incapaz de salir*» (Volpi *Días* [Méx. 1994]); «*Lo llevo tan adentro*» (Sampedro *Sonrisa* [Esp. 1985]). Puede combinarse con las preposiciones *de, desde, hacia, hasta, para* o *por*, nunca con la preposición *a*, ya incluida en la forma de este adverbio: ⊗ *Nos fuimos a adentro* (correcto: *Nos fuimos adentro*). En España, precedido de preposición, es más normal el uso de *dentro*.

2. En el español de América, en registros coloquiales o populares, no es infrecuente que *adentro* vaya seguido de un complemento con *de*: ⊗ «*Lo encontraron calcinado adentro de su automóvil*» (Clarín [Arg.] 22.10.02). Pero, en general, es uso rechazado por los hablantes cultos y se recomienda evitarlo en el habla esmerada; en esos casos debe emplearse *dentro*.

3. Por su condición de adverbio, no se considera correcto su empleo con posesivos: ⊗ *adentro mío, ã adentro suyo*, etc. (lo correcto es *dentro de mí, dentro de él*, etc.).

4. Como sustantivo, se usa en plural, generalmente precedido de posesivo, con el sentido de 'parte interior': «*El árbol estaba totalmente seco y con los adentros huecos*» (Elizondo *Setenta* [Méx. 1987]); «*Se dijo para sus adentros que no compensaba el riesgo*» (Mendoza *Verdad* [Esp. 1975]).

4 Real Academia Española y Asociación de Academias de la Lengua española, óp. cit., p. 3.

ADONDE. 1. Adverbio relativo de lugar que expresa la dirección de un movimiento. Es palabra átona y por ello se escribe sin tilde, a diferencia del adverbio interrogativo o exclamativo *adónde*. Funciona, a modo de conjunción, introduciendo oraciones de relativo con antecedente o sin él: «*Desciende a los infiernos, adonde va a buscarlo la Diosa Madre*» (Cousté *Biografía* [Arg. 1978]); «*Regresamos adonde nos esperaba el taxi*» (VLlosa Tía [Perú 1977]). También puede escribirse en dos palabras: *a donde*. Aunque hasta ahora se venía recomendando un uso especializado de ambas grafías: *adonde* —con o sin antecedente expreso— y *a donde* —sin antecedente expreso—, esta recomendación no ha cuajado en el uso y hoy se admite como correcto el empleo indistinto de ambas formas: «*Esperamos nerviosos el mediodía en el lugar a donde hemos sido conducidos*» (Laín Descargo [Esp. 1976]); «*Vaya a donde quiera, descanse*» (Andrade Dios [Arg. 1993]).

2. En el español actual debe evitarse el uso arcaico de *adonde* o *a donde* para indicar situación ('en donde'): ⊗ «*El remisero estaba [...] a pocas cuadras de las calles Rivas y Misiones, a donde lo esperaba un cliente*» (Clarín [Arg.] 10.2.97); ⊗ «*Andrés Trapiello ha escrito buenas y curiosas anécdotas de ese bar, adonde entrevisté a Italo Calvino*» (Mundo [Esp.] 15.12.96). En estos casos debe usarse el adverbio relativo *donde*, opcionalmente precedido de *en*.

3. Como preposición (*adonde*) o locución preposicional (*a donde*) se utiliza, en la lengua coloquial, con el sentido de 'junto a' o 'a casa de': «*El mozárabe regresó adonde Guacelmo*» (Torbado *Peregrino* [Esp. 1993]); «*Beatriz y Vicente se han ido a donde su tía*» (Chase Pavo [C. Rica 1996]); «*Esa misma tarde volvió adonde Prato*» (UPietri *Oficio* [Ven. 1976]). Con este mismo sentido puede usarse también *donde*.

4. No es correcto usar este adverbio precedido de preposición: ⊗ «*El club de los corazones solitarios..., [...] hacia adonde algunos [...] miraban entre la nostalgia y la ironía*» (SchzOstiz *Infierno* [Esp. 1995]). En estos casos debe suprimirse la preposición o emplear el adverbio relativo *donde*.

AFUERA. 1. Adverbio de lugar que, con verbos de movimiento explícito o implícito, significa 'hacia el exterior del sitio en que se está o de que se habla': «*No, primero acompáñame afuera*» (Alatraste *Vivir* [Méx. 1985]); «*Lucas vuelve a mirar afuera*» (Cabal *Vade* [Esp. 1982]). En España, indicando movimiento, se usa también con frecuencia el adverbio *fuera*: «*Continúo empujando hasta que salimos fuera*» (Mañas *Kronen* [Esp. 1994]). Se emplea asimismo sin idea de movimiento, con el sentido de 'en el exterior del sitio en que se está o de que se habla', aunque ello es más frecuente en América que en España, donde para expresar situación lo normal es usar *fuera*: «*Se oyeron sonidos afuera*» (Belli *Mujer* [Nic. 1992]). Puede ir precedido de las preposiciones *de*, *desde*, *hacia*, *hasta*, *para* o *por*, nunca de la preposición *a*, ya incluida en la forma de este adverbio: ⊗ *de dentro a afuera* (correcto: *de dentro afuera*). En España, precedido de preposición, es más normal el uso de *fuera*.

2. En el español de América, en registros coloquiales o populares, no es infrecuente que *afuera* vaya seguido de un complemento con *de*: ⊗ «*Sacó el balón afuera del campo de juego*» (Tiempos [Bol.] 4.12.96). Pero, en general, es uso rechazado por los hablantes cultos y se recomienda evitarlo en el habla esmerada; en esos casos debe emplearse *fuera*.

3. Como sustantivo, se usa en plural con el sentido de ‘periferia, alrededores de una población’. Con verbos de estado, el complemento adverbial puede ir precedido indistintamente por las preposiciones *en* o *a*: «Vivía *EN* las afueras de Malinalco» (Velasco *Regina* [Méx. 1987]); «Ya casi estamos *A* las afueras del pueblo» (RdgzJuliá *Cruce* [P. Rico 1989]).

DENTRO. 1. Adverbio de lugar que significa ‘en la parte interior’. Lleva siempre un complemento con *de*, explícito o implícito, que expresa el lugar de referencia: «Se oye su voz rota por las dos balas que lleva dentro» (ASantos *Estanquera* [Esp. 1981]); «Algo se desmoronó dentro *DE* su cabeza» (Martínez *Evita* [Arg. 1995]). Cuando el complemento con *de* está explícito, en el habla coloquial o popular americana se emplea indebidamente el adverbio *adentro* en lugar de *dentro*. Aunque *dentro* se usa normalmente con verbos que indican estado o situación, también se utiliza con frecuencia con verbos de movimiento y puede ir precedido de las preposiciones *de*, *desde*, *hacia*, *hasta*, *para* o *por*: «No venía *DE* dentro de la casa, sino por la parte del jardín» (CBonald *Noche* [Esp. 1981]); «Suelta el perro y corre *HACIA* dentro de la casa» (Santiago *Sueño* [P. Rico 1996]).

2. Puede usarse también precedido de la preposición *a*: «Los habitantes de la casa se volvían a dentro riñendo a la sirvienta» (Goytisolo *Estela* [Esp. 1984]), pero en ese caso es preferible y mayoritario hoy el empleo del adverbio simple *adentro*.

3. Por su condición de adverbio, no se considera correcto su uso con posesivos: ⊗ *dentro mío*, ⊗ *dentro suyo*, etc. (debe decirse *dentro de mí*, *dentro de él*, etc.).

4. Seguido de la preposición *de* y un sustantivo de significado temporal, forma una locución preposicional que expresa el tiempo que falta para que algo suceda o tenga lugar: «Dentro de diez minutos estoy allí» (CBonald *Noche* [Esp. 1981]). El uso en estos casos de la preposición *en* está influido por el inglés y, a pesar de su extensión, debe ser evitado: ⊗ «Si Raúl no aparece en cinco minutos, me largo» (Mendizábal *Cumpleaños* [Esp. 1992]).

DONDE. 1. Adverbio relativo de lugar que introduce oraciones subordinadas con antecedente o sin él: «Fueron hasta la casa donde él se alojaba» (Alfaya *Traidor* [Esp. 1991]); «Yo iré donde tú vayas» (Chao *Altos* [Méx. 1991]). Es palabra átona que debe escribirse sin tilde, a diferencia del adverbio interrogativo o exclamativo *dónde*. Se hace tónico, aunque sigue escribiéndose sin tilde, cuando se coordina con otro adverbio relativo y no es el último elemento de la coordinación: *Trabajaré donde* (pron. [dónde]) y *cuando yo quiera*.

2. Puede ir precedido de las preposiciones *a*, *de*, *desde*, *en*, *hacia*, *hasta*, *para* y *por*, con las que se indican distintas relaciones de lugar (destino, origen, situación, dirección, tránsito): «Vámonos a donde tú quieras» (Herrera *Casa* [Ven. 1985]); «Yo podría olvidar [...] los lugares de donde vengo» (Labarca *Butamalón* [Chile 1994]); «En una esquina hay una cantina desde donde se oye la algarabía de los clientes» (Gallegos *Pasado* [C. Rica 1993]); «No vas a poder cazar en donde ya sabes» (RRosa *Sebastián* [Guat. 1994]); «Corrimos hacia donde yacía, ya muerto, el ciervo colorado» (Guido *Invitación* [Arg. 1979]); «El escritor va hasta donde se encuentra la televisión» (López *Vine* [Méx. 1975]); «Su decisión entreabrió una puerta por donde cabía el mundo entero»

(GaMárquez Amor [Col. 1985]). La preposición *a* puede soldarse a este adverbio, dando lugar a la forma *adonde*: «*Llévame adonde tú vayas*» (Omar Hoy [Esp. 1989]).

3. Cuando el verbo implica movimiento, para indicar destino, pueden emplearse las formas *a donde* (o *adonde*) y *donde*: *Iré a donde tú vayas / Iré donde tú vayas; La casa adonde te llevo está cerca / La casa donde te llevo está cerca*. Debe evitarse hoy el uso de *a donde* (o *adonde*) para indicar 'lugar en donde': ⊗ *El apartamento a donde vivo es grande*.

4. Para indicar estado o situación ('lugar en donde'), es opcional el uso de la preposición *en* ante el relativo *donde*, aunque, cuando no hay antecedente, suele ser más frecuente la ausencia de preposición: *Ponlo donde quieras / Ponlo en donde quieras; La habitación en donde duermo es pequeña / La habitación donde duermo es pequeña*.

5. Es arcaico, y debe evitarse hoy, el uso de *donde* con antecedente temporal: ⊗ *Fueron años donde se pasaron calamidades; ⊗ Será al atardecer donde se producirán los chubascos más fuertes*. En estos casos deben usarse los relativos (*el*) *que* o *el cual* precedidos de la preposición correspondiente, o bien, si lo admite la sintaxis de la frase, el adverbio relativo *cuando*: *Fueron años en (los) que / durante los cuales se pasaron calamidades; Será al atardecer cuando se producirán los chubascos más fuertes*.

6. En el habla coloquial se usa a veces como preposición, con el sentido de 'junto a' o 'a casa de': «*Luego fue donde Freddy y se lo contó todo*» (Vergés Cenizas [R. Dom. 1980]); «*Violeta fue donde Marcelina a preguntarle qué pasaba*» (Serrano Vida [Chile 1995]); «*Voy donde el abuelo*» (ASantos Vis [Esp. 1992]).

FUERA. 1. Adverbio de lugar que significa 'a o en la parte exterior del sitio en que se está o de que se habla'. Se construye con un complemento con *de*, explícito o implícito, que expresa el lugar de referencia. Se usa tanto con verbos de movimiento como de estado, y más en España que en América, donde, cuando va sin complemento explícito, se prefiere en general el uso de *afuera*: «*El único que estaba fuera era Mulay*» (VqzFigueroa Tuareg [Esp. 1981]); «*¿Voy a poder salir fuera de este infierno?*» (LTena Renglonas [Esp. 1979]). Cuando el complemento con *de* está explícito, en el habla coloquial o popular americana se emplea indebidamente el adverbio *afuera* en lugar de *fuera*. Puede ir precedido de las preposiciones *de*, *desde*, *hacia*, *hasta*, *para* o *por*; pero nunca de *a*, ya que en ese caso se emplea el adverbio simple *afuera*: ⊗ *Vamos a fuera* (correcto: *Vamos afuera*).

RESEÑAS BIBLIOGRÁFICAS

Asociación de Academias de la Lengua Española. *Diccionario de Americanismos*. Lima: Santillana, 2010. 2333 páginas + LXIV.

Saludamos con júbilo la aparición del *Diccionario de americanismos* elaborado por la Asociación de Academias de la Lengua Española que debía ser presentado con toda solemnidad en el frustrado V Congreso Internacional de la Lengua Española que celebrarían la hermana república de Chile, si las fuerzas de la naturaleza no la hubieran golpeado con tanta fuerza en febrero de 2010.

En la Presentación del *Diccionario de americanismos*, don Víctor García de la Concha nos relata parte de la historia del proyecto, comentando que en el último cuarto del siglo XIX la Real Academia Española se propuso elaborar un diccionario de americanismos con la ayuda de las nuevas correspondientes, pero el ambicioso proyecto quedó en el limbo de las buenas intenciones. Luego, en 1951, con la fundación de la Asociación de Academias de la Lengua Española ideada por el académico Martín Luis Guzmán y oficializada por el presidente mexicano Miguel Alemán, surge de nuevo la necesidad sentida de elaborar el diccionario de americanismos. En 1996 la Academia Nacional de Letras del Uruguay acogió una reunión de académicos lexicógrafos que aprobaron el primer borrador de una planta del diccionario; finalmente, en 1998, en Puebla de los Ángeles, la Asociación de Academias aprobó por unanimidad el proyecto.

Es muy explícito don Víctor García de la Concha al señalar que “Como es lógico, a las Academias americanas ha correspondido el protagonismo en la construcción de este Diccionario. Cada una de ellas se ha responsabilizado de su parcela de léxico con una dedicación esforzada y ejemplar” (p. X).

Queremos resaltar las palabras del Director de la RAE al elogiar la labor del Director del proyecto: “Es de justicia dejar también aquí constancia de que el Secretario general de la Asociación y miembro de la Academia Puertorriqueña, don Humberto López Morales ha sido el alma de esta empresa. A él se debe la planta definitiva de la construcción, cuyo desarrollo, tan complejo y arduo, ha guiado con sabiduría y con una entrega impagable” (p. X).

La introducción del *Diccionario de americanismos*, firmada por el Director del proyecto, don Humberto López Morales, relata brevemente algunos aspectos del trabajo de comisiones y equipos: la comisión interacadémica, la asesora, el equipo de redacción de Madrid, el de tecnología e informática y los de revisión de cada una de las Academias americanas. De vital importancia, señala don Humberto, han sido los trabajos efectuados por los alumnos de la Escuela de Lexicografía Hispánica.

Cuando el equipo de redacción de Madrid completaba una letra, el trabajo emprendía su viaje a las Academias americanas: “Es en las Academias donde comienza realmente el proceso de revisión de los lemas y de los demás elementos

que constituyen cada uno de los artículos: uso, definición, marcaciones etc. Este es el verdadero núcleo del trabajo lexicográfico de nuestro *Diccionario*, porque hay que tener en cuenta que los borradores preparados en Madrid son siempre provisionales, pues salvo los redactores hispanoamericanos con que contaba el equipo (y que en todo caso aportaban únicamente la competencia lingüística correspondiente a su propio país), los demás no tenían demasiada experiencia en el manejo del español de América" (p. XXVIII).

Es de anotar que los créditos de las personas que colaboraron en el proyecto están registrados en las páginas preliminares. Dice don Humberto López Morales: "Los equipos lexicográficos de cada una de las Academias, integrado por uno o varios académicos y los becarios, más algunos ayudantes entusiastas, tenían en sus manos esta labor de revisión, apoyados en primer lugar, desde luego, en su propia experiencia idiomática. Las correcciones devolvían a Madrid documentos muy cambiados, a veces sustancialmente diferentes de los enviados. En este sentido, puede decirse con total honradez que las verdaderas autoras de este *Diccionario de americanismos* son las Academias americanas" (p. XXVIII).

De la página XXXI a la LVII encontramos, como en todo buen diccionario, una Guía del consultor, instrumento fundamental para el mejor aprovechamiento de las distintas informaciones que brinda el presente diccionario. Invitamos a su detenida lectura suficientemente ejemplificada de la que sólo queremos hacer unos breves comentarios sobre las características generales del *Diccionario de americanismos*.

1. Dialectal. "La obra que el lector tiene en sus manos es un diccionario del español de América" (p. XXXI). El español de América es una variedad del español que a su vez se divide en diferentes zonas dialectales. Si por dialecto entendemos una variedad de una lengua, reconocemos que a pesar de la unidad que caracteriza una lengua, existe dentro de ella una serie de diferencias que, a su vez, identifican regiones y comunidades. La dialectología ha estado apoyada por la geografía lingüística, de tal manera que las marcas nacionales y las marcas supranacionales que se explican en la guía forman un mapa conceptual de la distribución de los fenómenos lingüísticos. La ordenación de los países no por orden alfabético sino por su distribución geográfica de norte a sur y de occidente a oriente es una de las novedades funcionales del presente *Diccionario*.

2. Diferencial. "El *Diccionario de americanismos* es diferencial con respecto al español general. En el plano léxico se entiende por 'español general' el conjunto de términos comunes a todos los hispanohablantes (sol, cama, agua, comer...) –bastante más del 80 por ciento de nuestro vocabulario–, independientemente de la variedad dialectal que se maneje. No se trata, pues, de establecer la contrastividad con el español de España, como ha sido habitual hasta ahora" (p. XXXI). Queremos insistir en esta novedosa característica, que no opone la selección del léxico al usado en España sino a la base común del español panhispánico y que la cifra de este elemento común que supera, según la cita, el 80% de ese vocabulario común, es definitivamente alta, razón por la cual las diferencias, si bien identifican regiones y comunidades, no comprometen en nada la unidad de nuestra lengua.

3. Descriptivo. “El Diccionario de americanismos carece de propósito normativo. No da pautas para el ‘bien hablar y escribir’, ni silencia términos considerados por la comunidad (aunque cada una tiene los suyos) como malsonantes, tabuizados, vulgares, extranjerismos, neologismos, ni palabras que aluden a cuestiones de sexo-género, procedencias, defectos físicos o morales, ni términos de la drogadicción, el narcotráfico, la delincuencia, etc., que pudiera herir alguna susceptibilidad” (p. XXXI).

Siempre recordamos que García Márquez, al criticar el Diccionario de María Moliner, consideraba que el mayor defecto fue eliminar las mal llamadas malas palabras o, según la autora, los usos no *ciudadanos*, y al respecto nos dice: “María Moliner tenía un método infinito, pretendía agarrar al vuelo todas las palabras de la vida ‘sobre todo las que encuentro en los periódicos’ dijo en una entrevista ‘Porque allí viene el idioma vivo, el que se está usando, las palabras que tienen que inventarse al momento, por necesidad’. Solo hizo una excepción, las mal llamadas malas palabras, que son muchas y tal vez las más usadas en la España de todos los tiempos. Es el defecto mayor de su diccionario, y María Moliner vivió bastante para comprenderlo pero no lo suficiente para corregirlo”. (García Márquez, 1981, 2 A). Este defecto no lo encontraremos en el *Diccionario de americanismos*.

4. Usual. “Este Diccionario es usual, por lo que recoge términos –sea cual sea su significado– con gran frecuencia de uso manejados en la actualidad; también otros cuya frecuencia de uso es baja, más los que han sido atestiguados como obsoletos, si bien en estos dos casos van caracterizados puntualmente con la marca respectiva” (p. XXXII). La baja frecuencia de algunos términos irá marcada, entonces, con las iniciales de poco usado (p.u.). La obsolescencia estará marcada con obs. La ausencia de marca en este sentido implica que el término estudiado, lo mismo que sus acepciones, son vigentes y frecuentes en la actualidad.

5. Descodificador. “El Diccionario de americanismos es también descodificador y por ello está diseñado para ayudar al usuario a entender cualquier unidad textual de ese enorme corpus con que hoy cuenta Hispanoamérica, y también, naturalmente, textos orales” (p. XXXII).

6. Actual “El radio de acción del Diccionario de americanismos abarca aproximadamente los últimos cincuenta años” (p. XXXII).

El cuerpo del presente *Diccionario de americanismos* va de la página 1 a la 2.220, donde se recogen más de 60.000 entradas con cerca de 200.000 acepciones, lo que implica que, en general, cada entrada tiene en promedio más de tres acepciones. Según estas cifras, es necesariamente la mayor recopilación del léxico americano, que supera en mucho a cualquier otro diccionario de americanismos tanto en cantidad como en calidad.

Una de las innovaciones técnicas del *Diccionario de americanismos* consiste en la adecuada ordenación en la presentación del contenido, “Todas las acepciones y remisiones de que consta el artículo están adscritas a un ámbito semántico; constituyen por tanto, el segundo índice clasificador. Los números arábigos que

distinguen las acepciones van en negrita después del número romano que indica el ámbito semántico, formando columnas entre ellos" (p. LV).

Con respecto al tratamiento de la homonimia, señala la Guía que "Tanto los términos homónimos como los polisémicos tienen la misma estructura de diccionario, solo con una diferencia sustancial. En el caso de la homonimia, cada una de estas palabras idénticas en su forma externa pero con significados diferentes lleva su etimología particular. En el de la polisemia, como todas tienen la misma etimología, aunque difieran entre sí algunos significados, esta aparece (si debe aparecer) solo una vez, en el lema" (p. XXXIX).

Si bien no se considera como anexo, de la página 2223 a la 2243 el *Diccionario de Americanismos* cuenta con un valioso índice sinonímico, con el cual el lector se podrá recrear advirtiendo la riqueza léxica; si bien para identificar la territorialidad del término debe acudir al lema seleccionado en el cuerpo del *Diccionario*.

El primer anexo corresponde a las etnias indígenas vivas de Hispanoamérica, el segundo a los gentilicios americanos, el tercero a los hipocorísticos más usados, el cuarto corresponde a la Nomenclatura gubernamental hispanoamericana, el quinto a la nomenclatura militar, el sexto a la nomenclatura monetaria y el último recoge las siglas hispanoamericanas de más uso.

El *Diccionario de americanismos* constituye un nuevo y excelente fruto de la política lingüística panhispanica de las Academias, comprometidas en su trabajo al servicio de la unidad de nuestra lengua sin menoscabo de su rica y fecunda variedad.

Editado por Santillana, no podemos dejar de citar con la Tabula Gratulatoria, a Repsol, principalísimo benefactor, y a las demás instituciones y empresas que colaboraron con el rublo económico de esta gigantesca empresa como la Junta de Andalucía, la Consejería de Educación de la Comunidad de Madrid, la Fundación Carolina, la Agencia Española de Cooperación Internacional y para el Desarrollo y a la Fundación pro Real Academia Española.

El *Diccionario de americanismos* es, según don Humberto López Morales, «el mayor esfuerzo realizado hasta ahora por mostrar la riqueza léxica de América» y el más importante aporte de las Academias a la conmemoración del Bicentenario de la Independencia de las Repúblicas Iberoamericanas.

Edilberto Cruz Espejo

Ricardo Soca. *La fascinante historia de las palabras*. Bogotá: Rey Naranjo Editores, 2010. 206 p.

«En materia de etimologías, todo es arduo», afirmó el lingüista argentino Avelino Herrero Mayor;¹ no obstante, esto no ha sido óbice para que el periodista uruguayo

1 En su libro *Cosas del idioma: indagaciones y experiencias*. Buenos Aires: Troquel, 1959. p. 90.

Ricardo Soca haya decidido hincarle el diente a este tema tan espinoso, pues ha entendido que «La etimología no es una curiosidad erudita de interés puramente histórico, sino que es la base misma de la propiedad idiomática» y que «Sólo cuando conocemos el origen de un vocablo podemos comprender el fundamento y límites de su fuerza expresiva», como sabiamente sostuvo el maestro y filólogo español Ramón Menéndez Pidal.²

Y a diferencia de un diccionario etimológico, donde de manera escueta se da el origen de los vocablos, *La fascinante historia de las palabras* es un libro ameno y divertido en que cada una de las voces tratadas, 409 en total, aunque hay 9 remisiones o envíos, tiene una explicación minuciosa sobre su procedencia, significado y evolución hasta llegar a su uso actual. Para tal fin, el creador de la página del idioma español³ ha consultado numerosas fuentes y ha acogido múltiples sugerencias de cibernautas. A este respecto, es de resaltar que las letras con más entradas son la **C** (desde *cábala* hasta *crónico*) y la **P** (desde *paella* hasta *pupila*) con 58 y 52 unidades léxicas, respectivamente, y las que menos tienen son la **J** (jinete), la **Q** (química) y la **Y** (yanqui), con un lema cada una.

Por otra parte, cabe destacar que es un libro profusamente ilustrado, pues cada página contiene una imagen, un antiguo grabado publicitario que traduce el espíritu de la palabra explicada.⁴ Además, la cubierta de la obra es muy colorida y atractiva, la cual, a simple vista, da la impresión de que estamos ante un texto de ornitología por los colibríes tan vistosos que en ella están impresos.

Así pues, a pesar de que «La etimología es una ciencia difícil», como ha dicho el maestro de traductores español Valentín García Yebra,⁵ y «nos depara a veces sorpresas inauditas»,⁶ *La fascinante historia de las palabras* nos deleita con un lenguaje sencillo y claro y hace que queramos conocer más y más todo lo que se esconde detrás de un vocablo porque «Nada podrá medir el poder que oculta una palabra»,⁷ y «Las palabras nos hacen el pensamiento».⁸ Además, «quien no conoce bien la fuerza de las palabras no puede conocer bien a los hombres», sentenció Confucio.

Para concluir, es bueno recordar que en nuestro país se publicó hace más de cincuenta años (1956), y ha tenido varias ediciones en distintas editoriales, un libro parecido: *Biografía de las palabras*, escrito por el sacerdote bogotano y claretiano Efraín Gaitán Orjuela, igual de apasionante, pero no tan llamativo visualmente.

Cleóbulo Sabogal Cárdenas

2 Citado por Manuel Alvar Ezquerro en *Lexicografía descriptiva*. Barcelona: Bibliograf, 1993. p. 118.

3 <www.elcastellano.org>

4 Cfr. p. 6.

5 En su libro *El buen uso de las palabras*: Madrid: Gredos, 2003. p. 44.

6 Fernando A. Navarro. *Parentescos insólitos del lenguaje*. Madrid: Ediciones del Prado, 2002. p. IX.

7 Álex Grijelmo. *La seducción de las palabras*. Madrid: Santillana, 2000 p. 13.

8 *Ibíd.*, p. 110.

Héctor H. Orjuela. *Historia crítica de la literatura colombiana. Literatura romántica*. Bogotá: Editora Guadalupe Ltda., tomo I, 2008; tomo II, 2009.

Para empezar, conviene recordar que la *Colección Héctor H. Orjuela* comenzó con un paso fundamental reconocido en la metodología humanística, como el rastreo bibliográfico. El estudioso colombiano, ya en 1966, publicó en el Instituto Caro y Cuervo *Las antologías poéticas de Colombia: Estudio y bibliografía*. Dos años después publicó allí mismo *Fuentes generales para el estudio de la literatura colombiana* y, luego, *Bibliografía del teatro colombiano* (1974) y *Bibliografía de la poesía colombiana* (1975). Su ejemplar dedicación y el excepcional empeño por las letras nacionales le permitieron ser hoy el autor de un centenar de libros. No puede extrañarnos, en el trabajo infatigable de Orjuela, que cada estudio garantice una detallada profundización histórico-literaria apoyada por observaciones críticas.

Dentro de esta inigualable colección encontramos grandes grupos temáticos, como las *Literaturas indígenas*, la *Literatura colonial*, el *Romanticismo* y el *realismo*, para terminar con el *Modernismo*. Estas visiones abarcan diferentes aspectos, a saber: historia general, historias por género, antologías, ediciones, biografías y ensayos. A estas publicaciones hay que agregarle los trabajos lingüísticos y la obra creativa de Héctor Orjuela. El panorama histórico, según la decisión del investigador bogotano, está concebido hasta la Generación del Centenario, aunque no descarta la posibilidad de extenderlo hasta la segunda mitad del siglo XX.

Comprender los procesos de transformación en la literatura es percibir, jerarquizar y destacar el conjunto de las obras objeto de estudio en relación con el marco axiológico válido actualmente; es decir, con la estructura de los valores que rigen hoy a nivel cultural y social. De esta manera, se reconoce el proceso de realización de la propuesta de los valores de antaño ofrecidos dentro de una interpretación nueva, por medio de la postura vivencial y su inclusión en la actitud estética asumida. Es así como se llega a la concreción de la obra y su localización dentro de la visión desplegada. Parece que Héctor Orjuela está interesado en indagar los elementos formales y artísticos en función de la trascendencia de la persona humana y su existencia social.

Todo historiador de la literatura conoce a fondo el dilema que existe entre la tesis de la imposibilidad de garantizar una interpretación exclusiva y el principio de su verificación; entre estas dudas surgen las inquietudes o las amenazas de la falsificación. Además de este conflicto lógico-metodológico, se manifiesta el conflicto axiológico en el que confluyen el criterio cognitivo y la libertad del análisis. En consecuencia, el rigor de la verdad riñe con el afán pragmático de otorgar la interpretación personal deseada.

Al revisar el viejo problema de cómo clasificar la enorme masa literaria en Hispanoamérica, los historiadores, por lo general, adoptaron el criterio político de ordenar toda la documentación en función de las repúblicas independientes. En cuanto a la sistematización de los períodos las versiones varían. Recordemos algunas de las propuestas más conocidas del siglo XX. Luis Alberto Sánchez en su *Nueva historia de la literatura americana* (1944) concibió cuatro grandes etapas: la creación aborígen, el bloque las letras de la Conquista y de la Colonia, el siglo XVIII

y, finalmente, la evolución del romanticismo hasta los años de su publicación. La *Historia de la literatura hispanoamericana* (1945) de Julio A. Leguizamón dibuja cuatro grandes épocas: la Colonia, la Independencia, el romanticismo y el modernismo, prescindiendo de la tradición indígena. A su vez, Pedro Henríquez Ureña ofrece una interpretación cronológica que, al inicio, propone dos grandes períodos: desde la Conquista hasta 1600 y la Colonia pero, luego, elabora el esquema generacional de treinta años. José Juan Arrom parece retomar esta propuesta en su clásico *Esquema generacional de las letras hispanoamericanas* (por entregas, 1961-1963; II edición en 1977) y adoptó el ciclo diferencial exacto de 30 años entre las generaciones, desde los nacidos en 1444 hasta los nacidos en 1954.

Repasando las historias de la literatura colombiana, podemos constatar que los acercamientos a la concepción generacional resultan escasos, más bien, se conserva la cronología que expone a los autores y su creación, o sigue planteamientos de evolución temática. En este sentido, el trabajo de H. Orjuela adquiere una dimensión excepcional. El autor del estudio reseñado es consciente de la dificultad de relacionar sus propios juicios valorativos con la comprensión de los fenómenos y el sentido que debe consignar. Ante estos retos, conjuga su propio discernimiento con los criterios de algunos de sus antecesores en la historia de la literatura colombiana. Se inclina a emitir sus propios juicios, pero también alude, de vez en cuando, a las visiones proyectadas anteriormente, lo cual facilita al lector la comprensión de su propia contribución a las letras nacionales. Huelga decir que Orjuela no entra a confrontar su trabajo con los modelos de los autores de antes o de las escuelas concretas y las tendencias metodológicas del pasado.

Los dos tomos de la *Historia crítica de la literatura colombiana. Literatura romántica*, quedaron separados por el hito generacional. El volumen I está dedicado a la primera generación romántica, la Generación del 1819. El volumen II expone la valoración literaria sobre la Generación de 1867. Ambos libros contienen capítulos que permiten ahondar en la contextualización histórico-cultural, pero su enfoque se centra en los géneros de poesía, narrativa y teatro.

Desde las primeras páginas, podemos apreciar la osada interpretación de Héctor H. Orjuela, quien adelanta la fecha del inicio del romanticismo no sólo en Colombia sino en Hispanoamérica. Usualmente, se reconoce que el romanticismo en Hispanoamérica comienza en los años 30 del siglo XIX con la creación de Esteban Echeverría y la Generación de Mayo. El historiador de la literatura justifica su propuesta de la primera generación de románticos como la de Simón Bolívar y sugiere identificarla con el año de 1819, fecha de la Batalla de Boyacá. Cierra, el autor, el paréntesis temporal de la primera generación con el año 1840, el de la guerra de los Supremos o de los Conventos y la formación de la nueva República y la derrota de los poderes regionales.

El payanés José María Gruesso es considerado el iniciador del romanticismo en Colombia; por lo tanto, su poema *Lamentación de Pubén* –reitera el estudioso– se debe reconocer como el manifiesto romántico en Colombia. En la primera generación romántica quedan incluidas figuras tan conocidas como: José Fernández Madrid, Juan Francisco Ortiz, José María Salazar, Luis Vargas Tejada y Josefa

Acevedo de Gómez, pero también Juan García del Río, los hermanos Pedro y Francisco Urquinaona Pardo, José Ángel Manrique, Juan Manuel García de Tejada y el presbítero Juan Antonio de Torres y Peña.

El volumen II propone el reconocimiento de la segunda generación de los románticos como la de la generación romántico-costumbrista, que parte desde 1840 hasta 1880. Si el primer año es resultado del corte temporal justificado en relación con la generación romántica primera, parece que la argumentación respectiva del segundo grupo artístico no resulta suficientemente convincente. Puede exteriorizarse la natural inquietud sobre la extensión generacional de 40 años, si la primera generación está incluida únicamente dentro de 21 años. Sobre esta circunstancia, el autor advierte: "No creo que se justifique la consideración de una tercera generación romántica pues para la década de los ochentas ya ha penetrado el Modernismo y constituye la tendencia dominante..." (p. 9). Por otra parte, hay que reconocer que la flexibilidad ejerce siempre una influencia notoria en las humanidades y hace que las delimitaciones de los conceptos puedan fluctuar.

Dentro de este marco centra su apreciación en poetas como Lorenzo María Lleras y José J. Ortiz. Reconoce como figuras claves a Arboleda, Caro, Gutiérrez Gonzáles y Núñez. A Rafael Pombo lo considera como el poeta que supo sintetizar el romanticismo. Destaca también la importancia, entre otros, de Silveria Espinosa de Rendón, Manuel M. Madieto, J. M. Marroquín, José María Samper, Rafael Pombo y Diego Fallón. Extiende su particular interés sobre obras como *Gonzalo de Oyón*, *Memoria sobre el cultivo del maíz* y *El Parnaso colombiano*, de Añez. Muchos son los narradores que Héctor Orjuela valora, pero se detiene, especialmente, en José Manuel Groot, Juan José Nieto y su *Ynggermina*, José María Ángel Gaitán y *El doctor Temis*; *Manuela*, de Eugenio Díaz Castro; Eustaquio Palacios y *El alférez real* y *Tránsito*, de Luis Segundo de Silvestre. Muy completa y valiosa resulta la presentación panorámica del teatro romántico colombiano con los aportes de José J. Ortiz, Caicedo Rojas, L.M. Lleras, José Leocadio Camacho, Honorato Barriga y muchos otros dramaturgos y hombres de teatro. Sus reflexiones sobre la Academia Dramática, la ópera y el teatro para niños complementan y enriquecen este acercamiento sesudo a la literatura colombiana decimonónica.

Ahora bien, si escudriñamos las valoraciones que ofrece el profesor Orjuela sobre los tres grandes géneros literarios, reconocemos que la riqueza documental resulta sumamente sólida y, en algunos casos, hasta reveladora. Rescata títulos de obras que salieron de circulación pero que por sus méritos constituyen referentes histórico-culturales. Trata de revivir en la memoria colectiva nombres de autores olvidados. Establece tendencias y corrientes que unen a algunos, aunque conviene señalar que, por ejemplo, comentando el costumbrismo reconoce la influencia realista y, sin embargo, lo clasifica dentro del romanticismo. Lanza temáticas más representativas o significativas por su repercusión posterior.

La visualización del desarrollo de los géneros literarios se proyecta, en ambos volúmenes, según la importancia que le otorga el profesor Orjuela a los poetas y a la influencia que éstos últimos pueden ejercer hoy en día. Es una tarea nada fácil que exige un cuidado equilibrado, unas apreciaciones muy moderadas y, sobre

todo, un conocimiento profundo del pasado y del sentido actualizado de los juicios valorativos. Se puede constatar que el autor, a pesar de sus propias opiniones que expresa, trata de conservar la diferenciación entre las posiciones afirmativas y polémicas.

La obra *Historia crítica de la literatura colombiana. Literatura romántica* transmite la convicción de que las múltiples y variadas relaciones de la obra literaria con el mundo de los valores, tanto los estéticos cuanto los supraestéticos, la constituyen e influyen sobre el modo de su circulación en la cultura nacional y, por ende, ayuda a identificar el sentido de la vida del colombiano. Se trata de precisar las reflexiones sobre el conocimiento axiológico de la evolución de la identidad de Colombia y de su historia a través de su literatura. Este planteamiento, por medio de las obras analizadas y que contribuyen a una visión más amplia, permite evitar apreciaciones unilaterales y apreciar las funciones de la literatura que justifican su particularidad y su existencia en el mundo.

En todas las páginas se manifiesta el empeño de ratificar el excepcional aporte de los románticos colombianos. En la valoración final sobre la poesía, leemos: "Con figuras como Arboleda, Caro, Gutiérrez González, Pombo, Isaacs, etc., Colombia puede ufanarse, entre los países de habla castellana, de ofrecer en los años de vigencia del romanticismo un grupo de poetas que fueron creadores –o más bien continuadores– de una valiosa tradición literaria que le ha dado renombre internacional. Esta circunstancia convierte la etapa romántica en la más importante en el desarrollo de la poesía nacional" (p. 149, 150). En muchas ocasiones el investigador colombiano manifestó su alto aprecio por las letras nacionales actuales, pero es bien conocido su continuo empeño por consolidar la tradición literaria y cultural de su país.

Es muy probable que la actividad académica del autor en la Universidad de California, Irvine, durante varias décadas, haya intensificado su sentido de patriotismo y la necesidad de proclamar lo nacional. Por consiguiente, este libro y toda la colección de Héctor H. Orjuela, contribuyen a reafirmar y a exaltar la colombianidad.

Bogdan Piotrowski
Universidad de La Sabana

CONTENIDO

	Pág.
CENTENARIO DE EDUARDO CABALLERO CALDERÓN	
Exordio	8
Eduardo Caballero Calderón, un hombre de letras	
<i>Juan Gustavo Cobo Borda</i>	11
Eduardo Caballero Calderón (1910-1993)	
y la mentalidad del pueblo boyacense	
<i>Javier Ocampo López</i>	24
HOMENAJE A LOS ESCRITORES JAIME BARRERA PARRA Y TOMÁS VARGAS OSORIO	
La mano abierta	
<i>Belisario Betancur Cuartas</i>	35
TRABAJOS DE LOS ACADÉMICOS	
El diccionario de galicismos de Rafael María Baralt	
<i>Edilberto Cruz Espejo</i>	49
Poesía y ecología. Traducción de Cecilia Balcázar de Bucher	
<i>Michel Deguy</i>	59
La muerte, en Arturo Pérez-Reverte. El último reducto de la dignidad	
<i>Juan Mendoza Vega</i>	64
Escolio a “La guerra religiosa de Mosquera”	
<i>Guillermo Ruiz Lara</i>	71
Los toros y los gallos en el lenguaje popular	
<i>Daniel Samper Pizano</i>	85
Rosario Castellanos o la pasión intelectual	
<i>Cristina Maya</i>	88
Lexicón económico social y político	
<i>Raúl Alameda Ospina</i>	98
Nuevos temas en rimas pedagógicas	
<i>Santiago Díaz Piedrahita</i>	107

COLABORACIONES

- Progresos y escollos de la política de hispanización lingüística desarrollada en el Nuevo Reino de Granada**
Roger Pita Pico 117

PRESENTACIÓN DE LIBROS

- Tras las huellas de Édgar Morin**
Jorge Emilio Sierra 127

CRÓNICA DE LA ACADEMIA

- Jaime Bernal Leongómez* 129

TRABAJOS DE LAS COMISIONES

- Breve informe sobre la Comisión de Literatura de la Academia Colombiana de la Lengua**
Bogdan Piotrowski 131

VIDA DEL IDIOMA

- Nuevas expresiones aceptadas por la Real Academia Española (Séptima parte)** 135
- Respuesta a consultas formuladas a la Academia**
Compilación Cleóbulo Sabogal Cárdenas 140

RESEÑAS BIBLIOGRÁFICAS

- Diccionario de Americanismos de la Asociación de Academias de la Lengua Española**
Edilberto Cruz Espejo 147
- La fascinante historia de las palabras de Ricardo Soca**
Cleóbulo Sabogal Cárdenas 150
- Historia crítica de la literatura colombiana de Héctor H. Orjuela**
Bogdan Piotrowski 152

PUBLICACIONES
BOLETÍN DE LA ACADEMIA COLOMBIANA
Publicación trimestral

Residentes en Bogotá, anualidad + porte	\$ 44.000
Residentes fuera de Bogotá, anualidad	\$ 49.000
Número suelto	\$ 20.000
En el exterior:	
América	US\$ 100.00
Europa	US\$ 150.00

OTROS LIBROS

Reseña histórica de la Academia	\$ 15.000
Breve diccionario de colombianismos	\$ 30.000
Tratado de ortología y ortografía, de J. M. Marroquín	Agotada
Selección de prosas académicas	\$ 30.000
Rafael Pombo, sus mejores poesías	\$ 20.000
Rafael Pombo en Nueva York	\$ 20.000
Anuario de la Academia Colombiana (se dispone del tomo I y de los tomos V-XII), c/u.	\$ 40.000



LA RED POSTAL DE COLOMBIA

w w w . 4 - 7 2 . c o m . c o

► Línea de Atención al Cliente Nacional 01 8000 111210 ◀



EDITORES E IMPRESORES

Edición terminada
en Bogotá,
D.C. - Colombia